



LA CORONA Y LOS DRAGONES

Fernando Pinilla



LA CORONA
Y LOS
DRAGONES
Fernando Pinilla

LA CORONA Y LOS DRAGONES

Fernando Pinilla



La Corona y los Dragones
© Del texto: Fernando Pinilla
Revisión y realización:
©Fernando Pinilla y Dayana Márquez.
Caracas, Venezuela.

Ilustración de portada:
© Fernando Pinilla

Ig/Tw: @fmpinilla
fernandopinilla.blogspot.com

El texto de este libro pertenece al autor y queda
terminantemente prohibida su reproducción total
o parcial sin su permiso escrito.
Derechos reservados conforme a la ley

Primera Edición: 2020

Esta novela es un relato de ficción sobre historia. No puedo presumir de historiador, pues no lo soy, por lo que aclaro, antes que leas estas páginas, que los hechos aquí planteados, así como muchos acontecimientos mencionados, son producto de mi imaginación.

Mi respeto por Simón Bolívar y los personajes reales mencionados es total. He jugado a novelarlos y a cambiar sus historias para poder dar sentido a la trama. El origen de Manuel Piar, realmente, sigue siendo un misterio.

El Autor

¿Tú también, Bruto, hijo mío?

Julio César

Hay puñales en las sonrisas de los hombres; cuanto más cercanos son, más sangrientos.

William Shakespeare

CAPÍTULO I

Sentencia de muerte

16 de octubre de 1817, Angostura (hoy ciudad Bolívar, Venezuela)

Un frío extraño recorrió desde los tobillos al espigado general, los vellos del cuello se le erizaron de inmediato. “Esto no anda bien”, pensó para sí el general Manuel Piar. Por aquellos días la ciudad era más calurosa que nunca, así que no podía tratarse de otra cosa: la muerte lo estaba custodiando de cerca y no permitiría que su presa se le escapara. Sonrió. Era irónico su pensamiento: de héroe a villano. Continuó mirando las paredes de la habitación en que había sido confinado por sus enemigos, un día no muy lejano aliados y, casi por un momento, amigos en aquella noble causa.

Por el ojo de buey en el techo, a través del cual sus carceleros le hacían llegar alguna comida, se colaba un tímido haz de luz trémula que iluminaba la habitación elegida como celda para el general. Era un espacio incómodo, indigno para sus méritos, pero así era el castigo.

Sentado en una esquina, casi inmóvil, el sacerdote Remigio Pérez Hurtado rezaba en silencio con el rosario apretado entre los dedos de sus manos. El General lo miró, también en silencio, y el miedo lo embargó al ver a su confesor y última compañía, mostrarse tan afligido en sus plegarias a Dios. En el rostro del religioso brillaban unos hilos que se escurrían desde sus ojos hasta el mentón; las lágrimas no desmentían el sentimiento ahogado de un hombre de fe. No pudo más. Se levantó de la silla y comenzó a dar algunas vueltas por la habitación sintiendo sus manos transpirar, estaban heladas. Afuera escuchaba movimiento, pasos, voces, como una danza lúgubre alrededor de su calvario injustificado; era inocente. Sus pensamientos gravitaban velozmente alrededor de una idea. Si todo salía como lo había planificado, ya estaría lejos, muy lejos, su última esperanza.

Se detuvo intempestivamente al escuchar los pasos tras la puerta que era custodiada por los guardias, estaban cada vez más cerca. Entonces lo supo: había llegado el momento. De inmediato el sacerdote Remigio Pérez abrió los ojos desorbitadamente y asomó una expresión de terror en el rostro. Hizo un amago para decir algo, pero el General habló primero para evitar lamentaciones en aquel momento:

Eran cerca de las 5:00 p. m. cuando el capitán Juan José Conde, su carcelero, abrió la puerta de la habitación para llevar al reo a su fatídico destino. No era algo personal, debía cumplir órdenes de sus superiores y, aquella en particular, aunque no le agradara, también la debía cumplir. Su rostro adusto, como el del sacerdote en la habitación, gritaba la calamidad que ocurría en aquella casa. En todo momento con el rostro erguido, el General dio los pasos necesarios para salir de la habitación hecha con gruesas piedras y sin ventanas. Al salir, sintió la brisa golpear su rostro y mover sus cabellos rubios y lacios mientras caminaba por el corredor copado de guardias en fila. Todos estaban perfectamente ataviados con sus uniformes, rectos, sin inmutarse ante su presencia. Sus ojos verdes parecían brillar con más fuerza.

Sin mediar palabras se arrodilló frente al crucifijo del siglo xvii que le mostraba por última vez el sacerdote y comenzó a rezar con fervor:

Páter Noster, qui es in caelis, sanctificétur nomen Tuum, adveniat Regnum Tuum, fiat volúntas tua, sicut in caelo et in terra...

Terminado el rezo, se levantó en silencio, dejó al sacerdote de pie, despidiéndolo con la mirada, y continuó caminando. Salió de la casa de estilo antillano de mediados del siglo xvii, atravesando el marco de la inmensa puerta principal y llegando hasta la calle empedrada cubierta de arena. Algunas personas miraban en silencio a aquel reo que tanto admiraban y a quien tenían tanto que agradecer. El lugar de su destino no estaba lejos; la Plaza Mayor de Angostura se hallaba justo al lado de la casa donde había estado encarcelado. Levantó el rostro y vio a todo un pelotón esperando en orden y en silencio junto al viejo árbol de la plaza que daba a la pared occidental de la catedral, el lugar elegido para la ejecución.

Aquellos últimos pasos fueron eternos. Se detuvo frente al pelotón y vio el rostro de uno de sus verdugos: el general Carlos Soublette, que no se atrevía a mirarlo a los ojos. Buscó al resto de sus acusadores, pero ninguno más estaba. Luego, en medio del gran silencio reinante en la plaza, el capitán Pulido procedió a leerle nuevamente la sentencia en la que el tribunal lo condenaba a la “pena de muerte”. Luego de leída, Soublette tomó la sentencia, se acercó a Piar y, por fin, levantó el rostro para verlo.

—¡Reo! Mire su sentencia, firmada por el general Bolívar y el Consejo de Guerra.

Piar lo miraba desafiante y sin obedecer.

—Ya he escuchado esa sentencia, no necesito leerla. No es parte del protocolo.

Soublette apretó los labios.

—¡Mire la orden! —Soublette le gritó tan cerca del rostro que Piar pudo sentir su saliva en sus mejillas.

Piar bajó la mirada y pudo leer la sentencia y las firmas, aunque al hacerlo, supo que no eran las firmas lo que Soublette quería que él viera. Un detalle llamó su atención, un sello que reconoció de inmediato: dos dragones, una corona. Soublette lo miró, esbozó una sonrisa y dijo entre dientes: “Queríais morir como noble, mas moriréis como lo que sois... Mulato nacisteis, mulato moriréis”. Le dio la espalda y buscó su sitio para dirigir la ejecución.

El general Piar miró a un lado y vio la última manera de afrentar a sus enemigos. Tomó la bandera en un arrebato de valentía y la estrujó contra su pecho. Aquella tela había sido su motivo de orgullo, de lucha... Era parte de su origen, el mismo que lo condenaba a su terrible destino.

Escoltado por uno de los oficiales, se colocó dando la espalda a la pared de la catedral y miró fijamente a sus verdugos. Un soldado traía en su mano una venda y, luego de acercarse, hizo el amago de colocársela en la cabeza.

—No me tapéis los ojos, no temo a la muerte, porque mi único pecado ha sido serle fiel a mi pueblo.

—Necesita la venda...

—He dicho que no...

El hombre forcejeó, pero no pudo colocar el paño para tapar los ojos del reo. Miró instintivamente a Soublette, pero este le devolvió un gesto aprobando la decisión de Piar. Si el reo quería ver la muerte precipitándose sobre él, no iban a quitarle ese derecho.

El General se mantuvo incólume, había ganado una última batalla. En su vida no le había temido a la muerte y, aquella tarde mucho menos le temería. Si venía de frente por él, que viera su rostro y sus ojos cargados de la furia que provocaba la traición. Manuel Piar se abrió la esclavina que llevaba puesta y dejó expuesto su pecho pálido. Exigió a los soldados que apuntasen bien a su

corazón.

—¡Asesinan a un hombre inocente, en el nombre de su jefe supremo..., Bolívar!

—Perdona, ¡oh Dios!, a este insigne criminal... —dijo Soublette.

Entonces Piar escuchó la nefasta orden:

—¡Preparados, apunten...! —Hubo un silencio de Soublette, como si esperara, quizás, las últimas palabras del *Libertador de Oriente*. Este no lo dudó y gritó su motivo de orgullo:

—¡Viva la patria!

El general Soublette ordenó entonces:

—¡Fuego!

Las palomas elevaron el vuelo espantadas por el sonido de los disparos que retumbaron en la catedral. El general Manuel Piar se desplomó en el suelo. Estaba muerto.

CAPÍTULO II

La duquesa
Sintra, Portugal, 2013.

El terciopelo color oliva que cubría la poltrona hacía juego con los ojos verdes de la mujer que estaba sentada junto al agradable fuego de la chimenea. Las llamas crepitaban haciendo un sonido relajante y agradable a aquella hora de la noche. De más de cincuenta años, la dueña de aquel palacete ubicado en la Rua Barbosa du Bocage mantenía a flor de piel su belleza, mezclada con un aire que inspiraba respeto y autoridad. Su cabello rubio estaba finamente recogido en la parte alta de su cabeza, y sus facciones eran, al mismo tiempo, fuertes y delicadas. Llevaba un chal de hilos de seda esa noche.

Edda Hesler, o Edda de Braganza, había heredado aquella quinta de su esposo, uno de los últimos descendientes de una dinastía monárquica caída en desgracia. La quinta *Da Regaleira* había sido testigo del esplendor de Portugal. Su estilo neomanuelino estaba complementado con una extravagante combinación de detalles góticos como ornamento de la misma, así como del exuberante y misterioso jardín que la rodeaba. Aquella edificación era un recuerdo de un pasado opulento en el que se mezclaba el simbolismo de los masones con el de los templarios; su difunto esposo había pertenecido a la más importante logia de Lisboa. Aquel palacete lleno de misticismo había sido el refugio de una las parejas más reservadas de la élite caída de Europa; su marido, el duque Pedro João de Braganza, había sido el último descendiente que pudo aspirar a la corona portuguesa, aunque nunca había podido disfrutar de aquel derecho que debía heredar. La familia Braganza había sido destronada por la revolución republicana de 1910.

Sin embargo, aquella situación no lo había privado de ofrecer a su esposa las comodidades necesarias, así como una herencia millonaria de la que habían disfrutado durante el matrimonio y por cuyo cuidado velaba ella ahora, luego de la muerte del duque.

Aquella noche, Edda de Braganza, o *La duquesa*, como se hacía llamar, esperaba noticias sobre un trabajo de vital importancia mientras leía un ejemplar de *Los lusíadas*, la obra maestra de la literatura portuguesa, publicada en 1572. La mujer se aferraba con fuerza a aquel volumen que le recordaba la grandeza de la estirpe de su esposo, su gran orgullo. Detrás de unos lentes de media luna, *La duquesa* leía los diez cantos que componían esa obra, la cual contaba la travesía del pueblo luso en el mar. Los portugueses creían, según la leyenda, que su origen provenía de Luso, el hijo del dios Baco, y ella también lo creía, pues ellos no podían ser menos que el resto.

Exaltada, *La duquesa* leía aquellas líneas esperando la noticia que la alejara de aquellos temores que llenaban su mente. Miraba una y otra vez hacia el teléfono celular, pero no había ninguna señal.

La duquesa continuó leyendo, pero necesitaba relajar sus músculos y su alma; nada mejor que el elixir que estaba servido en una copa junto a ella. Tomó una copa de *Hunt's Porto 1735* de la mesa de cedro que estaba a un lado de la poltrona. El sabor dulce invadió cada una de sus papilas gustativas disfrutando la victoria que esperaba. Aquel incómodo asunto terminaría como se había mantenido por siglos: en secreto, sin pruebas.

Esperaba totalmente relajada. En las manos de aquel hombre estaba todo en orden. El mayordomo Heriberto, un joven de cabello rubio y estampa de modelo, irrumpió en la sala y anunció:

—*Duquesa*, llegó el caballero —dijo en un perfecto portugués.

Ella se limitó a decir un casi inaudible “Obrigado”, sin levantar la vista del tomo de *Los lusiadas*. Hizo un gesto con la mano y el hombre entendió la señal. Salió a la entrada del palacete para hacer pasar a la persona que estaba esperando entrar. Entonces entró un hombre de modales hoscos y de unos cincuenta años con sobretodo gris, bufanda marrón, saco igualmente gris y corbata. Su rostro era alargado y sus ojos parecían estar estirados hacia abajo como el de un *bulldog*. Una cicatriz sobre el ojo derecho era el recuerdo de una historia de su infancia, de su pasado y el de su familia. Guilló, como se hacía llamar, descendía de una familia ligada por sus oscuros servicios a nobles familias europeas, incluyendo la casa Braganza. No hacía mucho, había vuelto a servirle a aquel apellidado con todo el orgullo que eso le producía.

—Demoraste con las nuevas... —dijo *La duquesa*, sentada aún en la poltrona y con su copa ya por la mitad.

—Fue la maldita lluvia en el paso fronterizo de Orense... —La voz del hombre era carrasposa, como si en su garganta se moviera un paquete de tornillos. Se movió con rapidez y cierta torpeza, como si los años pesaran en cada uno de sus músculos.

La duquesa se mantuvo incólume con el volumen en las manos.

—Es lo de menos. ¿Cumpliste la misión?

El hombre torció la boca maquiavélicamente, con una mueca que parecía una sonrisa.

—¿Cuándo Guilló ha fallado?

La mujer lo miró detrás de los lentes de media luna y, a la luz del fuego de la chimenea, parecía centellear.

—Entonces el asunto quedó silenciado... —aseveró la mujer.

—Para siempre... El fuego consume todo.

Guilló miró el fuego de la chimenea y sonrió.

—Perfecto... ¿Viste los documentos?

Guilló dudó al responder.

—Sí...

Aún con sus ojos fijos en el libro, ella prosiguió con una frase que parecía más un pensamiento en voz alta:

—Estaba muy bien documentado. Lástima que se lo mostró a la persona equivocada, o en mi caso, a la persona indicada; ¡qué suerte...!

La mujer dejó escapar una risita.

Sin mirar a Guilló, dejó el volumen en la mesita contigua, tomó la copa y bebió un trago de aquel *porto* que le supo a gloria.

—Heriberto, trae el paquete.

El mayordomo apareció inmediatamente en la sala donde descansaba *La duquesa*. En sus manos llevaba el paquete que ella había solicitado y que él mismo había preparado con anticipación. No era más que un sobre de manila abultado por el contenido.

—*Duquesa*, acá está.

Guilló esperaba aún de pie en una esquina. Estaba parado junto a una biblioteca de cedro atestada de libros, todos con cubiertas de cuero. Tomó el paquete que le extendió Heriberto y, tomando el ala de su sombrero, hizo un gesto a *La duquesa*. Sin terciar más palabras, y dando por cerrado el caso, salió de la sala acompañado del mayordomo y se escurrió en la oscuridad, casi

sin hacer ruido. Sintió el frío de la noche penetrar en sus huesos viejos, cansados de un peregrinar lleno de violencia y de odio, no solo en su vida, sino en su propio ADN. La noche era oscura y silenciosa. Guilló no esperó que Heriberto lo acompañara. Él conocía el camino de salida de la propiedad, por lo que salió del palacete y, tras bordear el exuberante jardín, montó en su auto estacionado afuera, un *Volvo P 1800* de color negro. Se acomodó en el asiento y se miró en el retrovisor. “Guilló nunca falla”, se dijo a sí mismo. Se miró las manos cubiertas por los guantes negros y sonrió. Todo estaba normal y bajo control, aun con sus dolencias. Suspiró y arrancó el auto tras encenderlo, descendió por la rampa rodeada de árboles y salió por la entrada principal, que estaba cubierta de una espesa niebla. Pasó delante del palacio de Seteais, hoy un hotel de lujo, y se perdió en la oscuridad a toda velocidad.

La duquesa se levantó de la poltrona y caminó con elegancia y cadencia por un pasillo cubierto de finas y delicadas baldosas pintadas a mano. Heriberto la miraba desde un rincón y recorría aquel cuerpo lleno de experiencia. “Como el vino, cada día mejor”, se repetía en silencio a sí mismo. *La duquesa* llevaba dibujada en su rostro una sonrisa que no se disipaba. Se detuvo por un instante; sabía que él la estaba observando, pero eso no le disgustaba; sentirse desnudada por aquel joven viril era la guinda del postre en aquel momento de gloria; todo salía, poco a poco, como lo había planificado. Re-tomó el paso y llegó delante de un inmenso retrato al óleo de su difunto esposo; el hombre de mirada pacífica, que ella detestaba, y de aquel grisáceo bigote poblado la miraba con sus ojos verdes, ataviado con una chaqueta de tela escocesa. *La duquesa* lo miró por un instante en completo silencio, hasta que suavemente dejó escapar:

—Te dije que yo sí tenía el control.



Barcelona, España (24 horas antes).

David Fowler no entendía la insistencia de aquel extraño cuya procedencia él no lograba identificar en su manera de hablar. De voz gruesa y ca-rrasposa, ese hombre parecía tener una mezcla de acentos, sin que ninguno se destacara sobre otros.

La simple presencia de aquel individuo había activado un sexto sentido en David Fowler. Todo había sido supremamente anómalo desde hacía unos días. Tal personaje, que se había identificado como el Doctor Antonio Palenzuela, se había mostrado interesado por las charlas que Fowler comenzaría a dictar en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona, lugar donde trabajaba como profesor de Historia. Aunque él no era paranoico, no le daba buena espina aquel hombre que, sin ser estudiante ni estar relacio -nado con el tema, mostraba tanto interés por el mismo. Por instinto, cortésmente, había declinado las ofertas del extraño por profundizar en el material que documentaba su trabajo.

El edificio del Raval, en la Universidad de Barcelona, se había convulsionado, en el ámbito estudiantil, por el creciente interés de grupos de jóvenes, asiduos asis-tentes a sus charlas, que se mostraban interesados por el nuevo material que Fowler mostraría en algunos días. Desde que había anunciado la exhibición del succulento material, para los antojos académicos de muchos, sobre la Corona portuguesa, era normal que algunas personas se acercaran con dudas y consultas sobre las fechas que él había elegido para exponer su trabajo. David Fowler, de origen español e

ingles, era un reconocido historiador de sesenta y tres años, cuyos libros eran referentes académicos y entretenidos agitadores con sus arriesgadas tesis sobre determinados capítulos de la Historia. Con aquel material y aquellas esperadas charlas, había logrado, una vez más, despertar el interés de todos en la Facultad.

—Cuando asistan a esta nueva serie de charlas, sé que todos cambiarán su óptica hacia la casa real Braganza de Lisboa. Es una bomba que modificará la Historia como la conocemos —confesó con un tono de voz cargado de misterio, y sin dejar muchas informaciones en el aire.

A David Fowler le gustaba sembrar la curiosidad en sus estudiantes y atraerlos como moscas, con su estilo particular, al dulce del conocimiento. Pero aquel extraño parecía demasiado interesado en la información que pretendía mostrar a sus estudiantes. Aquello no era normal.

El doctor Palenzuela, como decía llamarse aquel extraño, intentó en vano lograr una cita con David Fowler. Lo había intentado, primeramente, con la secretaria de la Facultad y hasta llegó a buscarlo, en persona, un par de veces.

—Solo me gustaría evaluar el material que usted posee. —El doctor Palenzuela había abordado a David Fowler en el estacionamiento la tarde anterior.

—¿Evaluar el material que poseo? —Respondió Fowler mientras sus manos estaban ocupadas con varios libros. Su mirada se quedó fija en la cicatriz que aquel personaje tenía en el ojo derecho.

—El material de las charlas, hombre, es un tema que de verdad me interesa profundizar...

Fowler lo miró con desconfianza.

—Puedes asistir a la charla. En la cartelera informativa están las fechas y los horarios.

El hombre no se mostraba a gusto con la escasa colaboración de Fowler, quien continuó caminando con paso apresurado.

—Vamos, profesor Fowler, de colega a colega, me intriga su material...

Fowler frunció el ceño y lo miró con desaprobación.

—Señor...

—Palenzuela ... —completó el hombre.

—No termino de entender su interés. Además, no suelo adelantar información ni compartir detalles de mi trabajo, ni con mi propia familia. Agradezco que no insista; debo irme.

—No es muy ético reservarse información académica —dijo en tono amenazante el doctor Palenzuela.

Fowler dio algunos pasos, se detuvo y miró al hombre.

—¿Quién dijo que le habló de mi trabajo?

El hombre torció la boca y respondió:

— Ya le dije: uno de sus alumnos.

—Pues debería decirme el nombre, para reprobalo. Con permiso. —Fowler se abrió camino de mala manera.

El hombre levantó las manos, se apartó y se excusó zalameramente, mientras Fowler continuaba su camino.

—Lamento haberlo importunado —gritó el hombre. Sonrió por un par de segundos y luego se disipó su entusiasmo. Fowler se apresuró a salir del estacionamiento a bordo de su vehículo. Aceleró presurosamente y sintió cómo las llantas chirriaban mientras lo deslizaba en una curva.



David Fowler suspiró agobiado recordando el escalofrío que le había producido aquel ahombre. No sabía por qué, pero estaba seguro de que no era un académico. Se sentía acosado y algo nervioso; no era normal aquel asfixiante interés. Las últimas noches no había dormido muy bien. Había tomado algunas pastillas, pero no se sentía cómodo. El hombre había dejado varios mensajes en su contestadora, y Fowler los escuchaba una y otra vez, esperando descubrir alguna señal.

“Profesor Fowler, soy el doctor Palenzuela. Lamento haberlo importunado y haberlo estresado. Solo soy un viejo admirador de sus libros y su trabajo, solo eso. Espero me disculpe.”

No entendía, pero había decidido concentrarse en los pasos que debía seguir.



—No entiendo el interés de este individuo, el tal Antonio Palenzuela... —David Fowler tomaba una taza de café en la oficina del Rector, Pedro Bermejo, su viejo amigo.

—No seas gruñón, David. Los años te están haciendo quisquilloso. Hombre, eso no pasa de mero interés académico, algo trivial. Eres una leyenda de la Historia... ¿Quién no se obsesionaría con tus charlas?

El Rector, un hombre obeso y calvo, sonrió. David Fowler dio otro sorbo a su café.

—No bromees..., no es un chiste.

—No digo que lo sea, pero, aunque no te guste aceptarlo, eres una figura pública.

David Fowler negó con la cabeza.

—Sabes que no me gustan esos comentarios zalameros...

—No son comentarios zalameros, es la realidad. Deja la modestia y olvida todo este tema. Tiene interés por tu charla, punto. —Pedro Bermejo se quitó los lentes y lo miró con cierto reproche. Admiraba demasiado a Fowler y se sentía orgulloso de ser su amigo.

Ambos hombres guardaron silencio por un instante.

—No sé, podría ser, Pedro, pero no me siento cómodo. Desde que murió Ana, nada ha sido igual...

El hombre lo miró y percibió un aire taciturno en el profesor.

—¿Lo ves? No hay nada malo en aquel hombre. Todo está en tu cabeza. Imagino que debe ser difícil, imagino cómo te sientes... No concibo una mañana sin mi Teresa. Pero debes dejar la paranoia, el encierro que te has autoimpuesto.

David Fowler colocó el café sobre el escritorio y frotó su barba exhalando un suspiro melancólico.

—Esta conversación la tendría con ella. Siempre sabía lo que debía hacer, siempre tenía una respuesta a cada una de mis dudas...

Manuel Bermejo le dio una palmada en el hombro a Fowler.

—Hombre, no te puedes derrumbar, no puedes convertirte en un hombre huraño.

—No soy huraño, pero sí me siento vulnerable, y este hombre me pone la carne de gallina.

—Ignóralo... —replicó el Rector—. Jamás te ha importado lo que opina nadie, ni los que te atacan en la prensa y en la academia, ¿y te vas a dejar joder por un cabrón interesado en tus

charlas?

David Fowler soltó una risa.

—Tienes razón...

—¡Claro que tengo razón! ¿Sabes qué vamos a hacer? Iremos el domingo al estadio, y luego almorzaremos en mi casa.

—Me haces sentir como un desvalido... —David Fowler respondió con cierta ironía en su tono.

—¡Siempre has sido un desvalido! Por lo menos jugando fútbol, ¡coño!, lo eras.

Ambos soltaron una carcajada que distendió definitivamente el ambiente.



Sin embargo, aunque había intentado seguir el consejo de su amigo, David Fowler continuó recibiendo las incómodas llamadas en su apartamento ubicado en Congrés-Indians, en las cercanías de la estación de Sagrera. Él vivía en un piso luminoso de unos setenta años que había reformado y que se había convertido en su refugio tras la muerte de su esposa, Ana Sofía Díaz Navas. El extraño individuo había hecho caso omiso a las palabras del profesor, a su firme negativa de compartir su trabajo, aquel material tan cercano a él y sus recuerdos, y las llamadas se hicieron constantes en los días siguientes.

Fowler se mostraba cada vez más incómodo y nervioso. El extraño parecía obsesionando con las charlas que un par de semanas antes había anunciado dictar en la universidad de Barcelona: *“Braganza, la casa de las traiciones”*, un recorrido nuevo sobre la historia de la casa real portuguesa, una mirada que había heredado y que cambiaba todo cuanto se había escrito sobre la otrora poderosa casa Braganza de Portugal. Sabía que tenía un material de importancia y estaba acostumbrado al interés de los estudiantes, pero este no era cualquier material. “¿Aquello era la cusa?”, se había preguntado él en silencio. Aquel interés no era normal; había algo obsesivo en el tono y las maneras de aquel hombre; y si él había aprendido algo era que la obsesión era un trastorno peligroso, por lo que había decidido tomar algunas precauciones. Algo no le olía nada bien en aquel asunto, por más que Pedro Bermejo lo tildara de achaque de su soledad. No era normal, aunque para el Rector todo fuera motivado por sus brillantes charlas y estudios.



David Fowler estaba sentado en su escritorio, un mueble de roble que había permanecido por años en su familia, examinando una vez más los documentos que tenía en su poder, y trató de organizar ideas... “¿Qué sería lo que le interesaba o buscaba ese extraño?”, se preguntó. Sabía que tenía una bomba. En su poder había una información, cartas, documentos que demostraban un complot, negado por los historiadores del siglo xx, en el que se entrelazaban, maquiavélicamente, la Corona portuguesa, familias mantuanas de Venezuela y hasta protagonistas de la gesta

emancipadora venezolana. Fowler usaba guantes de látex y pinzas porque aquellos documentos tenían más de cien años.

Con extremo cuidado, clasificó varias copias y terminó algunos apuntes. Miró el retrato sobre su escritorio en el que había una mujer sonriendo. Su mirada se mantuvo por unos segundos clavada en la foto, en aquellos ojos penetrantes que le devolvían la mirada de manera fría y distante. Estiró el brazo y, con los guantes de látex, deslizó los dedos dibujando la silueta del rostro de la mujer de la fotografía, su esposa.

“¡Qué falta me haces, mi orquídea venezolana! —musitó dejando escapar una lágrima. Pasó la mano por su rostro redondo y las enjugó—. Prometí que no iba a llorar, pero no puedo sin ti..., y en estos días, te necesito más con tus consejos.”

Durante los días siguientes, Fowler se mantuvo adelantando información sobre sus charlas, como solía hacer. Por lo general, con antelación, dejaba migajas, como él decía, al estilo Hansel, que atraían el apetito de sus alumnos. Había sido paciente con aquel material, aquel hallazgo histórico que había estado guardado, escondido por siglos, esperando ver la luz del sol y revelar la verdad ocultada por mentes abyectas.

—Lo que les puedo adelantar es que he trabajado clasificando un material familiar que es una bomba histórica y que podría cambiar la manera como vemos la historia europea, la historia de la gesta emancipadora en Venezuela, de América, y que seguramente incomodará a varias familias reales.

El público se mantuvo en silencio. Los estudiantes no se movían, inmersos en las diapositivas que Fowler proyectaba. Su barba grisácea dejaba espacio para mostrar los dientes de una sonrisa suficiente tras una carrera pedagógica intachable.

Un joven con lentes levantó la mano tímidamente cuando las luces se encendieron en el salón.

—Tienes la palabra —dijo Fowler.

—¿Por qué no termina de revelar la información, si es tan exacta y escandalosa?

David Fowler rio.

—No es tan sencillo. Este material y la investigación completa podrían quebrar la historia portuguesa como la conocemos. En las monarquías han sido una norma las traiciones, los asesinatos. La mayor parte de la cronología real europea se ha escrito con sangre. Sin embargo, con este material que pienso hacer público, tendríamos que cambiar los libros de historia que conocemos. Se podría tratar del mayor engaño y de una de las mayores traiciones que se hayan visto, solamente superada por la de Judas a Cristo, o la de Brutus a Julio César. —Hubo un murmullo contenido en la estancia. David Fowler continuó dando la clase con elocuencia—. Una serie de actos siniestros que habrían realizado personajes importantes de la casa real Braganza y cuyos desenlaces cambiaron la Historia. Una casa real con historia desde 1495 hasta 1910, año en que la revolución republicana dejó sin trono a Don Manuel II, quizás el hombre que no debía estar en ese cargo si la Historia hubiese seguido el curso normal de los hechos. Tal vez la casa Braganza no habría caído en desgracia... No sé; muchos caminos distintos se habrían andado de haber continuado el rumbo correcto de la Historia.

Solo se escuchó un murmullo.

—Pero muchos capítulos de la historia de las monarquías son tal como usted las describe... ¿Qué tiene de especial esta? —replicó otro estudiante.

Fowler se paseó por el escenario como dando un espacio para el misterio. Había logrado amarrar a sus estudiantes.

—Correcto, tiene razón. Pero lo que tengo es una serie de manipulaciones, gracias a las cuales se habría jugado con la vida de personas, en el propio reino luso, así como en la nación

suramericana. Un complot es más peligroso en la medida que involucra a más personas, y este, por todo lo que implica cambiar títulos, descendientes y hasta responsabilidad en hechos históricos, se torna más importante y delicado. Se debe ser responsable y meticuloso.

—Profesor, deje los rodeos y comience. No es material puntuable, así que nuestro interés no es interés vacío.

Algunos comenzaron a reír.

—Señor Alonso, ojalá usted siempre fuera igual de elocuente y gracioso. Aún no es el momento de revelar nada. Ya falta menos.

Hubo silencio en el auditorio. La curiosidad embargaba a todos los asistentes.

—Bueno, muchachos, eso es todo por hoy...

El auditorio se llenó de murmullos y comentarios; reinaba la decepción. Todos hablaban sobre el tema mientras salían poco a poco del recinto. Mientras se vaciaba el salón, Fowler se quedó arreglando sus papeles y recogiendo algunos libros. Unos pasos retumbaron en el silencio que había llenado la inmensa estancia.

—Ya les dije que no insistan. La semana que viene sabrán todo y podrán preguntar lo que quieran —Fowler ha -blaba sin levantar la cabeza.

—¿Será que podremos conversar antes de esa interesante revelación? —Una voz carrasposa resonó en el aula. Folwer levantó la cabeza y miró a quien había hablado. Aunque ya sabía de quién se trataba.

El extraño caminaba con paso cansino, acercándose nuevamente, interesado en aquel material. Fowler sintió que las piernas se le adormecían. El excesivo interés de tener más información sobre aquel material hacía que su corazón se acelerara. ¿Estaba en peligro? Intentó mostrarse calmado ante la situación.

—Usted nuevamente... —dijo con incomodidad y desdén.

Continuó recogiendo algunos papeles.

—Solo me gustaría que pudiera reunirme con usted y compartir el material. Creo que puedo ayudar a agregar cosas, soy un estudioso del tema.

Fowler se mostró ofuscado dando un golpe al escritorio.

—Amigo, realmente no tengo tiempo para conversar. Creo que sería mejor que esperara la charla, si es que ciertamente ahí radica su interés... ¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué está obsesionado con el tema?

El hombre guardó silencio, aunque su actitud no era de felicidad.

—Interés netamente académico, señor Fowler, ya se lo he dicho... Es una pena que no quiera charlar un poco más.

Fowler no contestó de inmediato.

—No entiendo su interés y me hace sentir incómodo. Soy un hombre ocupado, en serio, y de verdad no tengo tiempo para sus intrigas y su interés. Le pido que no insista. Con su permiso...

—Profesor, no sea descortés...

Fowler se detuvo y lo miró con el rostro adusto.

—No soy descortés, pero tampoco soy idiota. No sé cuál es su interés en todo esto, pero estoy seguro de que no es académico como dice.

—Profesor Fowler, no sea paranoico... —El hombre lo miró con una mirada siniestra—. Usted es una le -yenda. Si quisiera hacerle daño, ¿no cree que ya lo habría hecho? He tenido cientos de oportunidades para hacerlo y no ha sido así.

Las manos del hombre temblaban. Fowler no supo si era de rabia, pues el tono no era amigable. Tragó grueso.

—No tengo nada de qué hablar con usted, lo lamento. Debo ir a una reunión.

David Fowler se retiró a su oficina con paso apresurado, transpirando y sintiendo que le faltaba el oxígeno. Se apoyó en uno de los bebederos de agua y, con la respiración agitada, tomó un sorbo. Aquello no había sido un encuentro cualquiera y él lo sabía. Tras recuperar el aliento, se internó en su trabajo para olvidar lo sucedido, dedicando el resto de la tarde a corregir algunas pruebas de los alumnos y a revisar materiales. Continuó preparando el contenido de otras charlas en la Universidad, pero de cuando en vez daba una mirada hacia la puerta. Tenía la impresión de que en cualquier momento aparecería aquel supuesto profesor.

La tarde se fue en un abrir y cerrar de ojos. Juntó varios de los papeles que tenía en el escritorio; después de mirar el reloj, salió de la Universidad y caminó hasta la calle: una brisa fresca soplaba a aquella hora y el cielo lucía despejado. Se detuvo en la salida y llamó un taxi en las afueras de la Universidad, lo abordó y pidió que lo llevara hasta su apartamento en Congrés-Indians.

El trayecto lo hizo en silencio, aunque el taxista intentó buscarle conversación sobre el programa deportivo de la radio en que hablaban de la actualidad del *FC Barcelona*. La mente de Fowler estaba intentando desenmarañar los motivos de aquel extraño. Al llegar delante de su edificio, sacó el cambio exacto, pagó y bajó del taxi. Estaba agotado y quería simplemente relajarse con alguna música y dormirse. Abrió la puerta principal y entró al edificio. Aquella tarde eligió subir por las escaleras hasta el tercer piso para estirar las piernas. Introdujo la llave en la cerradura, pero algo llamó su atención. La llave no giró y la puerta estaba abierta. Tuvo un mal presentimiento. Abrió suavemente la puerta y entró al piso; miró en todas las direcciones, aún con la luz apagada. Sentada en el escueto sofá color café que se encontraba en el recibo del apartamento, había una figura sumida en la oscuridad. Cuando Fowler encendió la luz, reconoció aquel rostro. El apartamento estaba totalmente de cabeza y en medio de ese desastre se hallaba el mismo hombre que supuestamente se había mostrado interesado en aquella ponencia donde él revelaría el oscuro secreto de la casa Braganza de Portugal. Ataviado con un sobretodo gris, una bufanda marrón y su traje con corbata, el hombre parecía más un ejecutivo que otra cosa.

—Interesante el material —dijo el hombre sin levantarse del sofá.

—¿Qué hace en mi apartamento? ¿Cómo entró? —David Fowler temblaba y se sentía helado.

—Dos preguntas, no sé cual responder primero...

—Ambas... —contestó Fowler. Estaba tenso. Aquel material que había heredado de su esposa realmente podía ser molesto, pero hasta ahora lo había mantenido con discreción para no tener que dar explicaciones a algún aludido por el tema.

—Estas cerraduras no ofrecen resistencia, realmente son vulnerables, debería cambiarlas..., y con respecto a la primera pregunta, ya se lo he dicho: estoy interesado en sus brillantes investigaciones y más en este trabajo.

El hombre aclaró la garganta.

—Debo pedirle que se vaya o llamaré a la policía.

El hombre se levantó del sofá y caminó con lentitud; parecía saborear aquel momento.

—No sea tonto y no haga nada tonto. ¿Cree que le dejaré que lo haga?

Fowler sabía que tenía razón; peor aún: vio la realidad con mayor claridad: aquel hombre no lo dejaría vivir.

—¿Qué quiere? —preguntó intentando ganar tiempo.

—¿No sabe preguntar otra cosa? ¡Qué falta de imaginación! Ya se lo dije: solo quería haber hablado. Es una lástima que no lo haya hecho. Podríamos haber resuelto esto por las buenas, pero usted eligió el camino difícil, y no diga que no tuvo oportunidades.

David Fowler miró instintivamente hacia su escritorio. Si tenía suerte, aquel extraño no conocería el secreto familiar de aquel mueble. Sentía el corazón acelerado, casi como tambores africanos retumbando en el silencio de la noche catalana. Siempre lo supo; lo había conversado con su esposa; era un tema delicado el de ese trabajo y el de la misión y última voluntad de su esposa. Pero no había conjeturado un escenario así. Llegado el momento de revelar aquellos documentos definitivamente, ambos sabían que sería una bomba, pero siempre imaginó que sería distinto. Había pensado que algunos historiadores pondrían en tela de juicio la veracidad de los mismos, pero jamás vio su integridad física en peligro por aquella revelación. “Tal vez ese fue su error”, pensó para sí.



—Tienes que hacerla pública... —dijo Ana Sofía, su esposa, con dificultad.

Estaba postrada en la cama con un cáncer terminal que la consumía. Los últimos años habían sido un calvario, no solo para ella, sino para David Fowler y su hijo.

—Lo haré, amor, puedes quedarte en paz... —dijo él mordiendo los sollozos.

—No... Debes prometerme que luego de tantos años, saldrá por fin al público. —Ana hizo un esfuerzo y tomó una bocanada de aire—. Durante siglos hemos estado manchados, así como aquel hombre desdichado. Es hora de cumplir la última voluntad del inocente.

La respiración de Ana Sofía era lenta, pesada. Un sonido parecido a un pito agudo emitía ella tras cada exhalación e inhalación.

—Promételo... —dijo mirando a su esposo en los ojos. Su piel era pálida y cetrina.

Fowler no pudo responder.

—Por favor, amor...

Él le tomó la mano y la acarició con delicadeza.

CAPÍTULO III

Acoso, desconfianza y muerte

—Lo prometo..., mi orquídea venezolana.

Fowler volvió en sí. Al frente estaban aquel hombre amenazando su vida y la promesa que le había hecho en su lecho de muerte a la mujer que amó toda su vida.

Tragó seco, intentando aparentar calma. Si su hijo no podía finalizar la tarea que debía hacer, él esperaba poder terminar aquella misión que le habían encomendado, hacía muchos años atrás, en tierras lejanas. Estaba seguro de que él sabría qué hacer, por más confuso que pareciera. Su presentimiento no había fallado; había tenido razón al dejar todo lo más ordenado posible la semana anterior. Había tomado previsiones siguiendo su corazonada; su sexto sentido nunca fallaba. Se sintió tranquilo por un par de segundos, pero luego, temiendo lo peor, experimentó un miedo que le heló el cuerpo. Le habría gustado poder conversar con su hijo como lo había planificado.

—¿Qué rayos quiere saber del material? —preguntó Fowler presa del pánico.

El hombre caminó hasta un extremo de la sala y tomó varios papeles de apariencia antigua, así como algunas carpetas con una serie de notas.

—Señor Fowler, es muy tarde para cooperar. Tuve que tomar la iniciativa; así que he estado leyendo algunas de sus investigaciones y realmente me parecen brillantes.

Hubo un silencio en el ambiente. El hombre saboreaba la situación.

—Gracias...

—Pero este material... —dijo el hombre mostrando varios papeles antiguos—. Es para morir... —Fowler permaneció en silencio—. Usted ha sido muy descortés conmigo, grosero..., pero lo entiendo; sé que no apto para ser de verdad un historiador ni nada por el estilo. No tuve la suerte de usted, señor Fowler. Mi familia se ganó la vida, digamos, con trabajos sucios. No me dieron más estudios que lecciones para sobrevivir en la vida. No soy como usted: un hombre letrado, elegante...

El hombre caminó por el apartamento pisando piezas rotas que estaban en el suelo y terminando de romperlas. Se acercó hasta un tocadiscos y tomó uno de los *LP* que tenía Fowler como parte de su colección. Lo sacó de la caja y lo miró.

—Sin embargo, estando en Marsella, donde viví un tiempo, me gustó la música de Charles Aznavour... —Fowler se mantenía en silencio, tenso—. En español y en francés, sus canciones son arte. En especial, *Bon anniversaire*... ¿Quizás no somos tan distintos, profesor?

Puso el *LP* en el tocadiscos y con suavidad le colocó la aguja. La pieza sonó e inundó el apartamento. El hombre cerró los ojos y aspiró el aire mientras tarareaba y cantaba:

J'ai mis mon complet neuf, mes souliers qui me serrent, et je suis prêt déjà, depuis pas mal de temps, ce soir est important, car c'est l'anniversaire...

—Fantástica la orquesta de Paul Mauriat..., ¿no le parece?

Fowler le devolvió una mirada fría.

—¿Está jugando conmigo?

—Oh, no..., para nada, profesor. Estoy admirando su trabajo y su gusto... —El hombre mordió la última palabra apretando los dientes y, con ira, lanzó un conjunto de discos al suelo—. Quería ser su amigo, profesor, compartir puntos de vista y, de paso, cumplir una misión que me

encomendaron. Pero usted no quiso.

—¿Amigo? Usted no quiere ser mi amigo, no piensa dejarme vivir... Lo supe desde que lo vi.

El hombre asintió y movió las manos al ritmo de la música.

—En eso tiene usted razón, pero por lo menos no habría sido tan molesto todo esto. Hasta pudimos negociar, como me pidió la persona que pagó esto. Pudo ganar dinero...

—No sé para qué quiere este trabajo, pero no me interese su dinero ni ponérsela fácil...

El hombre sonrió.

—Eso no importa ya... —El hombre se detuvo y miró inquisitivamente—. ¿Alguien más ha visto este material?

Fowler mintió instintivamente.

—No... Lo he reservado, aún no he compartido nada...

—Excelente... Así lo prefiere mi cliente...

Un sofoco en el pecho hizo que Fowler se apoyara en el sofá. Sabía que lo peor se acercaba rápidamente.

—¿Cómo supo de este material? Solo he hablado al respecto, vagamente, con los estudiantes y con dos personas más, pero... ambas de confianza...

El hombre le sonrió y Fowler sintió un vacío en el estómago. Era el efecto de la traición.

—Eso no importa. Lo que importa es que es una lástima que nadie vaya a verlo jamás...

David Fowler guardó silencio. Con la mano llena de sudor, apretó el mueble en que se había recostado tantas veces a escuchar aquellos mismos discos y a tomar una copa de vino. Nunca más lo haría.

El hombre se acercó a Fowler y se le abalanzó haciendo que cayera sobre el escritorio de madera, el cual se volteó tras el impacto. Fowler tuvo la impresión de que había tardado una eternidad en caer, pero no había sido así. Los libros apilados en él, así como los papeles, se regaron por el suelo al mismo ritmo que el profesor, quien había intentado poner resistencia al embate, pero el hombre, aunque casi de su misma edad, era notablemente más fuerte que él. Desde el suelo, Fowler miró el portarretratos en que estaba la foto de su esposa y se despidió: *"Calma, amor, falta poco para que nos veamos."*

Intentó ponerse en pie, pero el impacto lo había dejado un poco aturdido. El hombre, que llevaba puestos guantes de cuero negro, sacó un delgado cable de acero y, colocándose por detrás, rodeó el cuello del profesor y lo apretó con fuerza.

—¿Sabes cómo me llaman, profesor? —inquirió el hombre jadeando mientras apretaba el cable en el cuello de David Fowler—: Guilló..., como la Guillotina. Cómico, ¿no?

Fowler sentía perder la capacidad de escuchar y los ojos le escocían. Estaba entrando en pánico, y eso no ayudaba. El oxígeno dejó de llegar a los pulmones y al suministro de sangre de Fowler, quien inútilmente trataba de quitar el cable que comenzaba a lacerar la piel de su cuello.

—Me pusieron ese apodo cuando era niño, y como no fui profesor ni estudioso, me convertí en eso...: una máquina de muerte.

Sin ningún tipo de piedad, el hombre continuó apretando con fuerza el cable en el cuello de Fowler, teniendo como fondo la música de Charles Aznavour. Las manos del profesor pronto se relajaron y dejaron de apretar, inútilmente, las manos de su asesino. De su boca se escapó un chillido débil que acompañó su último aliento. Estaba muerto.

El cuerpo se escurrió lentamente en el suelo y quedó tirado entre sus pertenencias. El hombre sacó un pañuelo y se secó la frente; estaba jadeante y algo cansado. Miró sus manos y vio que temblaban. "Maldición", exclamó para sí. Se levantó del suelo y dio algunos traspiés, pero no se iba a detener; entonces se dirigió a la cocina. Arrastró hasta esta el cuerpo del historiador y lo tiró

en el medio. “Debemos tomar algo” se dijo. Estaba temblando; sus manos se movían frenéticamente e intentó pensar en otra cosa. “Sí, mira a ver qué tiene en la nevera”, se respondió. Serenándose y dejando de temblar, sin prisa alguna, se dirigió hasta la nevera y la abrió: estaba repleta de envases plásticos con comida marcada para cada día. Miró en la puerta de la misma y tomó una *Ginger Ale*; la destapó y sintió el refrescante sabor de la bebida. Arrojó la lata contra el suelo, fue hasta la estufa y, de la parte de atrás de esta, arrancó el tubo de gas. Salió de la cocina y encendió un par de velas en el comedor.

—Una velada romántica —dijo.

Silbando, salió del apartamento. “Es hora de irnos —dijo entre dientes—. Hicimos un buen trabajo.” Bajó las escaleras y buscó, frente a la calle semipeatonal donde estaba el edificio, su *Volvo P 1800* de color negro y lo encendió. La calle estaba totalmente tranquila. Manejó con suavidad mirando la ciudad iluminada, tomó *La carrer de la manigua* y se perdió entre un ligero tránsito de la movida nocturna de Barcelona. Una explosión sonó entonces a sus espaldas; el trabajo había sido realizado.

CAPÍTULO IV

La noticia

El apartamento de su padre había quedado totalmente destruido tras un escape de gas en la estufa de la cocina, según había informado uno de los oficiales de intervención de los Bomberos de Barcelona. El apartamento había estallado causando daños a la estructura del edificio, así como a los apartamentos de algunos vecinos, sin que se reportaran más víctimas. Pero la tragedia no se resumía solo a los daños materiales para Marcel Fowler Díaz. El cabello corto dejaba marcadas la forma redonda de su cabeza y una nariz aguileña que soportaba unos lentes alargados de gruesa montura. Su padre, al parecer, había estado en la cocina en el momento del siniestro. Marcel había recibido la noticia de la trágica muerte de su padre, en aquel terrible accidente, hacía casi una hora y media. Estaba en estado de *shock*.

Hijo único de David Fowler, profesor de Historia, y de Ana Sofía Díaz Navas, una filántropo que con una ONG se había dedicado a ayudar a niños en situaciones riesgosas, él consagraba su vida al periodismo, una profesión que se alejaba de los deseos de su padre, pero que este había terminado respetando a regañadientes. No se consideraba un prodigio, sino un fanático del diarismo. Había salido de la casa de sus padres en busca de independencia a los 18 años y desde entonces había vivido en la Carrer de Valencia, en un pequeño piso a dos cuerdas de la basílica de la Sagrada Familia, o templo expiatorio de la Sagrada Familia, obra de Antoni Gaudí, arquitecto de origen catalán. Sin embargo, aun estando fuera de casa, la relación con sus padres seguía siendo estrecha y más con su padre, con quien disfrutaba de una relación cercana desde que era un niño. Su padre solía llevarlo por los caminos de la Historia, lo hacía formar parte de sus investigaciones en su infancia, con aquella extraña manera de fortalecer su carácter que ahora recordaba Marcel. Para su padre, era como un juego, y él lo disfrutó mientras fue un niño, pero pronto sintió aquello como una manera de imponerse a su personalidad y entonces todo cambió. Sin embargo, su amor jamás decreció. Casi podía ver a su padre sentado en su estudio, siempre atestado de libros, y la imagen que tenía de él era la de alguien sumergido en algún trabajo que lo consumía por entero. Era un espejismo: aquella noche el apartamento estaba destrozado y su padre ya no estaba vivo.

Marcel vaciló. Sintió un nudo en su garganta y una opresión en su pecho.

Aquella noche el apartamento era totalmente distinto a como él lo recordaba. Sintió que se ahogaba de calor. Al salir de su casa se había puesto un grueso abrigo negro que tuvo que quitarse, pues el calor era asfixiante. Las paredes que habían quedado en pie estaban renegridas; todos los objetos y muebles, derretidos, desechos. No había quedado casi nada de la casa, excepto algunos escombros y partes de muebles que removían los bomberos. Marcel experimentaba una vorágine de sentimientos acumulados en las últimas horas. Había estado en su apartamento leyendo un libro, plácidamente, en el sofá del recibidor de su casa, cuando una llamada lo perturbó. Un hombre con una voz gruesa que él reconoció de inmediato le habló al otro lado de la línea.

—Marcel... ¿Cómo estás?

—¿Tío Alfredo?... —respondió Marcel, sorprendido ante aquella inesperada llamada. Su tío no lo llamaba con frecuencia. Solía decir que le gustaba hablar con las personas mirándolas a la cara y no a ciegas. Su tío había sido quien lo había llevado a estudiar periodismo y la relación entre su padre, su tío y él era casi como la de tres amigos.

—Sí, sí..., soy yo... ¡Qué sorpresa!, ¿no? —dijo, dubitativo su tío.

—Sí..., es una sorpresa. ¿Todo bien, tío?...

Se produjo un silencio incómodo.

—Lamento molestarte a esta hora, pero es importante...

—Tranquilo, tío, jamás molestas... —Marcel tenía un mal presentimiento.

—Es sobre tu padre —espetó Alfredo Fowler.

Marcel se exaltó. Algo no estaba bien.

—¿Mi padre? ¿Qué le pasó?

Una vez más el teléfono quedó en completo silencio al otro lado de la línea.

—Hijo..., ocurrió un accidente en su departamento...

Sonó un ruido, pero nadie dijo nada. Marcel sentía que sus pulsaciones se aceleraban.

—Tío, por favor...

El hombre suspiró.

—Marcel, tu padre está muerto...

—¿Está bien, señor Fowler? —La voz de uno de los bomberos retumbó en su cabeza.

Marcel volvió en sí. Aquella conversación giraba en su cerebro, que no terminaba de entender y asimilar la realidad. Su padre, su ejemplo, su amigo, estaba muerto.

—Si necesita atención médica, puedo llamar a unos de los paramédicos que están afuera...

Marcel miró al bombero y negó con su cabeza en silencio. El hombre lo miró con cierta desconfianza ante su negativa.

—Seguimos trabajando, señor Fowler... No dude en decirme cualquier cosa que sienta.

—Gracias, gracias, estoy bien... —contestó Marcel por educación.

Se tomó la cabeza con las manos tras experimentar en ella un dolor punzante. Debía organizar las ideas y comenzar a ordenar el futuro. Pero en aquel momento estaba en el aire.

Examinaba los escombros y podía identificar lo que aún quedaba de muchos de los objetos pertenecientes a su padre y de algunos de su niñez. Era difícil caminar entre cenizas que eran parte de su pasado, pero sobre todo ver cada cada uno de los objetos y compararlos con su recuerdo. Una mano en el hombro lo sacó nuevamente de su ensimismamiento. Su tío, Alfredo Fowler, lo miraba con preocupación. Hubo un silencio de algunos segundos entre ambos hombres y Marcel buscó los brazos de su tío con una necesidad que emergía de su pecho. Necesitaba a un familiar y aquel era el último con el apellido Fowler y el último pariente que le quedaba. Tras la muerte de su madre, su círculo familiar se había reducido.

—De verdad no sabes cómo lamento esta tragedia, hijo...

—Lo sé... Yo no puedo terminar de entender.

—¿Cómo pudo suceder algo así? —Alfredo tomó por los hombros a Marcel de cuyos ojos se escurrían las lágrimas.

—No lo sé, tío. Un escape de gas, pero no sé cómo sucedió, cómo no se dio cuenta...

Un bombero que trabajaba cerca, tras escuchar, respondió:

—El gas puede ser indetectable cuando se escapa poco a poco. Según lo que vimos, se rompió la tubería de cobre y dudo que su padre haya sentido algo.

—¿Cree que haya sufrido? —preguntó Marcel, desconsolado.

—Para serle sincero, dudo mucho de que haya estado consciente en el momento de la explosión. Pero hay que esperar el resultado del forense.

Marcel miró primero a su tío y luego al bombero.

—¿Cree que sea necesaria una autopsia? —Alfredo preguntó al bombero.

—Es algo de rutina. Para nosotros, el caso ya tiene un veredicto... De verdad lo siento, señor

Fowler.

Marcel no respondió y dio media vuelta mirando lo que aún quedaba del apartamento.

—Disculpe a mi sobrino, está aún en estado de *shock*... —Alfredo habló cerca del bombero, quien asintió.

—Tranquilo, sabemos cómo es todo.

—Muchas gracias —Alfredo siguió caminando y alcanzó a Marcel.

Ambos continuaron recorriendo el apartamento en ruinas, iluminados por el boquete en la pared que daba hacia la calle. Marcel no pudo dejar de mirar la vista nocturna que se iluminaba difusamente. Recordó que su padre había elegido aquel edificio por la tranquilidad que le daba para sus estudios y trabajos. Desde la muerte de su madre se había convertido en un lobo solitario. Tragó grueso y continuó examinando todo sin poder encontrar forma a aquel accidente.

En uno de los extremos de lo que un día había sido la amplia sala, Marcel vio casi calcinado en su totalidad el escritorio en que su padre había trabajado desde que él era un niño. Se acercó y terminó de desarmar parte de la estructura, los rieles y planchas que recubrían el escritorio. Su padre había tenido una caja fuerte, y si nada había cambiado en los últimos meses, ahí debía de estar. Su tío Alfredo Fowler continuaba examinando parte de la zona del siniestro y parecía intercambiar algunas opiniones con dos bomberos que se encontraban en lo que había quedado tras la explosión de la cocina.

Marcel vio el acero chamuscado de una caja incrustada en lo que quedaba del mueble. Rompiendo parte de la madera carbonizada y astillada por la explosión, comenzó a sacar con alguna dificultad la pequeña y alargada caja fuerte contra incendios. Logró despegarla de unas planchas que las habían estado soportando en el interior del escritorio y, haciendo alguna fuerza, haló la caja, que terminó cediendo. Marcel la miró en silencio y pensó en los documentos, quizás en algún dinero que su padre, como le había comentado en varias oportunidades, guardaba para las emergencias y para dejárselo algún día. “No confío en los bancos”, recordaba Marcel haberle escuchado cientos de veces mientras retiraba la caja, y aprovechando que su tío conversaba aún con los bomberos, salió del apartamento y bajó las escaleras hasta la entrada del edificio. Aquello era muy personal. Sabía que ni su tío tenía noción sobre la existencia de aquella caja, y no era egoísmo: era parte de su familia más cercana.

Una brisa fría golpeaba su rostro ardiente, pero sintió agradable aquella fresca, luego de estar expuesto al calor concentrado que emitían los restos quemados del apartamento de su padre. No quería estar más ahí; sabía que no soportaría y quería estar solo. Afuera había un camión de bomberos estacionado, una ambulancia y algunos vecinos en batas que conversaban con los agentes. La zona se había vuelto un hervidero ante la explosión del apartamento.

Unos pasos retumbaron detrás de él. Su tío Alfredo había bajado. Marcel se sobresaltó.

—¿Te encuentras bien? —preguntó su tío.

Marcel se sintió sospechoso.

—Sí, sí..., es que de verdad estoy confundido y extrañado. No termino de entender...

—Sé perfectamente cómo te sientes...

—Es tan difícil visualizar, tío..., imaginar qué habría estado pensando en ese momento. ¿Se habría dado cuenta?

—No lo creo, hijo... Escuchaste al bombero; lo más seguro es que no haya sentido nada.

—Pero no es una seguridad...

—Y jamás tendremos la certeza.

—Lo sé...

—Pero es mejor pensar que no sintió nada en ese momento.

Marcel no respondió nada; pero eso también esperaba él mientras agachaba la cabeza y miraba la caja en sus manos.

—Me cuesta creerlo, aceptarlo... Tu padre tan lleno de vida... —Su tío mordió el llanto.

Marcel miró a su tío y le encontró muchos rasgos de su padre en ese momento: los ojos, las cejas marcadas, la forma de vestir con ese aire académico... Su tío era un filósofo amante de las lenguas antiguas y de la Historia, al igual que su padre. La única diferencia era que Alfredo jamás había gustado de la barba, símbolo inequívoco, junto con sus lentes redondos, de su padre.

—No termino de entender. Y no sé siquiera cuál es el próximo paso que se debe dar. Estoy como en el limbo —respondió Marcel.

—Puedes quedarte tranquilo. En cuanto supe la noticia, comencé todos los trámites del seguro para la funeraria y la cremación. Creo que estamos de acuerdo en que es lo mejor, ¿no? En cuanto el forense nos autorice a retirar el cuerpo, yo termino de encargarme de todo.

Marcel se tomó la cabeza y suspiró. Era un alivio en aquel momento. Lo que menos quería era estar haciendo aquellos pesados trámites.

—Gracias, tío, de verdad, gracias...

Su tío sonrió y bajó la mirada. Miró la caja de seguridad que Marcel tenía en sus manos.

—¿Y esa caja?

Marcel dudó en la respuesta. Estaba aún aturdido entre sus propios pensamientos.

—Es la caja de seguridad de papá. Estaba escondida en su escritorio. Tenía, si mal no recuerdo, sus papeles, pasaportes...

Alfredo sonrió.

—¿Y resistió la explosión?

—Sí, estaba incrustada en su escritorio. Era una pesada mole de hierro y madera.

Su tío sonrió y Marcel lucía incómodo.

—Esperemos que haya dejado algunos euros, ¿no? —Su tío rio tratando de distender la incómoda situación.

Marcel se sentía algo apenado. Sentía caliente su rostro y no sabía si era por el calor concentrado en el apartamento. No quería que su tío creyera que escondía algo, pero su padre siempre había hecho hincapié en que cuando muriera debía asegurarse de buscar aquella caja. Nunca había querido pensar en eso, y cuando su padre asomaba el tema, Marcel trataba de no seguir conversando. Nunca visualizó muerto a su padre, pero ahora era una realidad.

—No creo. Papá siempre hablaba de documentos, de algunos apuntes, papeles y objetos con más valor sentimental que monetario.

Hubo un silencio entre ambos.

—Tranquilo, Marcel; puedes llevar la caja; lo que sea que haya ahí es tuyo por derecho. —Su tío lo miró fijamente y luego volteó su rostro tras escuchar la sirena de una patrulla de policía aparcarse a algunos metros de donde ellos estaban parados—. Ya vengo, hijo. Debo hablar con los oficiales.

—Claro, tío...

—Vete para tu casa y descansa; yo me encargo de todo.

—Sí, sí... Creo que eso haré en un rato.

Todo era incómodo entre ambos. Era como si sencillamente faltara algo para poder sentirse cómodos.

—Te quiero... —le dijo su tío—. ¿Te he dicho alguna vez que te pareces a tu madre?

—No, tío —Marcel lo miró sin ánimo de más nada, pero le gustó saber que algo de sus padres vivía en él—. Gracias...

Su tío le dio una palmada en el hombro y se acercó a los oficiales que acababan de bajar de la patrulla. Marcel lo pensó y supo que su tío tenía razón: era mejor irse. Buscó con la mirada algún taxi, hasta que por fin dio con uno; estiró el brazo para detenerlo e irse a su apartamento. No quería responder más preguntas en relación con el accidente ni hablar más con nadie, así se tratara de su propio tío. Estaba en un estado en el que su cuerpo parecía adormecido; debía darse una ducha y pensar un poco. Estar acostado le serviría para reacomodar todas sus ideas y pensar en el mañana; ahora solo había un agudo dolor en su pecho. Abordó el auto y pidió que lo llevara a su apartamento en la Carrer de Valencia.

CAPÍTULO V

Caja de seguridad

El viaje se hizo con rapidez. Marcel pasó todo el camino mirando a personas despreocupadas caminar y llegar a sus casas, despedirse, encontrarse con sus seres queridos. Él estaba prácticamente solo. El taxi había doblado en varias esquinas, desembocado en la Ronda del Guinardó, pasando justo delante del Parc de les Aigües y volviendo a cruzar para llegar hasta la calle donde Marcel había vivido los últimos años. Nunca muy lejos de sus padres, y menos luego de la muerte de su madre. El taxi se detuvo y Marcel descendió.

Al bajar del taxi, entró al edificio y subió hasta su pequeño apartamento. Colocó la caja fuerte en la mesa y montó la tetera. Necesitaba una infusión de camomila y, mientras esperaba el sonido del vapor liberado por la tetera, decidió buscar la manera de abrir la caja. Se sentó en la mesa y examinó la caja de acero antiincendios. La madera no había permitido que se dañara el seguro con las combinaciones, aunque costaba leer los números. Marcel se percató de que el sistema funcionaba a la perfección, pero necesitaba la combinación y no la sabía. “¿Cuál sería la combinación?”, pensó por unos minutos con la cabeza, aún confusa. Miró la caja sosteniendo su frente con la mano. Probó con el cumpleaños de su padre, pero la caja no abrió. Luego intentó con el de su madre, pero la caja permaneció herméticamente cerrada. Mientras la miraba, la idea le vino de pronto. Era sin duda lo más factible. Si su padre no había cambiado, la combinación no podía ser otra que la fecha de su aniversario. Con alguna ansiedad, marcó la serie de números, giró la perilla varias veces y sonó un clic inconfundible. Había tenido razón. Con dificultad abrió la cajuela, que se había doblado un poco, y vio su contenido.

Un pequeño libro de cubierta verde descansaba en la parte superior de los objetos que estaban en la caja. Cinco fajos de billetes de 500 euros, atados con unas bandas elásticas, era lo siguiente. Marcel los sacó de la caja y, en la medida que se iban dispersando, iba viendo debajo algunas carpetas. Las abrió y encontró una serie de apuntes e investigaciones. Debajo de estos, había documentos antiguos, fotocopias de otros y varias listas de nombres que no eran españoles ni ingleses. Algunos nombres estaban en portugués y otros en español, acompañados con direcciones en ciudades que había escuchado con frecuencia en boca de su madre durante su niñez: Caracas y Angostura.

Su padre nunca le había contado su relación con aquel país suramericano, cuya capital era Caracas. Pero sabía que algún antepasado suyo, según contaba con misterio y pasión, había llegado de aquellas latitudes. El problema era que aquel tema parecía condenado al olvido. Parecía haber descendido a la tumba junto con su padre y su madre. Marcel suspiró.

Tras vaciar el contenido de la caja, Marcel encontró un último sobre amarillo. Lo abrió y encontró una llave sujeta a un pequeño llavero con el número 185. En ese mismo sobre encontró un pequeño casete para grabadoras, como las que él solía usar cuando estudiaba periodismo, antes de que llegaran los teléfonos con grabadora y aquellos que usaba su padre para grabar sus propias ideas, sus trabajos e instrucciones para que algo deseado por él se hiciera según su dirección. Asimismo no entendía el porqué de esa cinta en aquella caja donde su nombre, *Marcel*, era lo único que había escrito en la etiqueta del casete. Marcel se levantó de la mesa intentando recordar dónde podía estar aquella vieja grabadora de sus años de estudiante; era el único lugar donde podía reproducir la cinta. Buscó en una gaveta donde tenía guardados varios objetos que casi no

utilizaba, revolviendo su contenido una y otra vez. Tras sacar casi todo lo que había en aquella gaveta, vio por fin la grabadora en el fondo. La tomó, metió el casete y le dio al botón de *play*. La voz de su padre era inconfundible:



“—*Hola, hijo. Si escuchas esta grabación es porque no debo estar pasándola muy bien... —* David Fowler dejó escapar una risa nerviosa—. *Seguramente ya debemos haber conversado, pero prefiero dejarte algunas instrucciones sobre el proceso que debes seguir para que puedas ayudarme. Sin embargo, como dije inicialmente, si estás escuchando esta grabación es porque finalmente fallé en la última voluntad de tu madre. Espero que nos ayudes a no dejar por la mitad esta última tarea y que saques a la luz en este asunto la verdad que ya debo haberte confiado plenamente, que siento amenazada y que prefiero dejar al único digno de revelarla.*

»*Como ya te debo haber dicho, seguramente, en 1817, por tu lado materno, llegó a Londres un antepasado tuyo y de tu madre: Timoteo Díaz. Acusado de ser el séptimo testimonio en el juicio de un hombre inocente, víctima de una vida de complots en su contra desde el mismo momento en que estuvo en el vientre.*

»*Ya te debo haber explicado, en vivo, parte de toda esta historia, la verdad detrás de tu propio origen. Ojalá puedas hacer pública esta bomba que ha esperado adormecida por siglos, si es que no puedo hacerlo yo.*

»*Debes ir al Passeig de Gràcia, 56 7º A, a la oficina de la Societé Générale; deberás identificarte. No tendrás ningún problema, ya que estás autorizado desde el momento en que alquilé una caja de seguridad a la que pertenece la llave que debes tener en tu mano. Sé que me recuerdas como un hombre que no gusta de los bancos ni de estos sistemas, pero, debido a algunos extraños hechos en los últimos días, prefiero confiar en la invulnerabilidad. La información que encontrarás en la caja es una serie de documentos, los cuales ya debes haber visto para este momento y que debes mostrar única y exclusivamente a la persona que te indicaré en la caja de seguridad, y, junto a ella, hacerla pública como tu madre deseaba. Primeramente en la Universidad y luego como decida la persona a la que le debes entregar todo.*

»*Cuídate en este tarea que nos encargó tu madre, y recuerda lo mucho que te hemos amado.*”



Hubo un sonido carrasposo, como si se aplastara papel aluminio: luego, solo silencio en la cinta del casete. Marcel la detuvo. No terminaba de entender lo que había explicado su padre. Jamás tuvo con él una conversación al respecto, como sugería por pasajes de la cinta. Aquella grabación era como una voz de ultratumba que emergía en medio de su dolor. “¿Ti-moteo Díaz?” se preguntó. Jamás había escuchado ese nombre ni algo de aquella historia. Estaba como en el comienzo de un laberinto. Marcel se levantó para apagar la tetera, que estaba sonando desde hacía unos minutos. Sirvió la infusión y la tomó, saboreando una sensación de tibieza que lo relajó de inmediato. Una

vez más, como en su niñez, su padre lo convertía en parte de su trabajo, pero esta vez no estaría para ayudarlo.

Marcel continuó meditando en lo que acababa de escuchar, pero entonces se detuvo. Aquello no era un trabajo cualquiera; se trataba del origen de su familia por el lado materno; aquel hombre, Timoteo Díaz, llevaba el apellido de su madre, Ana Sofia Díaz Navas. ¿Quién era ese sujeto? ¿Por qué su madre no había hablado de él? Marcel sintió una amargura profunda, porque en aquel momento de dolor era injusto vivir aquella confusa historia.

¿Su madre le había pedido aquello a su padre? No entendía; era como si su cabeza sufriera de migraña: sentía su cerebro a punto de estallar con cada movimiento. Se apoyó con los codos en la mesa y sostuvo su frente con las manos; era víctima de una sensación de resaca. Continuó meditando sobre tal nombre, pero no tenía la menor idea de a quién pertenecía. Tenía que buscar en alguna parte, pero no supo por dónde comenzar.

“Usa la tecnología, Fowler —se dijo a sí mismo—. Siempre actúas como tu padre y olvidas los avances tecnológicos.” Buscó su *laptop*, la encendió e hizo clic en el ícono de *Google Chrome*. La página web del popular buscador llenó la pantalla del portátil. Escribió en la barra de búsquedas el nombre: “Timoteo Díaz”, y con el puntero inició la búsqueda. “*Cerca de 509.000 resultados (0,40 segundos)*” leyó Marcel, pero ninguno de los hipervínculos hacía referencia a un personaje histórico con aquel nombre y menos ningún resultado que conociera. Sabía que su padre trabajaba en un material sobre la casa Braganza de Portugal, pero no encontraba sentido a nada. ¿Quién era Timoteo Díaz?

Buscó en las páginas siguientes, pero el resultado fue el mismo: ninguno. La única solución era ir a la oficina del banco que su padre le había indicado, pero para eso debía esperar el día siguiente a las 8:00 a.m. En medio del dolor, una extraña ansiedad lo embargaba; era como si su propia identidad dependiera de aquello. Siempre se había sentido orgulloso de los logros de su padre, tenía sus libros autografiados y se pavoneaba por su origen mitad español, mitad británico. Sin embargo, siempre había evitado mencionar que en algún momento del pasado, de tierras americanas, según contaba escuetamente su madre, había llegado un antepasado suyo. Ahora tenía un nombre: Timoteo Díaz; era como encontrar una fotografía de un viejo pariente, solo que de este no sabía sino su nombre.

Estaba dubitativo, pero pronto tuvo una idea. Seguramente su tío Alfredo, debía estar al tanto del trabajo de su padre y siempre había sido un apoyo para este. No caviló más, tomó el teléfono y marcó el número de su tío; este repicó cinco veces y la voz de Alfredo resonó del otro lado:

—¿Marcel? ¿Qué pasó? —preguntó su tío con preocupación.

—Tío..., abrí la caja fuerte y el contenido que mi padre dejó me sorprendió...

Su tío no respondió de inmediato.

—No tienes que decirme nada, hijo. Lo que tu padre te haya dejado es todo tuyo... ¿De acuerdo? Ya lo habíamos hablado...

Marcel se sintió malinterpretado.

—Tío, sé que es así, pero no es sobre eso que quiero hablar. Quería saber si mi padre te confió algún tema que para él fuera delicado, es decir, uno en que él trabajara y que estuviera relacionado con el origen de mi madre. Sé que tú, seguramente, entiendes mejor las palabras que dejó en el casete grabado que encontré dentro.

Hubo un silencio en la línea.

—¿Casete? —preguntó, extrañado, Alfredo.

—Sí, mi padre grabó una cinta donde hablaba sobre un antepasado de mi madre y sobre una información referente a este que debo buscar y hacer pública. En teoría, yo debía saber algo al

respecto, pero la verdad es que jamás supe nada. Tú debes estar más al tanto de esto. ¿Es así?

Marcel esperaba un rayo de luz que iluminara la oscuridad en que se encontraba.

—Sí y no. Tu padre siempre fue bastante hermético con su trabajo, y más con ese tema. Así que le respeté que actuara de manera circunspecta —Alfredo parecía sorprendido—. ¿Te dejó dicho eso en la caja fuerte?

Marcel sintió más confusión. Si su tío no entendía, era quizás porque la prematura muerte de su padre dejó cabos sueltos difíciles de unir.

—Sí; además me dice que dejó una caja de seguridad con documentos que estaban relacionados con mi madre y el antepasado de ella.

Alfredo no dijo nada por un instante.

—¿Sabes qué hay exactamente en la caja?

—Papá dijo en la grabación que allí está el material que quiere que haga público, como lo había pedido mi madre. Habla de un tal Timoteo Díaz...

Marcel esperaba alguna reacción o dato de su tío, pero este se mostró en el limbo, lo mismo que él.

—¿Timoteo Díaz? —preguntó, desconcertado, Alfredo—. No sé de verdad de quien se trata.

—Créeme que estoy igual...

Pasó la mano por su rostro. Se quitó los lentes y los colocó en la mesa. Se sentía agotado y confundido.

—¿En qué banco está la caja de seguridad? —inquirió su tío.

—En la oficina de la *Société Générale*, en el Passeig de Gràcia.

—Tu padre nunca me mencionó nada de esa caja...

—Tío, hasta hoy he creído que papá no confiaba en los bancos..., y ciertamente era así, porque en la caja sí me dejó dinero.

—Entonces lo que está en esa caja debió ser de mucho valor para tu padre...

Marcel concluyó en silencio lo mismo:

—Así parece...

Alfredo se aclaró la garganta.

—¿Cuándo piensas ir a buscar la caja? Mañana estaré ocupado con algunos trámites y esperando que el forense nos entregue el cuerpo de tu padre. Pero puedo colaborar contigo en eso...

—Tranquilo... Pienso ir a primera hora y luego te acompañaré; no creas que te voy a dejar solo —respondió Marcel; sabía que era un abuso dejar toda la responsabilidad a su tío. A fin de cuentas, se trataba de su padre.

—Quédate tranquilo, hijo. Busca esa caja y todo lo que haya dejado tu padre. Me mantienes al tanto, eso sí. No puedes dejar de cumplir eso que te encomendaron tu madre y tu padre; sería como dejar morir su recuerdo —la voz se le quebró a su tío; tomó aire y continuó—: ¿A qué hora irás?

—A las 8:00 a.m.

—De acuerdo. Marcel; por ahora iré a dormir. Estaba organizando algunos papeles para mañana; será un día largo y de verdad necesito descansar. Nunca pensé que llegaría este día.

Ambos hicieron silencio un par de segundos en la línea.

—Tranquilo; yo también necesito descansar; buenas noches, tío..., gracias por tu apoyo.

—Buenas noches, hijo; no tienes nada que agradecer.

Alfredo cortó la llamada y Marcel se quedó en silencio. Ahora tenía la cabeza más abarrotada de pensamientos...: “¿Timoteo Díaz? ¿Qué hiciste tan importante; a quién acusaste para que exista todo este misterio?” Marcel se sintió vacío. Habría preferido que su papá le contara todo, o su

madre, cuando también estaba viva. De cierta manera, por un instante se sintió abandonado por sus padres; ese no ha debido ser el modo de resolver aquello. Su padre no le había hablado claramente, aunque en el casete hablara como si así lo hubiera hecho. Si ese tema era tan importante, había sido egoísta al intentar, como siempre, probar su capacidad y fortalecer su carácter, aunque no lo expresara con aquellas últimas palabras. Siempre había hecho lo mismo, como él solía pensar, tratando de formar a un heredero de su profesión. Él amó a su padre y sus conversaciones sobre temas históricos, pero no porque quisiera hacer un clon de él. Sintió enojo y frustración, pero pronto experimentó arrepentimiento. Tras reflexionar por un instante, sacó una conclusión: su padre no dejaría dicho que hablaría si no iba a hacerlo; David Fowler no era hombre de dejar nada a medias y menos algo tan valioso para sí mismo. “¿La muerte lo sorprendió antes de poder explicarme aquello?”, se preguntó. Quizás esa era la respuesta. Tal vez había querido decirle todo, pero la fuga de gas había puesto punto final a su vida y a cualquier plan que quisiera ejecutar. Por su parte, él odiaba los acertijos, los temas confusos y esa manía de convertir todo en una búsqueda que encantaba a su padre.

Suspiró sentado en la mesa. No quería ir solo a ninguna de aquellas tareas. Era un hombre solitario y sus relaciones amorosas habían sido “accidentadas”, como él solía llamarlas. Una vida dedicada al periodismo lo había dejado como un ermitaño, alejado de cualquier relación que terminara como las anteriores. Pero el día siguiente no era un día normal, ni el momento para estar solo. Los pensó y supo que solo tenía una opción: debía llamar a la única persona que podría ayudarlo en aquella tarea. Volvió en sí; estaba mirando fijamente cada uno de los resultados que mostraba *Google* en la pantalla. Observó el reloj de la computadora y vio que marcaba las 2:30 am. Tomó su celular y digitó el número. El celular repicaba.

CAPÍTULO VI

La lección

—*No pierdas la paciencia, Marcel. Si caes en la desesperación, tu mente entra en un estado de convulsión total, tus sentidos se desorientan y, sencillamente, terminas por perder la posibilidad de aplicar el raciocinio.* —David Fowler miraba a su hijo, un joven de unos quince años, rodeado de más de cinco volúmenes de pesadas enciclopedias de historia universal—. *La calma te hará lograr los objetivos, y las pruebas fortalecen el carácter.*

Marcel detestaba aquello. Su padre, un reconocido historiador, se empeñaba en fortalecer su carácter con pruebas confusas. Era su costumbre colocarle retos con algunas de sus propias investigaciones, intentando despertarle el gusto por los trabajos investigativos, y hacer florecer el amor por la pedagogía.

—*No entiendo... ¿Qué quieres que descubra sobre esto? Es una gran pérdida de tiempo a la que me sometes.*

David Fowler miraba a su hijo con desaprobación.

—*¿Por qué te empeñas en fracasar en la posibilidad de fortalecer tu carácter?*

—*¿Crees que haciéndome sufrir entre libros de Historia cambiará mi forma de ser y tomaré tu lugar como historiador?*

—*Tienes quince años y no sabes qué coño hacer con tu vida...*

Marcel sentía calor en su rostro y sus manos transpiraban. Era su padre, pero aquello era como incitación a la pelea. Amaba a su padre, pero odiaba que intentara moldearlo a su imagen y semejanza.

—*¡Yo seré lo que quiera ser, papá! No sé, quizás panadero o zapatero, pero debes dejarme elegir lo que yo quiera ser. No intentar dirigirme como lo haces con tus alumnos.*

David Fowler golpeó con fuerza el escritorio.

—*¡No seas insolente!... Solo trato de que entiendas que en la vida se debe ser firme en las decisiones, y que, para poder serlo, debes estar totalmente claro en el panorama, no ser presa de sentimientos, de arrebatos viscerales. La vida no es un juego; la inmadurez de hoy, a la larga, la pagarás en el futuro.*

—*Basta de sermones, papá...*

—*Hijo..., no es un sermón. Te amo y quiero que llegues a ser un hombre de bien. Quiero que en tu vida profesional, en la senda que decidas recorrer y en cada encrucijada que consigas en el camino, seas prudente, maduro. No dejarte vencer en estos pequeños retos te procurará fuerza de carácter. Así lo hizo mi padre conmigo...*

De un manotazo, Marcel tiró a un lado los volúmenes de la enciclopedia en que había estado sumergido por horas, sin encontrarle sentido al plan de su padre, según el cual su personalidad mejoraría resolviendo sus retos.

—*Lo siento, papá... Quizás no quiero ser un hombre exacto, quizás quiero vivir mis propias pruebas y madurar a mi ritmo. Quizás no quiero tener respuesta a todas las interrogantes que me surjan en la vida...*

Las manos de David Fowler se movían de un lado a otro, sin tomar un papel en su escritorio. Lo hacía sin mostrar interés de verdad por algo en particular. Pero pronto agachó la mirada, comenzó a organizar las carpetas y algunas re -vistas de Historia por suscripción en las que

colaboraba.

—Como quieras, Fowler; no quiero que te molestes conmigo... Eres mi mejor amigo.

—Y tú eres el mío, papá..., pero debes entender que dar un consejo o amar a alguien no implica que sea una especie de orden que se debe cumplir al pie de la letra.

David Fowler vaciló en dar alguna respuesta a las últimas palabras de Marcel, pero prefirió callar. Sabía que la vida pronto le daría lecciones, y él, como padre, solo quería asegurarse de que no sufriera las mismas cosas que él había tenido que sufrir. Finalmente, era mentira; su padre no había hecho aquello con él, pero le habría encantado. Su padre había sido un hombre severo, lejano, que lo amó tan solo en la medida en que él se esforzaba por agradarlo; por eso se hizo profesor de Historia, por eso aprendió a amar la Historia, a diferencia de su hermano, Alfredo, quien nunca entendió que su padre no lo prefiriera a él; su padre había sido un hombre que amaba a ambos por igual, pero a su manera vetusta y tosca.

—Sabes que no dejaré de ponerte pruebas..., ¿no?

—Y yo las resolveré hasta donde pueda, sin volver a sentirme culpable si no logro resolverlas.

David Fowler se pasó la mano por la barba con el rostro adusto.

—Un día entenderás mis intenciones...

—No creo que lo haga...

Marcel volvió al presente mientras marcaba un número en su teléfono.

CAPÍTULO VII

Flavia

Tras varios minutos repicando el teléfono, se escuchó una suave voz femenina:

—¿Marcel?... —preguntó esa voz, sorprendida.

—¿Te desperté? —Marcel hablaba con poco entusiasmo.

—No, no..., bueno, un poco. Estaba en el sofá dormi-tando. He estado siguiendo la noticia sobre tu padre en la televisión y no sabía si llamarte o no. Imaginé que estarías ocupado y no quise molestar.

Marcel tragó grueso.

—Nunca molestas... Sabes que nunca molestas.

La respiración de Flavia hacía eco en la bocina del teléfono.

—De verdad lo siento... Sabes cuánto quería a tu padre. Fue mi principal mentor.

—Lo sé; sé que era así...



Marcel recordó la primera vez que había visto a Flavia. Cinco años antes, su padre lo había invitado a tomar algo con él. Era una rutina esperada para disertar un rato y hablar sobre cualquier cosa. Aquella tarde, Marcel llegó al *Café Zurich*, en el centro de la Plaza Catalunya, entró al bar que funcionaba en aquel lugar desde 1861 y que los años al parecer no desgastaban. Tras colarse entre un grupo de personas que estaba de pie, pudo divisar a su padre en la mesa, y al lado de este a una hermosa joven con el cabello castaño recogido y lentes alargados. David Fowler lo esperaba con una sonrisa amplia y le presentó a la mejor estudiante de Historia que había estado en sus clases, según dijo, en el momento de presentar a la joven, que sonreía plenamente.

—Para que mi padre te presente con esas credenciales, debes ser una excelente alumna... o...

Marcel miró con cierto reproche a su padre y este entendió la insinuación. Flavia se había tornado rojiza. Era costumbre que algunos alumnos se reunieran en aquel café, algunos en compañía de los profesores, y aquel día David Fowler había insistido en presentarle su hijo a ella cuando el resto del grupo se había marchado.

—Marcel, no, no vayas a pensar mal, hemos hablado de ti toda la noche y te esperábamos.

Marcel soltó una carcajada.

—Tranquilo, papá; sé que no tienes más ojos que para tu “orquídea venezolana”.

Flavia sonrió, pero miró con curiosidad.

—¿Orquídea venezolana?

—Así llama él a mi madre.

—¿Y por qué?

—Es una historia familiar —interrumpió Fowler a Marcel, quien se disponía a contar lo poco que sabía de aquella historia—. Pero volviendo al tema, esta chica es oro puro en Historia.

—Tengo un profesor excelente... —La joven se mostró con una seguridad que denotaba su poco interés en figurar.

—Tonterías, hijo. Realmente me sorprende en cada clase. Creo que a veces termina complementándola con sus acertados comentarios e intervenciones.

—¡Wow! Padre, viniendo de ti, debemos estar ante una historiadora prometedora...

—Y lo mejor, mi querido hijo, soltera..., como tú.

Una sonrisa maliciosa y cómplice se dibujó en el rostro del pedagogo.



La voz de Flavia sacó a Marcel del recuerdo en que estaba inmerso.

—¿Qué dicen los bomberos? —preguntó ella por segunda vez.

—Una fuga de gas en la cocina... —dijo Marcel entrecortado—, parece que un tubo se rompió y alguna chispa hizo el resto.

Por la bocina del teléfono se alcanzaba a escuchar, encendida, la televisión de Flavia.

—¡Qué desgracia! —respondió ella, compungida.

Las lágrimas le escocieron los ojos a Marcel, que respiró hondo y continuo.

—Aún no puedo creer que no esté. Y sobre todo, que haya muerto de esa manera...

Flavia sintió que las palabras pesaban.

—Me pasa igual...

Hubo un silencio.

—Pero, en fin —suspiró Marcel cansinamente y prosiguió—: te llamaba por algo que me encargó mi papá antes de morir...

—¿Antes de morir? —Flavia parecía contrariada.

—Sí... Papá estaba trabajando en una serie de charlas en las que iba hacer público un secreto familiar. Creo que te lo había mencionado.

Un silencio precedió la respuesta de Flavia:

—Sí..., sí, así es. Algo me había comentado, pero nada muy explicado.

Marcel se sintió decepcionado nuevamente.

—Sé que parecerá locura, pero se trata de un secreto que mi madre ha guardado celosamente toda su vida. Un antepasado que está relacionado con la casa real Braganza y la independencia de Venezuela...

Hubo más silencio en el teléfono.

—¿Tu padre te mostró algo? Es decir, a mí solo me comentó que daría las charlas en la Universidad y que luego haría público el material.

—No, pero me dejó una caja de seguridad en un banco. Debo buscarla mañana y seguir sus instrucciones.

Nuevamente un silencio incómodo invadió la comunicación.

—¡Tu padre era un genio, definitivamente!... —exclamó Flavia con cierto entusiasmo—. Pero ¿cómo hizo? ¿Te habló antes de morir?

—No, solo él y yo conocíamos la existencia de una pequeña caja fuerte en el interior de su escritorio de madera, un escritorio que ha pertenecido a la familia por décadas. Luego del accidente, aunque los daños fueron gigantes, pude recuperar entre los escombros la caja aún escondida en lo que quedaba de la madera calcinada.

—Wow, qué historia... ¿Y qué había adentro?

—Instrucciones... Pero por eso te llamo. Necesito tu apoyo. Mi padre confiaba en ti y sabes que yo también, no puedo hacer esto solo.

Flavia no supo qué responder de inmediato.

—¿Quieres que vaya para allá enseguida?...

Marcel se mostró asombrado.

—¿Ahora?

—¿Estás ocupado? —preguntó Flavia.

—Eh, no; es decir, no... Claro que puedes venir...

—¿Estás seguro? —Flavia notaba dubitativo a Marcel.

—Claro... Hoy más que nunca necesito apoyo y, créeme, mañana será igual, lo sé.

—Entonces salgo para allá.

Marcel sentía que su corazón se aceleraba.

—No sé qué decir...

—Dime que tendrás té y eso sería suficiente para mí... —Flavia habló con gracia.

Una risotada de Marcel se escuchó por el auricular.

—Sí, habrá té y lo que quieras beber o comer...

—¡Qué bueno y qué bueno escucharte reír! —la voz de Flavia estaba cargada de cierta alegría.

—Siempre lo lograste, gracias...

—Agradéceme cuando hayamos concluido la obra de tu padre y estemos tomando té.

Marcel sonrió.

CAPÍTULO VIII

La llamada

Sintra, Portugal.

Edda de Braganza, *La duquesa*, dormía plácidamente en la quinta *Da Regaleira*. El sonido de su teléfono celular no la despertó, sino la luz que proyectó la llamada iluminando la recámara. *La duquesa* usaba tapones en los oídos. Era una vieja costumbre adquirida en sus años de matrimonio para evitar escuchar los sonoros ronquidos de su esposo, pero, aun así, despertó alarmada. Esperó con poco entusiasmo que el teléfono dejara de sonar; debía de ser un error. Pocas personas tenían aquel número y pocas se atreverían a semejante falta de respeto; llamarla a aquella hora era una afrenta a su persona.

Se apoyó en los codos y miró en la mesa de noche, finamente tallada, el dispositivo móvil que vibraba, iluminaba y emitía un agudo sonido junto a la inmensa cama. Vio el nombre titilando en la pantalla y se sobresaltó. “Algo malo está pasando”, presintió. Estiró el brazo, tomó el teléfono y contestó la llamada, reconociendo de inmediato la voz que le habló del otro lado de la línea.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué me llamas a esta hora? Sabes que odio que me despiere...

La voz al otro lado de la línea no parecía cómoda con el reclamo. Interrumpió a *La duquesa* y la puso al tanto de los últimos acontecimientos. Durante cinco minutos ella sintió los labios secos y no pudo pronunciar palabra alguna. Cuando finalizó la llamada, su rostro se tornó más pálido; estaba en problemas. La luz trémula de la lámpara de noche iluminaba su rostro, que reflejaba pánico.

“Su hombre falló...” *La duquesa* repetía para sí las palabras de su contacto. Guilló nunca había fallado, pero esta vez había dejado a medias una parte del trabajo. David Fowler no tenía únicamente en el apartamento la información de su investigación sobre aquel molesto secreto. En efecto, la había guardado en una caja de seguridad en un banco de Barcelona y todo ese material estaría en las manos del hijo de este a las 8:00 a.m. del día siguiente. Debía calmarse. Respiró hondo y se levantó de la cama. Tenía que esperar que el joven Fowler recibiera el material; después Guilló debía terminar la misión que le había encargado y pagado y que había quedado inconclusa.

Buscó en la agenda del teléfono el número de su hombre de confianza, lo llamó y esperó a que contes-tara. Luego de algunos repiques, a pesar de la hora, este repondió.

—¿Para qué soy útil? —preguntó con su voz carrasposa.

—Solo para que termines el trabajo que te pagué... —dijo de manera severa *La duquesa*.

—¿A qué se refiere?

—El material en el apartamento no era todo lo que David Fowler tenía. En la oficina de la *Société Générale*, en el Passeig de Gràcia en Barcelona, a las 8:00 a.m., el hijo del profesor, Marcel Fowler, sacará la investigación completa de una caja fuerte que su padre le dejó...

Guilló guardó silencio por un instante.

—Creí que todo aquello era el material...—infirió.

—Pues obviamente no lo era. Acabaste con el hombre, pero dejaste cabos sueltos. Necesito que cierres ese tema y que lo hagas rápido, sin más errores.

Guilló se mantuvo en silencio. Mordió el labio para no decir más nada; se sentía humillado.

—¿Qué debo hacer? —preguntó sin mucho ánimo y con la voz queda.

—Espera a que el hijo del profesor tenga el material en su poder, asegúrate esta vez, y luego termina el trabajo. Si debes callarlo para siempre, entonces hazlo.

—¿Pero cómo hago para llegar hasta Barcelona a la hora en que él estará en la sucursal? Son once horas de viaje por tierra; quizás si voy a más velocidad puedo llegar en ocho horas.

—Yo me encargo de todo. Ve al Aeropuerto da Portela y en unos minutos te daré las demás instrucciones. Esta vez, Guilló, no falles, o tendré que buscar a otro hombre de confianza.

El asesino tragó grueso.

—Guilló no falla dos veces. Esperaré sus instrucciones.

La duquesa no dijo más nada, trancó la llamada y se quedó mirando su recamara, sin pensar en otra cosa que no fuera aquel molesto asunto. Estaba en medio de tan incómoda situación por culpa de su hombre de confianza. Volvió a marcar otro número, pero esta vez en el aeropuerto de Lisboa. No quería que nada quedara al azar.

CAPÍTULO IX

La visita

El sonido del timbre alertó a Marcel. Se había quedado casi dormido, pero era un sueño extraño, pesado, lento, lleno de alucinaciones y desvaríos. Había perdido a su madre hacía un par de años y esa muerte aún lo perseguía por doquier, y ahora la de su padre. Parecía un complot macabro del destino. Las fuerzas parecían escasear, los miedos y vacíos eran como inmensos cráteres llenos de la nada de la soledad, aquella que lo abrazaba justo a esa hora.

Por un momento no supo dónde estaba ni quién podía ser; luego musitó: “Flavia”. Se levantó, miró por el ojo mágico y luego abrió la puerta. Como siempre, Flavia lucía espectacular, aun para la hora y hasta en medio de aquella situación; no podía dejar de sentirse atraído por ella. Llevaba sus lentes alargados y una bufanda junto con un abrigo marrón.

—¿Puedo pasar? —preguntó Flavia, que esperaba con el bolso apretado entre sus manos.

Marcel vaciló un instante.

—¡Claro! Disculpa, disculpa... Es que aún estoy un poco dormido.

Ella sonrió y entró al apartamento, recorriéndolo con la vista.

—Tu apartamento sigue tal como lo recordaba...

Marcel sonrió.

—¿Aún lo recuerdas?

Flavia entró y colocó el bolso sobre la mesa.

—Ahora sí.

Marcel la miraba y no lograba contener las ganas de abrazarla. Ella, que parecía haberle leído la mente, dio una vuelta, se colgó de su cuello y lo abrazó. Por un instante, él mantuvo sus manos separadas del cuerpo, pero era tanta la fuerza que ella hacía, que él prefirió corresponder a aquel sentido abrazo. Por un instante se sintió lejos de aquella situación; casi tuvo la impresión de que todo era un mal sueño y que la vida le daba una oportunidad con Flavia, pero pronto supo que no era así.

—Siento de verdad lo de tu padre —dijo ella cerca de su oído.

Marcel cayó en cuenta de la realidad.

—Gracias... —respondió lacónicamente.

—No puedo entender cómo le ocurrió ese terrible accidente...

Sin responder, Marcel se separó de Flavia y vio que ella estaba llorando. No aguantó, volvió a abrazarla y él también dejó escapar unas lágrimas llenas de todo el sentimiento que lo embargaba en aquel momento y que había contenido por horas.

—Créeme que yo tampoco entiendo nada...

Flavia sollozó.

—Hablé con él la semana pasada, me comentó algunas cosas sobre el trabajo que estaba haciendo y lo emocionado que estaba.

Marcel condujo a Flavia hasta el sofá y ambos se sentaron.

—Yo tenía dos días sin hablar con él. Últimamente me dejé absorber por el trabajo, y ahora, sencillamente, no está...

Los ojos le escocieron una vez más y él se tapó la cara con ambas manos.

—¡Tranquilo...! Lloro con confianza...

Marcel sentía que se ahogaba en un mar amargo. Sumido en la oscuridad de sus manos, pensaba en todo lo que había pasado. Levantó el rostro y vio a Flavia que le sonreía con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Marcel, extrañado.

Flavia sollozó y soltó una carcajada.

—Es la primera vez que veo llorar al gran Marcel Fowler Díaz.

Él soltó una carcajada y secó sus lágrimas con la manga.

—Eres la única capaz de sacarme una sonrisa por segunda vez en medio de este drama.

—Así soy yo —dijo ella con tono alegre—. ¡Qué bueno, realmente...!

Por un momento ambos se miraron directamente a los ojos, pero ninguno dijo nada.

—Cuéntame más de lo que vamos a buscar mañana...

Marcel se acomodó en el sofá y respondió:

—Es una locura. Mi madre descende, según lo poco que entendí, de alguien que estuvo relacionado con la independencia de Venezuela, un hombre que al parecer quedó atrapado en un complot..., un tal Timoteo Díaz.

—No es una locura. Muchas personas tienen parentescos que se han perdido con el tiempo, se han olvidado o se han ocultado por seguridad. No es absurdo ese tipo de relaciones y cada vez es más frecuente hacer esos descubrimientos. Las familias de origen judío, por ejemplo, en medio de tantas persecuciones durante los siglos, decidieron cambiar sus nombres y sus apellidos, borrar su existencia y pagar para tener una nueva vida. De esa manera se libraban de terminar en una hoguera. En la intimidad de sus hogares guardaban celosamente sus costumbres y sus reliquias. Con el tiempo, otros fueron olvidando y sumiéndose en sus nuevas identidades; así las generaciones olvidaron de dónde venían.

—Sí, algo he leído al respecto, pero mamá nunca profundizó en detalles.

—Sí, esa es la parte extraña, pero tampoco es lo -cura que tengas raíces en América. Fueron colonia por mucho tiempo, y aunque los viajes eran largos y pesados, el intercambio económico y cultural existió. Muchos de allá hicieron vida acá, y viceversa. Es parte de la diná -mica.

Marcel se sentía agotado, pero tenía tantas cosas que preguntar y conversar que hacía un esfuerzo por mantenerse alerta.

—¿Estás segura de que mi padre te llegó a mostrar algo? Era importante para él todo este tema. Si lo pensaba exponer en la Universidad, el peso académico tenía que ser de importancia. Siempre decía que sus charlas universitarias debían ser especiales. Luego parece que pensaba hacer público ese material.

—No, Marcel; me habría encantado que hubiera profundizado un poco más...; pero tu padre era reservado con algunos aspectos de su trabajo, sobre todo cuando eran investigaciones; digamos que sufría de un celo profesional.

Marcel apretó los labios.

—Habría sido de mucha ayuda que dejara algo más claro.

—Quizás no le dio tiempo.

Flavia se recogió el cabello a un lado y Marcel siguió el movimiento con la vista.

—Sé que no le dio tiempo, pero dejó una grabación...

Ella dio un sobresalto.

—¡Cierto! ¿Puedo escucharla?

—Claro que sí.

Sin decir más nada, Marcel se levantó a buscar la grabación, pero Flavia lo interrumpió.

—¿Me prestas el baño?

—Claro, es por allá... —Él le señaló una puerta en una esquina.

La joven se levantó del sofá y fue hasta el baño, que estaba situado junto a las puertas de las habitaciones. Marcel se quedó sentado y sintió los párpados pesados. Por un instante creyó que su cuerpo no podía más, que era inútil poner resistencia, pero tercamente esperaba a Flavia para mostrarle la grabación. Se relajó, recordó a su padre y aquella sonrisa, aquella voz que, aunque él lo había negado en su juventud, había moldeado su carácter; finalmente el tiempo le había dado la razón a David Fowler, y hoy Marcel lo sabía. Sus recuerdos iban y venían, y poco a poco fue dejándose llevar hasta que se quedó dormido.



El sonido de la tetera despertó a Marcel. Se había quedado dormido y aún estaba en el sofá de su apartamento cubierto con varias mantas. La primera imagen que vino a su cabeza fue la de una mujer la noche anterior. Recordó el momento cuando la vio a través del ojo mágico de su puerta; no lo creía. Flavia había llegado al apartamento, como había dicho, para acompañarlo a buscar la caja de seguridad de su padre..., su padre. Este, recordó Marcel, estaba muerto. Era la primera mañana sin su gran ejemplo de vida. Sintió un nudo en la garganta y que sus lágrimas estaban a punto de derramarse. Respiró profundamente y, con la mirada, buscó a Flavia en la cocina. Al comienzo no la vio, pero pronto se encontró con el rostro sonriente de su amiga. Llevaba como bata una franela que le cubría hasta un poco más arriba de la rodilla y que dejaba asomar, insinuante, el hombro derecho.

—Te dormiste mientras fui al baño... —dijo Flavia, que servía un poco de té en dos *mugs*—. Luego no quise despertarte.

Marcel se desperezó mientras se sentaba en el sofá.

—Disculpa...

—Sí, estoy sumamente ofendida... ¡Pánfilo! —Flavia sonrió.

—Debo levantarme... ¿Qué hora es?

—Son las 7:10. Estamos bien para la hora.

Marcel sintió pesadez en el cuerpo, se puso de pie y caminó lentamente, dando traspiés.

—Voy un momento al baño...

Luego caminó hasta el baño y se miró al espejo: tenía ojeras y lucía demacrado. Se lavó el rostro con agua y jabón, y se secó con una toalla. Pero enseguida decidió darse un baño. El agua lo espabiló rápidamente; se apoyó en la pared dentro de la ducha y por quince minutos dejó que el agua relajara su cuerpo, que estaba agotado. Salió de la ducha, se secó y se vistió con un *jean*, una sudadera y una chaqueta negra. Se colocó los lentes y se dio una última mirada en el espejo. Salió y encontró a Flavia, también arreglada, demasiado rápido para una mujer. “Es perfecta”, se dijo Marcel. Tenía re-cogido el cabello castaño y usaba sus lentes alargados. Llevaba una bufanda de color verde oliva que en ese momento terminaba de enrollar en su cuello. Marcel miró por la ventana los cuatro campanarios de la fachada de la Natividad del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia y sintió nostalgia de aquellas visitas con su padre al hermoso pero inconcluso templo. Su padre, un fanático de Gaudí, le había legado el gusto por el famoso arquitecto. Pero aquella mañana los recuerdos parecían cada vez más lejanos, borrosos y melancólicos. Suspiró y se acercó a Flavia. Debía ocuparse de un día pesado.



Al suroeste de Barcelona, cerca de la costa, en el aeropuerto de El Prat, descendía de un avión privado un hombre vestido con un sobretodo gris y una bufanda marrón. Su rostro alargado y sus ojos, como estirados hacia abajo, no mostraban expresión alguna. Una cicatriz sobre el ojo derecho le daba un aspecto extraño, pero nadie dijo nada. Había órdenes de arriba de dejar tranquilo al pasajero de ese vuelo. Un taxi lo estaba esperando en las afueras del aeropuerto. El hombre, con un cartel escrito, esperaba al “Doctor Antonio Palenzuela”. Guilló sonrió para sí. Ese era el nombre que él usaba y le había asignado *La duquesa*. Hizo un gesto con la cabeza y el taxista abordó rápidamente el vehículo. Guilló se montó en el taxi y dijo cortésmente:

—Por favor, lléveme al Passeig de Gràcia 56, a la oficina de la *Société Générale*.

—Enseguida —contestó el taxista.

Capítulo x

Acorralados

Al entrar a la oficina de la Société Générale, Marcel sintió un extraño ahogo y sus piernas estaban adormecidas. No sabía por qué su cuerpo reaccionaba así, pero la adrenalina aceleraba cada parte de su humanidad. El olor del ambientador llenaba el ambiente en medio de un silencio casi sepulcral. Se acercaron a una joven en uno de los escritorios.

—Buenos días; ¿en qué les puedo servir? —preguntó cortésmente la joven.

—Necesito revisar una caja de seguridad.

—Espere un momento, por favor; ya un funcionario lo acompañará.

—Muchas gracias —respondió Marcel, que miraba toda la sucursal.

La joven llamó por teléfono y solicitó la presencia de uno de los funcionarios.

—Por favor, tomen asiento, ya los van a atender.

Marcel y Flavia hicieron un gesto con la cabeza y se sentaron.

Las manos de Marcel transpiraban y él movía su pie derecho frenéticamente. Flavia se dio cuenta y colocó su propia mano en la pierna de él, frenando el movimiento constante.

—Calma, Marcel... —dijo ella suavemente.

—Eso trato, pero no sé qué vamos a encontrar en esa caja.

—Los que sea; no debes preocuparte... ¿Sí?

Marcel vaciló al responder.

—De acuerdo...

Esperaron pacientemente hasta que fueron atendidos por un funcionario de la agencia. El hombre se acercó, pero con cara de pocos amigos.

—Buenos días, señores; por favor, síganme.

Ambos caminaron en silencio detrás de él hasta su escritorio.

—¿Tiene la llave para la caja? —preguntó el funcionario mientras buscaba en su computadora.

—Sí, aquí está... —Marcel le mostró tímidamente la llave.

—¿Me permite algún documento de identificación?

El empleado los miraba de manera inexpresiva. Marcel sacó su cédula de su billetera y se la alcanzó al mismo, quien leyó, comparó e hizo una mueca.

—Firme por acá estas planillas. —El hombre imprimió un par de planillas que Marcel firmó mientras Flavia se mantenía en silencio.

El funcionario guardó los papeles en un archivo junto a él y se levantó de la silla.

—Por favor, síganme por acá.

—De acuerdo, gracias. —Marcel y Flavia se levantaron y lo siguieron a una distancia prudente mientras él los conducía hasta una habitación cerrada y llena de cajas de seguridad, todas numeradas.

El empleado sacó la caja del compartimiento y la colocó sobre una mesa.

—Acá está su caja. Antes de irse, por favor, me avisan.

—Sí, muchísimas gracias —contestó Flavia sonriendo, intentando ablandar la cara del funcionario, pero no fue así porque este no mostró ninguna expresión en ella.

El funcionario salió de la habitación con paso apresurado y los dejó solos.

Flavia y Marcel miraban la caja que acababa de sacarles el joven subalterno de la Société Générale y que ellos habían colocado sobre una mesa dispuesta en la sala privada para los clientes. La caja de acero tenía un cilindro para la llave que le había dejado su padre.

Esperaron durante un instante mirando la caja con expectación. Parecían no saber qué hacer en tal circunstancia.

—¿Qué esperas para abrirla? —preguntó Flavia con cierta excitación.

—No sé, realmente esperaba que tú dieras el primer paso.

—¿Estás loco? Tu padre estaba trabajando donde hace meses en lo que está guardado dentro de esta caja. Y además fue un legado de tu madre; tú debes tener ese honor.

Sin decir una palabra más, Marcel introdujo la llave en el cilindro de la caja de seguridad. Tras girar la llave y escuchar un clic, subió la tapa y dejó al descubierto su contenido. Adentro había un estuche de cuero negro que él destapó y donde encontró una serie de papeles, algunos foliados y otros clasificados. Había varios documentos antiguos protegidos por carpetas transparentes de acetato. Encima de todo había una nota:

Marcel, como te dije en el casete que dejé en mi casa, es importante que el material que está en esta caja sea sacado al público, primero como una serie de ponencias en la Universidad de Barcelona, y paralelamente deberás entregárselo a un gran amigo mío, presidente de una sociedad de historiadores en Whashington: Benjamin Waddington. Su teléfono directo es 661-345-324-1237; no busques a nadie más.

Tu padre.

Ambos miraron con cierta decepción la explicación de David Fowler. Esperaban órdenes más directas, claras y concisas.

—¿Eso es todo? —preguntó Flavia a Marcel, quien mostraba en su rostro la misma incertidumbre que ella—. Debería explicarte el resto del contenido.

—Sí, lo mismo pienso yo...

Marcel tomó uno de los documentos con cuidado. Era muy antiguo y el papel parecía a punto de desmoronarse ante cualquier movimiento brusco. En el interior de la caja encontraron un par de guantes de látex blancos y unas pinzas. Él tomó los guantes para poder moverlo y sacó el primer documento que encontró en lo que había dejado su padre:

En la ciudad mariana de Caracas, 21 de junio de 1782 años, el Doctor Don Juan Félix Xerez y Aristigueta, presbítero, con licencia que yo el infrascripto Teniente Cura de esta Santa Yglesia Catedral le concedí, en el templo del convento de Las Hermanas de La Concepción, bautizó, puso óleo y crisma y dio bendiciones a Manuel Carlos María Braganza Aristigueta, párvulo, que nació el dos del corriente, hijo legítimo de Don José Francisco de Braganza y Braganza, Príncipe del Brasil y Duque de Braganza, y de Doña Soledad Belén Concepción Xerez de Aristigueta y Blanco Herrera. Fecha ut supra.

Este primer documento no ofrecía detalles de interés. Al contrario, dejaba más interrogantes.

—¿Quién rayos es Manuel Carlos Braganza? —inquirió Marcel.

Con aire confuso, Flavia acercó el documento para leerlo nuevamente.

—Por lo que parece, fue un hijo de José Francisco de Braganza..., ¿el primogénito de María I y Pedro III de Portugal?... Pero...

—¿Pero qué? —preguntó Marcel con extrañeza al ver la reacción de Flavia, que miraba el documento con detenimiento.

—Es extraño. Si es la misma persona que yo creo, no tiene sentido...

—¿De qué estás hablando?

Flavia se mantuvo con el ceño fruncido observando aquel material. De pronto pareció salir de su ensi-mismamiento.

—Disculpa, esto es una partida de bautismo de alguien en Venezuela, y mencionan a Don José Francisco de Braganza y Braganza, Príncipe del Brasil y Duque de Braganza.

—Sí, exacto...

—El problema es que la historia dice que José Francisco Braganza murió en 1788, a los 27 años, víctima de viruela, sin dejar descendencia. Su hermano, Juan VI, se convirtió en príncipe heredero tras la muerte de aquel, luego en regente cuando su madre fue declarada mentalmente incapaz por él mismo. Dicen que ella enloqueció con la muerte de José Francisco. Tras la muerte de ella, Juan VI ascendió al trono... Jamás había escuchado que tuviera descendencia.

—Bonita historia... —dijo Marcel—. Pero, según dice acá, sí tuvo un hijo.

—Sí, así parece... No entiendo. Con respecto a la Historia, parece dramática, pero para ellos seguramente lo fue más en el juego de poder que significaba la monarquía. Para ellos era como un ajedrez... y al respecto aún hay más historias bonitas para poder entender sus acciones.

—¿Más? —preguntó Marcel, asombrado.

—Sí, la reina era la hija y heredera del Rey de Portugal José I y fue obligada a casarse con su propio tío. Pedro de Braganza era hermano de su padre. De esta manera garantizaron la continuidad de la Dinastía de Braganza, temerosos de que ella fuera la primera mujer que iba a heredar la corona. José Francisco, para no perder la tradición, contrajo matrimonio con su propia tía, María Francisca Benedita de Braganza, que era hermana menor de su madre. El príncipe tenía entonces quince años, y su tía, y esposa, más de treinta.

—Wow, ¡qué gran enredo...! Y me imagino a su tía. Como esas mujeres eran tan atractivas..., imagino el suplicio del príncipe.

Flavia sonrió.

—Digamos que él tampoco era un adonis. Esas relaciones incestuosas terminaban por traer consecuencias genéticas. Pero lo importante era mantener la corona entre ellos. Así que todo valía, desde la mentira, la traición y quién sabe cuántas cosas más que no están escritas en los libros de Historia.

—Bien... Pero ¿qué tiene que ver conmigo?

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

Con cuidado, guardaron el documento en su protector y leyeron el siguiente. Estaba en portugués. Flavia entendía el idioma:

—La carta va dirigida a un tal... Don Alonso Piar y Lottyn —dijo ella.

Lisboa, 6 de noviembre de 1799

Señor Don Alonso Piar y Lottyn

Su Majestad, Juan VI, el Clemente

Le comunica que es imposible responder a las exigencias con que Vd. nos ha deshonrado. Con su universalidad de conocimientos, Su Majestad le recuerda las sumas de dinero acordadas y canceladas y se conceptúa obligado a no prestar atención a la despreciable carta que Vd. se ha animado a dirigirle, afrentándolo con esas líneas. Ciertamente no hallará Vd. más retribución alguna por su servicio a Su Majestad. Vd. ganó, además, un hijo de sangre noble.

Su Majestad, en su magnificencia, espera que Vd. Rectifique su posición, suplicándole se persuada de no insistir de manera descortés, ya que, de ser así, usted obligaría a la corona portuguesa a actuar con todo su peso en contra de Vd. y su persona.

En el rostro de ambos se reflejaba aún más su desconcierto. Aquella carta no tenía sentido para

ninguno de los dos. Marcel miró con detenimiento: al final de la misiva había un sello con un escudo de armas. Luego miró fijamente la corona y los dragones que resaltaban en el escudo.

—Una partida de bautismo, una carta de un rey dirigida a ese tal Alonso Piar y Lottyn... ¿Qué tienen en común? —Marcel examinaba cada documento.

—No es cualquier rey, es el rey de Portugal, y ese es el escudo de la casa real Braganza... ¿Un rey escribiendo a un plebeyo? No entiendo nada aún.

—Si por lo menos mi padre hubiese dejado algún detalle, yo podría entender un poco más..., pero estoy confundido.

—Igual yo —expresó Flavia, que examinaba los documentos.

—Papá adelantó esto. Era una serie de documentos que cambiaría el orden cronológico de muchos hechos importantes en la historia europea y latinoamericana. Pero parece una explicación muy ligera.

—No sé qué decir...

Marcel sintió que le faltaba el aire.

—Creo que debemos tomar el contenido de la caja y, sencillamente, salir. Me asfixia el aroma a detergente en esta sala.

Flavia asintió. Ambos se levantaron de la mesa y tomaron el contenido de la caja, guardándolo nuevamente en el estuche de cuero. Al salir de la habitación donde estaban, fueron detenidos por el funcionario de la Société Générale que los había llevado hasta la bóveda en que descansaban las cajas de seguridad.

—  Se van ya?   Y la caja de seguridad? —preguntó con suspicacia.

Ambos se miraron incómodos. No tenían intención de cumplir con formalismos del banco.

—Está dentro, vaciamos el contenido y no usaremos más el servicio —respondió Flavia con desdén.

El empleado los miró con cierta desconfianza.

—Necesitan llenar algunas planillas...

—Señor —lo interrumpió Flavia—,   podemos obviar ese papeleo? El padre de él, el titular de la caja, murió anoche en un accidente y debemos ir a resolver todo lo concerniente al entierro...

El funcionario pareció conmovido.

—Lamento su pérdida, señor Fowler, pero debemos cumplir con los protocolos de la institución. Ya vengo con algunas planillas.

—El hombre continuó su paso.

Ambos se miraron con incomodidad; no querían perder tiempo. Por la puerta principal de la sucursal de la Société Générale, un hombre vestido con un sobretodo gris y una bufanda marrón, y que tenía una cicatriz sobre el ojo derecho, entr   a la sucursal con el rostro adusto. Camin   seguro y se acercó al funcionario que había atendido a Marcel y Flavia e iba a buscar las planillas rezongando un “  Quieren hacer lo que les da la gana...!”.

—Buenos días, señor; creo que una persona que busco est   en esta oficina.   Me puede ayudar?

—  Qu   más da! Siempre me toca hacer mil cosas. A ver,   a quién busca? —contestó el funcionario, que caminaba con paso apresurado y se había detenido con poco ánimo.

—No es un funcionario, es un cliente; busco al señor Marcel Fowler; me dijeron que estaría aquí...

—Es el señor que est   all   con el abrigo negro... —contestó el empleado mientras seguía de mala gana su camino hacia su escritorio con una computadora y una serie de papeles y carpetas apilados.

Guilló metió la mano en un bolsillo interno del sobretodo y tante   su Beretta 380 con

silenciador, caminando hacia Marcel y Flavia y fijando sus ojos en el estuche negro que el joven llevaba en la mano.

—¿Marcel Fowler? —preguntó Guilló con su voz carrasposa.

—¿Sí? Mire, disculpe si no hicimos el papeleo de la caja de seguridad... —respondió Marcel, intentando explicar su negativa en cuanto a cumplir las normas del banco.

—No me interesa ningún papeleo; necesito que me acompañe afuera.

Marcel y Flavia se miraron con aire de desconfianza.

—¿Quién es usted? ¿Por qué debo acompañarlo?

Flavia notó una protuberancia en el abdomen del hombre con el sobretodo y supo de qué se trataba.

—Marcel, creo que el señor no trabaja en el banco... —El rostro de Flavia denotaba terror.

—¿A qué te refieres con eso de que no trabaja en el banco?

—La joven es inteligente y usted, si lo es también, no hará nada estúpido... —Guilló se acercó a Marcel lo suficiente, para que sintiera el cilindro del silenciador de la Beretta 380. Ambos tragarón grueso y obedecieron las órdenes de Guilló, que no mostraba ningún tipo de expresión en su rostro. Los tres comenzaron a caminar hacia la entrada del banco cuando el funcionario del mismo se acercó rápidamente al ver que Marcel y Flavia se escapaban sin cumplir con el protocolo que exigía el banco y que él les acababa de recordar, y no de la mejor manera.

—¡Señor Fowler, señor Fowler! No se vaya sin llenar los papeles...

Guilló se detuvo y miró al hombre.

—El señor Fowler no va a poder llenar ningún papel. Necesitamos que vaya a ver un asunto con respecto a la muerte de su padre y es urgente... —sentenció Guilló.

—Las políticas del banco se deben cumplir al pie de la letra; no puede...

—Le dije que no podemos esperar más, ¿usted no entiende? —Guilló hizo un gesto con la cabeza a Marcel y Flavia, pero el funcionario lo tomó por el brazo.

—Insisto en que solo será brevemente...

Guilló empujó al hombre y este se mostró alterado.

—¿Quién rayos se cree usted que es?! —El hombre habló con fuerza—. No tiene derecho a tratarme de esa manera y menos a desobedecer los protocolos del banco...

El oficial de seguridad, que se encontraba desprevenido, se acercó lentamente al notar la tensión en la situación. El funcionario intentó forcejear con Guilló, pero este sacó el arma y le apuntó a la cabeza. Los otros empleados en la oficina levantaron las manos al ver el arma desenfundada. Un grito ahogado sonó en una esquina. El vigilante sacó su arma y apuntó a Guilló.

—¡Suelte el arma! —gritó.

Guilló no se inmutó. Marcel y Flavia se mantenían quietos y tensos. “Nos va a matar”, pensó Marcel al instante.

—¡Le dije que suelte el arma! —repitió el vigilante en tensión apuntando su arma.

—No tienes por qué morir... Piensa en tu familia. —La voz carrasposa de Guilló erizó los vellos de Marcel.

—¡Señor, le ordeno que suelte el arma!

Guilló apretó los labios y bajó la mirada. Suspiró y bajó lentamente el revólver, pero, de pronto, lo subió con tal rapidez que nadie lo percibió, apretó el gatillo y la bala impactó directamente en la cabeza del vigilante, que se desplomó en el suelo. Los gritos llenaron la oficina. El vigilante estaba muerto.

Había gritos ahogados y sollozos que llenaron la oficina en ese momento. Guilló se secó la boca y miró a todos de manera amenazadora. Ya nadie dudaría de sus intenciones, aunque ese

escándalo no era parte del plan.

—Nadie más tiene que morir... —Guilló apuntó a Marcel al pecho—. Dame los papeles de la investigación de tu padre...

Un frío recorrió el cuerpo de Marcel, que instintivamente se colocó delante de Flavia.

—No le daré nada...

—Vamos, hijo, hay gente poderosa que mata por eso... Lo viste hoy, y seguramente anoche...

El estómago de Marcel parecía estar en una montaña rusa. Miró al hombre que le apuntaba y vio un rictus en su rostro. La mueca le provocó náuseas y lo supo: no había sido un accidente; su padre no había muerto por caprichos del destino, había sido asesinado.

Marcel estaba a punto de decir algo, pero, justo en ese momento, Flavia golpeó con su bolso la mano de Guilló y de esta resbaló el revólver, que terminó en el suelo. El asesino intentó reaccionar, pero había sido sorprendido. Flavia tomó a Marcel por el brazo y se dirigió a toda prisa hacia la entrada. Al salir a la calle, las personas no parecían haberse dado cuenta de la emergencia que se había vivido dentro de aquel banco. “El silenciador”, se dijo Marcel, que corría sin saber adónde se dirigían. Pronto se ubicó al ver la *Fundación Antoni Tàpies*: habían corrido la cuadra completa del Passeig de Gràcia y ya divisaban la Rambla de Catalunya unos metros más adelante. Al llegar, cruzaron hasta la Carrer d’Aragó. Flavia estiró el brazo y detuvo un taxi. Sin pensarlo dos veces, Marcel la siguió y ambos subieron al auto.

—¿Adónde? —preguntó el chofer.

—A la Iglesia de Santa Maria del Mar —respondió Flavia al chofer, que puso a andar el taxi.

El vehículo quedó en silencio. Marcel parecía no haber escuchado nada.

—¿Qué rayos fue eso? —preguntó Flavia intentando no llamar la atención del chofer. Marcel miraba por la ventana con la respiración acelerada—. ¿Marcel? ¿Me escuchas?

Marcel volteó el rostro y la miró. Sus ojos estaban inundados por lagrimones.

—Mi padre no murió en un accidente...; lo asesinaron... —dijo con una mezcla de tristeza e impotencia.

Flavia no supo qué decir.

—¿Pero por qué? —preguntó entonces.

Marcel miró el estuche negro que su padre le había dejado en la caja de seguridad del banco.

—Por esto...

Ninguno dijo nada. Durante unos minutos el viaje se hizo en silencio, pero Flavia pronto retomó la palabra.

—No hemos terminado de revisar todo lo que tienes acá.

Marcel la miró con tristeza.

—Mi padre era incapaz de hacerle algo a alguna persona...

Flavia le tomó la mano.

—Lo sé, Marcel...

—¿Quién puede ser la persona que orquestó esto?

Flavia negó con la cabeza.

—Quizás si revisamos el contenido de esto encontremos respuestas.

—Tal vez..., pero no termino de aceptarlo.

—¿Y si vamos a la policía?

Marcel la miró firmemente.

—Mi padre fue claro: no debía buscar a nadie...

—Pero estamos hablando de asesinatos...

—Con más razón. Si matan por esto, no podemos confiar en nadie...

Flavia no supo qué decir, pero quizás Marcel tenía razón o era presa de paranoia.
—Entonces, por ahora, simplemente, concentrémonos.

CAPÍTULO XI

Armando el rompecabezas

El ábside de la máxima iglesia gótica catalana, Santa María del Mar, se elevaba algunos metros por encima de Marcel y Flavia, que habían dejado atrás el taxi. Marcel no entendía por qué Flavia había escogido aquel lugar. Lo había visitado un par de veces con su padre y siempre recordaba que este, fanático de la arquitectura, terminaba cada oración dándole una clase en la que le explicaba la carencia de una deco-ración suntuosa en aquel templo, lo cual denotaba que su belleza estaba en sus proporciones, sus líneas y su espacio. Cuando era niño, David Fowler venía con él a escuchar recitales de música barroca. Sin embargo, aquella mañana su padre estaba muerto y acababa de descubrir que había sido asesinado.

Al entrar al templo, Marcel no pudo dejar de sentir cierta paz al ver la luz que lo iluminaba a través de los óculos abiertos entre las galerías de la nave central y las laterales. Se sentaron en una de las bancas y Marcel cerró los ojos. Un coro barroco entonaba una pieza y Marcel casi pudo sentir junto a él a su padre tomándole la mano. Podía escucharlo tararear la música, de manera casi inaudible, mientras él solía mirarlo con atención. Sintió que le faltaba el aire. Volvió en sí: estaba sentado con Flavia, quien revisaba los papeles que había dejado su padre.

—El primer documento, sin duda, es un acta de bautismo. Sin embargo, no sabemos a quién pertenece. El segundo documento también es original y nombra al hermano del padre del niño bautizado en el primer documento. Solo que, de ser cierta la historia del acta, ese hermano no se llamaba entonces Juan VI, sino João de Braganza, y no era el príncipe heredero de la corona portuguesa. Además, también nombra a un tal Don Alonso Piar y Lottyn.

Ambos se miraron a la cara llenos de desconcierto.

—¿Sabes quién es? —preguntó Marcel, con la esperanza de que los conocimientos históricos de Flavia sirvieran en aquel momento.

—¿Realmente? No... Pero creo haber oído algo de ese nombre.

Continuaron revisando los papeles.

—¿Qué otra cosa hay?

—Hay un tercer documento. Es una carta, pero no está en castellano, ni en portugués o latín, ni siquiera en inglés. Creo que es holandés..., pero no estoy segura. Y lo otro parece un diario. Pertenece a un tal Manuel Carlos María Francisco Piar Gómez. Parece más bien un diario de campo o algo así.

—Me suena ese nombre... —dijo Marcel.

—¿Cuál?

—Manuel Carlos... ¿Piar Gómez?

Marcel creyó haberlo escuchado en alguna parte, pero, tal como le sucedía a Flavia, él tampoco recordaba de quién se trataba.

—Espera; hay algo más... —Flavia sacó otra carpeta en la que había más documentos antiguos —. Hay otra carta...

Angostura, 15 de octubre de 1817.

Mi querido padre:

Lamento tener que escribir, pues llevo con orgullo el apellido que Vd. a bien me ha puesto. Hace más de un año que no recibo carta alguna de Vd. No sé a qué atribuir tal olvido, pues de

mi parte siempre ha recibido mi devoción, respeto y agradecimiento. Pero ante mi atribulada existencia, me veo en el penoso deber de escribirle a Vd. esperando su mano me sea extendida.

El hombre que lleva la misiva a su persona es de mi entera confianza, y ha estado a mi lado en el fragor de la batalla, en mi peregrinaje por estas tierras sedientas de libertad. Hasta ahora me mortifica más el destino de este desdichado que sería víctima de la inmoralidad y corrupción que me rodea. Aunque la sombra de la muerte me envuelve en sus penumbras, no temo por mi persona, sino por la verdad que se quiere callar. Mi causa, bien sabe Vd. que es justa y verdadera, por lo que suplico ayude a este hombre a llegar a buen puerto británico, donde ya hay quienes cobijen y lo ayuden. No espero más nada de su parte, sino un acto de cristianismo con un alma necesitada, mi eterno escudero, Timoteo Díaz.

Manuel Carlos María Piar Gómez

—Mi antepasado... —musitó Marcel.

—¿Quién?...

—Timoteo Díaz... Mi padre lo dijo en la grabación. Anoche olvidé mostrarte la grabación. — Marcel buscó rápidamente le grabadora y colocó el casete nuevamente—:

...En 1817, por tu lado materno, llegó a Londres un antepasado tuyo, Timoteo Díaz. Acusado de ser el séptimo testimonio en el juicio de un hombre inocente, víctima de una vida de complots en su contra desde el mismo momento en que estuvo en el vientre.

Tras detener la grabación, ambos miraron los documentos que acababan de leer.

—Ok... Por lo menos sabemos algo ya —dijo Flavia, que estudiaba la caligrafía del documento con detenimiento.

—¿Qué más queda? —preguntó Marcel.

—Esto, y...

Flavia mostró algo que Marcel identificó enseguida. Un árbol genealógico realizado en un papel antiguo. Comenzaba en Londres en 1830 con los nombres de Timoteo Díaz y Elizabeth Fürst.

—Parece que Timoteo, realmente, sí llegó al imperio británico...

—¿Dudas de tu padre y tu mamá? —preguntó Flavia sonriendo.

Marcel vaciló un instante. Ni su padre ni su madre serían capaces de inventar una mentira de tal magnitud. Además, si alguien era capaz de matar por aquella información, entonces distaba de ser un alocado invento.

—Jamás; solo decía... Esto parece sacado de un libro de suspenso... —Marcel miró a Flavia que se veía aun más atractiva al ser iluminada por aquella luz que le daba un aspecto angelical. Ella le devolvió la mirada y sonrió—. Pero acá es la vida real...

—Tu antepasada, Elizabeth Fürst, era de origen judío. Su apellido es sefardí. Debió vivir seguramente cerca de Whitechapel, que fue el barrio londinense que acogía a los emigrantes judíos, chinos, irlandeses y de otras partes durante casi todo el siglo xix. Ahí debió de haber vivido Timoteo entonces.

—Tienes razón.

—Todos estos papeles tienen algo en común, pero aún no lo vemos claramente...

Marcel asintió.

—Es extraño ver estos nombres y saber que son mi familia...

—Y todo comenzó con ese tal Timoteo Díaz...

Los coros, por un instante, fueron lo único que se escuchaba.

—¿Pero por qué Timoteo Díaz no reveló este material?

—De verdad no lo sé. Pero este árbol tiene datos interesantes. Tus antepasados llegaron a

España en 1870. Theodore Díaz y Clara Bourne fueron los primeros. Aquí están tus padres: Ana Sofía Díaz Navas y David Fowler...

Marcel miró la caligrafía y comprendió que cada generación había escrito sus nombres en el árbol genealógico. Su madre había escrito los de ella y su esposo. Marcel sintió un ahogo. En aquel caos era más duro el recuerdo de sus padres; su madre había muerto y su padre también. Era como si esos nombres fueran una huella dactilar de sus padres en un espejo.

—Y por último está esto... —prosiguió Flavia, que tenía en la mano un lienzo contenido en dos placas de acrílico transparente.

—¿Qué es eso?

—Parece... ¿una nota?

—¿En una tela?

Ambos miraron el lienzo y vieron que en él había una caligrafía casi ilegible. El paso del tiempo y la conservación inadecuada habían deteriorado el documento. En un portugués de la época, parecía casi ilegible para Marcel.

—¿Qué dice? —preguntó Marcel, confiando en las capacidades de Flavia. Había trabajado con su padre en varios proyectos de restauración de documentos antiguos para varias fundaciones en España y era, por suerte, casi una experta en este tema.

—Dice...

Lisboa, 1816

Manuel Carlos María Braganza

Escribo estas palabras esperando mi muerte. La traición y avaricia se han cernido sobre mí como una espada de Damocles; la peor traición es la de la sangre y más la de un fruto del vientre. No tengo tiempo para más palabras, solo alertarte del peligro que corres por llevar en tus venas la sangre Braganza; si un hermano es capaz de asesinar a su hermano y encerrar a su suerte a su propia madre, no encuentro paz en la idea de qué haría contigo si en sus manos estuviera.

María Francisca de Braganza

—Esto se enreda más... —Flavia miraba con desconcierto aquel pedazo de tela.

—¿Quién es María de Braganza?

—¿No te imaginas? —respondió Flavia con una pregunta mientras miraba a Marcel.

—Imagino que pertenece a la casa Braganza..., ¿no?

—¡Bingo! Es nada más y nada menos que la madre de José Francisco y Juan VI. Pero le escribe al niño del acta de bautismo, Manuel Carlos María Braganza, justo el año en que ella muere, luego de ser diagnosticada con demencia avanzada...

Marcel subió la ceja derecha y negó con la cabeza en silencio.

—Para estar loca, no lo parece tanto... —Marcel movió el dedo girándolo cerca de la sien.

—Tienes razón...: parecía muy cuerda.

—¿Pero qué tiene que ver esto con mi familia? En ninguna parte se nombra a Timoteo Díaz.

—Quizás la carta que no podemos leer y el contenido de las páginas del Diario terminen de revelar lo que tu papá quería que descubrieras y publicaras.

—Tienes razón. Pero si es holandés, yo no lo hablo..., aunque...

Marcel vaciló por un instante. Parecía como si una haz de luz hubiese iluminado su atribulada existencia.

—¿Qué cosa?

—Creo conocer en el periódico a alguien que sí lo habla.

—¡Excelente!

—Antes de ir con la persona que te digo, quiero llamar a mi tío. Debo ponerlo al tanto de lo ocurrido; quizás pueda correr peligro, pero también puede darnos una luz.

—De acuerdo. Yo también quiero hacer unas llamadas y ver cómo salimos de esto —terció Flavia con cierta torpeza—. Creo conocer a alguien que podría ayudarnos, pero habría que ver si quiere colaborar en medio de los últimos acontecimientos.

Flavia se percató de que no tenía el bolso con que le había derribado el arma a Guilló.

—¡Maldición! Perdí mi bolso —dijo en voz alta y algunas personas que se encontraban rezando en el templo la miraron con reproche.

—Lo siento —masculló entre dientes con una sonrisa forzada. Las beatas negaron con la cabeza en señal de desaprobación.

—¿Dónde lo dejaste? —susurró Marcel.

—Se me debe haber caído en el momento de desarmar a aquel hombre... Tenía mis documentos, mis tarjetas de crédito, todo. A esta altura ya sabrá dónde vivo. Pensé por un momento buscar dinero en mi apartamento...

—¡Ni pensarlo! Aunque no tuviera tus datos, sería tonto buscar algo en nuestras casas y hasta con la policía... He visto y leído mucho sobre estos temas. Si hay alguien poderoso detrás de esto, no se puede confiar en nadie...

El rostro de Flavia se mostró contrariado.

—No podemos caer en paranoia, Marcel. Podemos ca-minar con precaución, eso sí, pero sin exponernos.

Marcel frunció el entrecejo.

—Mi padre murió asesinado por orden de alguien capaz de hacerlo. Estos papeles valen algo, más allá de su valor histórico, como para asesinar a mi padre y al vigilante del banco, y hace un momento estuvimos a corta distancia de un cañón de pistola...

Flavia prefirió guardar silencio. Buscó su teléfono celular.

—Voy a hacer la llamada...

—De acuerdo. Yo también debo llamar a mi tío.

—Ok.



A varios kilómetros, en la Carrer d'Aragó, Alfredo Fowler tomaba su desayuno con cierta tranquilidad, sentado en el *Café Lisboeta*, un típico lugar lusitano en pleno corazón de Barcelona. Había vivido varios años en Portugal y se había vuelto amante de su cocina. Disfrutaba de un café cuando su celular comenzó a sonar. Miró la pantalla y contestó con premura. Escuchó cada palabra dicha por Marcel y en su rostro se reflejó el terror.

—¡Marcel! ¿Por qué demonios no me contactaste? Hay que llamar a la policía...

—¡No, tío! No quiero involucrar a las autoridades aún. No sé en quién puedo confiar en todo esto.

—Pero no puedes estar por la calle exponiéndote de esa manera...

—Lo sé, pero no supe qué hacer...

—Te entiendo, pero es peligroso.

Marcel miraba a su alrededor sintiéndose vigilado por todos los que pasaban y lo miraban en el templo.

—Jamás me habían apuntado en mi vida con una pistola... —La voz de Marcel sonó

compungida mientras él en estado de alerta, seguía mirando hacia todas las direcciones.

—No quiero imaginarlo..., pero guarda la calma. ¿El contenido de la caja?

—Está todo bien. No pudo arrebatárnoslo gracias a Flavia, que actuó con rapidez.

—Esos documentos debemos salvaguardarlos...

—Flavia parece conocer a alguien que nos puede ayudar, y en el periódico tengo a alguien de confianza. Sé que puedo confiar en él. Puede ayudarnos con un documento que según Flavia está escrito en holandés.

Alfredo Fowler no respondió de inmediato.

—¿Podemos confiar en Flavia? —preguntó luego mostrándose circunspecto.

Aquella interrogante fue como una centella en la humanidad de Marcel. Sus manos se volvieron temblo-rosas mientras su corazón se le aceleraba aun más de lo que ya estaba en aquel momento.

—¿Bromeas? Tú la conoces. Papá quería que ella formara parte de la publicación de este material, antes que su propio hijo.

Marcel parecía incómodo con la insinuación de su tío.

—Disculpa..., Marcel. Acabas de tener un arma apuntando a tu pecho... Aunque no eres un niño, eres mi sangre.

—Lo sé, tío, pero a Flavia también la apuntó la misma arma. Si no estoy muerto y aún tenemos los papeles, es gracias a la audacia de ella. Creo que se arriesgó de más...

Por un instante, Marcel se mostró más realista ante los últimos acontecimientos. Reflexionó y sintió pavor al imaginar las consecuencias que hubiera tenido la acción de Flavia de haber medido mal su audacia. “Confrontar un asesino armado no es un juego”, pensaba en aquel momento. En el cine y la literatura todo era sencillo, pero en la vida real no había dobles, no había mañana. La miró sin que ella se diera cuenta, mientras hablaba apoyada de espalda a los pilares prismáticos de la bóveda de la girola de Santa María del Mar, y sintió respeto, admiración y el fuerte sentimiento que había experimentado en varias ocasiones.



Luego de aquella primera vez, hacía cinco años que parecían cien, en el Café Zurich del centro de la Plaza Catalunya, Marcel había comenzado una amistad con Flavia. Casi podía recordarse hablando con su pareja actual en aquel momento, teniendo adherida a su mirada la imagen de Flavia y en sus oídos, como una melodía, la voz de esta. Su relación, como las anteriores, había sido un desastre. Le costaba entregarse y confiar. Siempre había pensado que parejas como la de sus padres eran ya utópicas en la actualidad; sin embargo, algo lo empujaba hacia Flavia, pero su estado le había impedido avanzar. Aquel café se volvió punto de encuentro entre ambos para conversar de cualquier cosa. Aquella última noche de encuentros fur-tivos, un beso, tras varias copas de una botella de Pinot Noir, había cambiado todo...

—Sabes que me gustas, Marcel..., pero no puedo estar con alguien que no sabe qué es lo mejor para sí, alguien que no me da el valor y que parece más un niño asustado...

Marcel la miró con aprensión.

—Nuestra relación es un desastre, Flavia...

—No; tú te comportas como un desastre. No busques justificar nada, no es culpa de la relación que no terminas de asumir. Eres un gran hombre que camina sin brújula por la vida... No te bajes del sitio en que te tengo, por favor.

—No es que no sepa lo que quiero; no quiero ofenderte ni lastimarte.

—Entonces no lo hagas. No confundamos lo que tenemos y lo que somos porque así tú lo decides...: buenos amigos.

No supo si era el vino o la ira, pero su rostro estaba ca-liente. Marcel bajó el rostro sintiéndose miserable.

—De acuerdo —dijo lacónicamente.

Flavia tomó otro sorbo de su copa.

—Me voy a Portugal unos meses. Debo atender allá unos asuntos de trabajo para mi tesis y aprovecharé para visitar alguna familia.

Marcel sintió que el pecho se le apretaba, y se percató del efecto del alcohol en su torrente sanguíneo.

—¿Te piensas quedar por allá?

—No lo sé..., pero espero encontrar mi rumbo.

—No te vayas, por favor... Dame una oportunidad.

Marcel tomó la mano de Flavia y esta la quitó.

—No insistas, Marcel; no sabes lo que quieres en la vida para ti; estoy agotada...

—Te quiero a ti, te lo aseguro.

—Cuando descubras lo que quieres, veremos...



La voz de su tío lo espabiló.

—¿Me estás escuchado? ¿Aló?...

—Sí, tío, lo siento; me distraje un poco.

—Termina de averiguar, si puedes, lo que quieres sobre esa investigación de tu padre. Pero no quiero que te expongas a ningún peligro. Preferiría que salieras de la ciudad y hasta del país algunos días. Por lo menos hasta que esto se calme y podamos esclarecer muchas cosas. Conozco a alguien que puede darnos una mano, pero en Portugal.

La idea de Marcel no era huir de España como un delincuente bajo ninguna circunstancia, pero era cierto que su vida corría peligro con cada minuto que avanzaba en el reloj. Sin embargo, aquella no era su primera acción.

—Lo tendré presente, tío. Por favor, ten cuidado tú también. —Marcel puso fin a la conversación de manera poco disimulada.

Luego de terminar la llamada, Marcel miró a Flavia acercándose. “Es hora de movernos” masculló, entre dientes, por seguridad. Marcel asintió con la cabeza.

CAPÍTULO XII

Guilló y *La duquesa*

“Guilló jamás falla dos veces... ¡Guilló jamás había fallado!”, se repetía Guilló mordiendo las palabras para sí. Había salido corriendo de la sucursal del banco y se había subido al taxi que había contratado *La duquesa*. Buscó su *Beretta 380*, la miró dudando de su error y, tras decir en voz alta “¡Maldición!”, la guardó en su abrigo. Miró hacia adelante y vio que el taxista lo había estado observando por el retrovisor. Este bajó la mirada y la volvió a colocar sobre el camino por el cual transitaba el taxi.

—Nada de preguntas... —dijo Guilló con un tono que sonaba a amenaza, sin mirar hacia adelante.

El hombre se aclaró la garganta y contestó:

—No me pagan por preguntar, sino por manejar.

—Excelente.

Sus manos temblaban en el interior de su chaqueta y casi no podía controlarse... “¡Maldita sea!”, repitió para sus adentros apretando los labios. Vio a varios oficiales policiales acercarse a paso apresurado hacia la sucursal. Ya debían estar al tanto de lo sucedido.

El teléfono de Guilló sonó y él lo sacó de la chaqueta. El nombre de la pantalla no lo sorprendió: *La duquesa*.

—Diga... —contestó sin mucho protocolo.

—¿Nuevamente fallaste? ¿Será la edad?

“¿Cómo lo sabía?”, se preguntó Guilló en silencio. No podía saber la verdad, no aquella; sería una afrenta a su propia familia, a la tradición de su estirpe.

—Ya estoy tras la pista de ambos... —mintió Guilló. Estaba avanzando en círculos por la ciudad sin saber hacia dónde dirigirse. Esperaba algún golpe de suerte para intentar enmendar sus dos errores.

—Tengo mis dudas... Tienes una última oportunidad; luego estarás por tu cuenta. Santa María del Mar: ahí están ocultos. Termina con esto de una vez.

—No hay necesidad de dudar...

—¿Dudar? Ya fallaste dos veces seguidas en el mismo asunto.

—Esta vez no fallaré —respondió Guilló con seguridad.

—Eso espero; no quiero más cabos sueltos y creo que estás dejando una estela por Barcelona.

Guilló no respondió.

—Este asunto termina hoy... Le doy mi palabra y usted sabe lo que significa. Conoce la lealtad, aun con lo que ha vivido mi familia, de nuestras promesas.

—Sí, pero estás profanando el legado de tu familia. —*La duquesa* intentaba manipular en su ego al asesino—. Ya sabes...: no más errores.

Guilló sintió aquellas palabras como un puñal en su corazón frío.

—Está bien... No habrá más errores.

—Eso espero...

Un silencio siguió a la última respuesta. Guilló ordenó al taxi que cambiara el rumbo. No estaban muy lejos de la iglesia. En algunos minutos acabaría aquel tema, pero esta vez eliminaría ambos cabos sueltos. Ya habían visto su rostro y no se permitiría un tercer error. El taxi se

enrumbó hacia la iglesia gótica y Guilló pensó en lo que había dicho *La duquesa*: “...Estás profanando el legado de tu familia...” Era verdad; por su sangre corría sangre de verdugos, de asesinos, de sicarios... Hoy él estropeaba más de quinientos años de tradición; no podía permitirse semejante aberración.



A varios kilómetros de distancia, *La duquesa* caminaba por los exuberantes jardines de la quinta *Da Regaleira*, cubiertos por una densa niebla que le daba un toque espectral a aquella hora de la mañana. Entró a la capilla de la Santísima Trinidad anexa al palacio y se detuvo sobre el detalle de la Cruz de la Orden de Cristo en el suelo. Se arrodilló y comenzó a rezar al Ser poderoso que la miraba desde el techo de la capilla: “*El ojo de la providencia*” o “*El ojo que todo lo ve*”, símbolo de la Logia Masónica y, a la vez, símbolo del dios del sol representado en el alto relieve sobre la Cruz Templaria.

Su esposo, conocido masón, había escogido aquel palacete por su carga simbólica y por su historia, llena de misticismo y de elementos que tuvieron eco entre los rosacruces y los templarios, y que incluso evocaban los misterios de la alquimia. Pero ahora todo estaba en peligro, todo estaba a punto de caer si aquellos papeles se revelaban a la humanidad. Las historias antiguas son solo viejos rumores llenos del polvo de los siglos, etéreos, casi oníricos; pero que si existían pruebas, se hacían palpables, peligrosos, lapidarios. Apretó los ojos y masculló palabras hacia el Arquitecto del Universo, como solía llamar su marido al Dios de las distintas religiones. En aquel momento, sin embargo, *La duquesa* le vendería su propia alma al diablo para evitar mancillar su apellido: “Arquitecto del Universo, no permitas que mentes inicuas destruyan el legado que permitiste construir, los pasos que has bendecido para lograr mi gran destino. Es mi derecho la grandeza y por eso estoy acá; solamente tú puedes continuar bendiciendo mi gesta.”

¿Psicosis? Eso le había dicho su marido, que se mostraba displicente con respeto a su herencia y a su propio origen. “Irresponsable... ¿No entiendes tu legado, tu importancia en la historia?” le había espetado ella en varias ocasiones; él no lo entendía, pero ella sí.

Nada cambiaría su misión, no sufría de una enfermedad mental. No eran delirios y alucinaciones como decía su difunto esposo, psicólogo de la *Faculdade* de Psicología de la Universidad de Lisboa, quien creía erróneamente haber identificado síntomas como la paranoia, pérdida de contacto con la realidad, e intentaba diagnosticar un severo caso de esquizofrenia en su amada esposa. “Estaba equivocado —se repetía ella, aún de rodillas sobre la Cruz de la Orden de Cristo—. Siempre lo estuvo. Por eso murió.”

CAPÍTULO XIII

La Boquería

Después de hacer una llamada, Marcel había coordinado un encuentro en *La Boquería*, en La Rambla, con un viejo amigo que trabajaba en el periódico. Era un lugar público y concurrido, un constante río humano donde perderse de vista era muy sencillo.

—¿Qué tal su holandés? —preguntó Flavia, aún de pie dentro de la iglesia, haciendo referencia al contacto de Marcel.

—Como te dije, lo habla perfectamente. Vivió muchos años en Holanda y trabajó en varios periódicos en Ámsterdam. Tiene más de sesenta años y ha sido casi mi mentor y mejor amigo desde que llegué al diario.

—¡Excelentes credenciales! Entonces no perdamos más tiempo. No estamos lejos del mercado, podemos llegar a pie.

—¡Exactamente! Por eso lo elegí para nosotros. Esa era la idea.

Ambos salieron de la iglesia de Santa María del Mar, se enrumbaron hacia el noroeste por la Plaça de Santa María y siguieron por la Carrer dels Sombrerers. Marcel esperaba llegar lo más pronto posible, para entender todo aquel confuso y peligroso asunto.

—Una cosa, Marcel. Creo que es preferible no dar a tu amigo muchos detalles al respecto.

—¿Pero por qué? Es decir, no me gustan los secretos.

—No es un secreto, pero creo que no debemos involucrar a más nadie...

Marcel vaciló.

—De acuerdo... —dijo sin mucha convicción mientras caminaban alejándose del templo.

A través del vidrio del taxi en que había llegado, Guilló sonrió para sí. Vio salir a Marcel y a Flavia y solo esperaba ver la dirección que iban a tomar. Los seguiría de cerca.

Flavia y Marcel caminaron por la Carrer de l'Argenteria hasta la estación de *Liceu*. Doblaron en la esquina y Marcel identificó, en la cubierta metálica, el inconfundible letrero con el escudo de Barcelona que cuelga de unas guirnaldas de flores, con unas letras que rezaban: *Mercat de Sant Josep*. Tras cruzar el arco con vitrales de la entrada del mercado, una mezcla de aromas impactó los sentidos de ambos. Los diversos colores, en los puestos de frutas y verduras, semejabán una inmensa filigrana que daba una sensación alegre, mezclada al bullicio de las personas que hacían sus compras y de otras que simplemente disfrutaban de las delicias que se vendían en el mercado. Cada paso que daba en las últimas horas era para Marcel como un amargo recordatorio de sus pérdidas, quizás porque cada rincón de aquella ciudad tenía una huella de su infancia, de su adolescencia.

Marcel recordó a su madre y sus compras en aquel mercado, su manera de escoger cada fruta, cada pescado. Aquel día se había dado cuenta de lo poco que se disfrutaba a los padres en vida y de lo mucho que se extrañaba su ausencia. “Pero solo las pérdidas nos muestran aquel panorama cierto y cruel”, reflexionaba para sí en ese momento. Tragó grueso recordando a su madre seleccionando mariscos, frutas y muchas otras cosas, pero tras cada destello en su mente le seguía la amarga realidad: ambos estaban muertos. Su rostro se iluminaba tras cada ojeada furtiva, luego de cada recuerdo ingenuo que llegaba como niebla pasajera, y no recordaba visos de tristeza o zozobra, pero Marcel sabía que se trataba de un espejismo. No entendía cómo todo había derivado en aquella situación. “Mí orquídea ve -nezolana”, solía llamar David Fowler a su esposa, y eso

era para su padre y para él. Aquel día, como le había sucedido en cada esquina, los recuerdos de sus padres parecían emerger en medio de la amargura de saber que nunca más vería aquellos rostros mirarlo y sonreírle.

Luego de zizaguear por entre puestos de especies y miles de frutas, Marcel y Flavia llegaron al lugar indicado para la cita: la barra de *La Boquería*. Un hombre de cuerpo rechoncho, con el cabello grisáceo y una nariz prominente, los miró y les ofreció una sonrisa. Marcel identificó a su amigo y mentor, Alberto Serrá, que tomaba una cerveza. El hombre empujó el vaso y escurrió lo último que quedaba. Se levantó de la banca y abrazó con fuerza a Marcel. Flavia lo miró sorprendida.

—Hijo, siento mucho lo de tu padre..., un gran hombre.

Marcel casi no podía respirar asfixiado por los gruesos brazos del hombre. Se liberó un poco y respondió:

—Gracias... De verdad, gracias.

—Lo que necesites; sabes que tienes mi solidaridad y apoyo.

—Lo sé, Alberto. Y nuevamente te agradezco por haber venido tan rápido.

—¡Hey! ¿Qué esperabas? ¿Que te dejara solo?

—Pues no...

Marcel rio y Flavia se contagió.

—¡Hombre! Pero qué maleducado. ¿Quién este ángel de paseo por La Rambla? —preguntó Alberto Serrá tomando la mano de Flavia y besándola.

Flavia continuó sonriendo, pero se tornó rojiza.

—Alberto, ella es Flavia, una gran amiga...

Alberto Serrá, flirteando, seguía sosteniendo la mano de Flavia.

—Es un placer, hermosa dama.

—El placer es mío, señor Serrá... —respondió, apenada, Flavia.

—¿Señor? Puedes llamarme, simplemente, Alberto.

—De acuerdo..., Alberto.

—¡Excelente! ¡Mejor acompañado no podrías estar, Marcel, es un ángel! —El hombre sonrió plenamente.

—Sí, así es, Alberto... No sabes que hasta mi vida ha salvado en el día de hoy...

Flavia tomó el brazo de Marcel y lo apretó. No le parecía apropiado enterar a Alberto de todos los detalles, aunque Marcel no estaba de acuerdo en omitirle nada. Alberto rio sin prestar mayor atención al comentario de Marcel.

—Bien; ¿en qué te puedo ser útil, querido amigo?

—Espero que en mucho. Necesito que veas un documento y que, como te mencioné, lo traduzcas al español. Creemos que está en holandés. Flavia, con cuidado sacó los guantes blancos y las pinzas del estuche negro de Marcel. Se lo mostraron a Alberto y este abrió los ojos al máximo. No era cualquier documento. Con mucha suspicacia los miró a ambos. Tenía la sensación, pero no la certeza, de que no le dirían toda la verdad sobre aquel documento y no estaba equivocado.

—¡Vaya! Debe tener al menos 150 años. A ver... —Se colocó los guantes y le dio una rápida ojeada.

—Sí, aproximadamente. —Marcel estaba algo ansioso. Alberto lo miró y Marcel creyó delatarse.

—A ver; efectivamente, es holandés con algunas variaciones, pero es legible.

—Excelente.

Alberto continuó mirando el documento.

—¿De dónde lo sacaron?

Marcel y Flavia vacilaron. Ella apretó nuevamente el brazo de él.

—Era de mi padre, de sus investigaciones; me gustaría saber qué dice... Simple curiosidad.

—Si era del gran David Fowler, debe ser interesante.

—Esperemos que lo sea... —agregó Flavia, sentada, mirando al obeso Alberto.

—Manos a la obra.

Tomó lápiz y papel de una libreta de apuntes que llevaba consigo y comenzó a escribir sentado en la barra del restaurante.

Marcel miraba a cada persona y sentía envidia. Todos pasaban comiendo, comprando, viviendo su día a día con tranquilidad, pero a él, de pronto, le habían robado todo. La vida le había arrebatado su familia y su propia paz.

—¿Te gusta el mercado? —preguntó Flavia sacando a Marcel de aquel estado de apartamiento en que se encontraba.

—Es hermoso... Me recuerda a mi niñez.

—¿En serio? Cuando era niña, yo venía acá con mis padres antes que se divorciaran.

Marcel miraba un puesto de especias. Era penetrante el aroma a curry, canela, nuez moscada y toda una amalgama de aromas que podía reconocer saliendo de la cocina de su madre.

—Yo acompañaba a mi mamá de niño. Le cargaba las bolsas repletas de pescados, de mariscos; a mamá le agradaba cocinar.

—Y lo hacía muy bien. Una vez tu padre me regaló un pescado exquisito que ella había preparado. Era una mujer muy dulce y dedicada a ustedes por completo. Lamento haberla visto solo un par de veces.

Marcel suspiró.

—Era una mujer increíble...

—Lo sé.

Alberto tardó cerca de quince minutos en traducir el documento completo. “Está listo...” dijo al fin, atra-yendo la atención de Marcel y Flavia.

Leyó por última vez el documento y la traducción cuando ambos se le acercaron.

—¿Tan rápido? —preguntó Flavia, asombrada.

—Te dije que era excelente... —dijo, con satisfacción, Marcel.

—Hay algunas palabras con variantes. Por la época y la evolución lingüística. Sin embargo, en líneas generales, es de fácil comprensión. Ahora bien: ¿dijiste que per-tenecía a tu padre?

Marcel sintió el impulso de ser sincero, pero prefirió seguir los consejos de Flavia.

—Pertenece a mi familia desde hace mucho tiempo. Lo trajo un antepasado que vino de Suramérica hace dos siglos.

—Hombre, es interesante...

—Disculpa, Alberto, pero ¿qué dice? Nos tienes en ascuas.

El hombre miró a Flavia y sonrió.

—Bien. Pues lo que aquí se dice es una seria acusación contra personas históricas de la independencia latinoamericana, así como de la monarquía europea.

Alberto se preparaba para leer la traducción cuando Marcel sintió una protuberancia que oprimía su espalda con fuerza. No necesitaba ser adivino para saber que aquello no era un simple tropezón. Con pánico musitó la palabra “pistola”. Una vez más sabía que estaban apuntando a su humanidad. Una carrasposa voz masculina lo interrumpió. Sabía a quién pertenecía.

—Más escurridizo que tu padre. Acabar con él no fue tan difícil. —Marcel reconoció de

inmediato aquella voz gutural. Se volteó con cuidado y vio el rostro de Guilló que lo miraba sin ninguna expresión. Sus ojos parecían extraviados en la nada y su boca, rodeada de una barba y un bigote entrecanos, a medio crecer, parecía dibujar una sonrisa macabra. Flavia ahogó un grito e intentó reaccionar, pero Guilló la miró con el ceño fruncido—. Niña, quédate quieta... No hagas más nada estúpido en el mismo día.

La saliva se acumulaba en la boca de Marcel y se sentía gruesa. Su corazón latía aceleradamente. Jamás había tenido un arma en sus manos, ni cerca, y menos apuntándolo. Pero aquel día un mismo hombre había amenazado su vida dos veces con un revólver.

—¿Cómo nos encontraste? —preguntó Marcel, aún incrédulo, al asesino de su padre, por haber dado con ellos tan rápido.

—Tengo mis contactos, hijo... ¡No! No se mueva o lo bañaré con las entrañas de su amigo, señor... —Guilló apretó el arma contra el pecho de Marcel, cuidando de que no se viera. Alberto estaba a punto de alertar a Seguridad.

Alberto Serrá miró a Guilló directamente a la cara, intentando no mostrar miedo ni dudas.

—Alberto, quédate quieto... Este hombre asesinó a mi padre...

Alberto Serrá se quedó perplejo ante la revelación de Marcel.

—Sí, y esta vez vas a visitar a tu padre en breve, al igual que tu molesta amiguita. Y usted, señor, debería irse y olvidar este asunto. Así podrá vivir con decencia lo poco que le queda de vida. Si no, puede morir o que lo deje aferrado a bolsa en la que caigan su mierda y su orina de por vida.

Alberto vaciló sin entender, pero, viendo las expresiones de pánico de Marcel y Flavia, supo que debía tratar de hacer algo.

—Hombre, baje el arma... No haga una estupidez. Estamos en un sitio concurrido. No se imagina el caos que se formaría si hace esa tontería. Suceda lo que suceda, no dejemos que las cosas se salgan de control.

La cara de Guilló pareció volverse más roja de lo normal.

—He degollado hombres en pleno mercado de Estambul. Créame: no debo ocultarme para asesinar a alguien. Por eso le repito: Si quiere conservar su vida, váyase ahora. ¿O acaso le gustó la segunda opción que le ofrecí? Al último hombre que le perdoné la vida lo dejé atado a una silla de ruedas, con la mierda saliendo de su abdomen por un tubo, orinándose los pantalones y dejando caer de su boca la papilla que le daban las enfermeras. Creo que se arrepintió de no tomar la primera opción que le estoy ofreciendo a usted y que le ofrecí a él también. Ojalá usted sea más inteligente que ese miserable.

—Por favor...—alcanzó a suplicar Flavia con la voz entrecortada.

—¡Estás loco! Es mejor que calmemos las cosas y guardes esa arma, la policía estará acá en un abrir y cerrar de ojos. —Alberto se había puesto de una tonalidad rojiza, pero Marcel le estiró el brazo para impedir cualquier tontería. Esta vez estaban perdidos. Ya había visto asesinar al vigilante del banco, no hacía más de una hora; sabía que estaba ante un asesino y seguro de que este no vacilaría en hacerlo de nuevo.



Uno de los mesoneros del pequeño restaurant del mercado de *La Boquería* había llegado temprano aquella mañana y estaba atendiendo el local mientras su administrador se ausentaba un rato. Estaba terminando de guardar varias cajas que habían llegado temprano y le había servido

dos cervezas a un hombre simpático de nariz prominente que se había sentado en la barra. No le había prestado mayor atención a aquel cliente, pero sí vio cuando un hombre y una joven se le acercaron y comenzaron a hablar. Pasó un par de veces frente a él y vio que estaba escribiendo algo sobre la barra y le produjeron gracia los guantes que se había sacado la chica y que luego le había dado al hombre de la barra. “Se parece con esos guantes a Pedro, el enemigo de *Mickey Mouse*”, dijo para sí y dejó escapar una risa.

Mientras secaba un grupo de vasos de vidrio y los colocaba en su sitio, ocurrió algo que le llamó la atención. Un hombre extraño se había colocado detrás del joven que había llegado hacía unos minutos. Miró sin llamar la atención y entonces vio algo que lo erizó. El hombre con sobretodo gris apuntaba al joven con un arma de fuego.

Buscó ayuda con la vista, pero no alcanzó a ver a nadie. No sabía qué hacer, pero tenía que alertar a cualquiera que pudiera ayudar. No había nadie, pero al menos debía alarmar al hombre para que se fuera. “No podía ser tan estúpido; nadie haría un barullo en un lugar tan complejo y pensar que podría salir airoso”, pensó para sí.

Se armó de valor y, casi cubierto detrás de una de las pequeñas columnas del local, gritó:

—¡Hey! ¡Usted! ¿Qué hace con esa pistola?

En ese momento, Alberto empujó a Marcel y este a su vez a Flavia, tomando a Guilló por la mano e intentando desviar el revólver. Alberto forcejeó con Guilló y Marcel lo tomó por el cuello para intentar ahogar al asesino, mientras Flavia pedía ayuda desesperadamente. Guilló golpeó por la nariz a Marcel, que cayó de espalda, y continuó forcejeando con Alberto por el control de su *Beretta 380*, cayendo sobre las bancas del restaurante y tirándolas al suelo. Alberto gritó a Marcel, casi sin poder respirar por la excitación:

—¡Coño, corre, ¿qué esperas?!

Flavia halaba del brazo a Marcel, pero este no quiso dejar a su amigo en aquella situación. Ambos hombres continuaban peleando. Guilló tomó por el cuello a Alberto y le hundía la tráquea, pero Alberto, que se asfixiaba, intentaba liberarse desesperadamente. Las manos de Guilló comenzaron a temblar y volvió a lanzar una maldición; una vez más le volvía a suceder, pero aun así logró liberarse, tomar el revólver y apretar el gatillo. Marcel no se movía junto a Flavia, a algunos metros de Guilló, cuando escuchó inconfundible un sonido aho-gado: el arma de Guilló se había disparado, los ojos de Alberto se habían abierto al máximo dilatando sus pupilas y su voz sonó más dificultosa: “¡Co... corre!”. Flavia había tomado el estuche y Marcel se lanzó al suelo para recoger el papel de la traducción mientras escuchaba un segundo disparo; Alberto aún abrazaba con todas sus fuerzas a Guilló y este luchaba por liberarse.

Sin dudarle, y ante la mirada atónita de las personas que comenzaron a correr en todas las direcciones, Marcel y Flavia decidieron correr por los pasillos del mercado buscando la salida. Marcel halaba a Flavia, que se dejaba llevar por este como si fuera una cometa, casi ahogada. Golpearon varias veces a personas y grupos que trataban de averiguar el origen de aquel tumulto. La histeria de Marcel y Flavia contagió a algunos de los que corrían, pensando que se trataba de algún atentado terrorista.

Voces, imágenes, aromas y colores se mezclaban en Marcel y Flavia, que no atinaban a encontrar la calma para hallar la salida. Durante algunos minutos escucharon a su alrededor voces que les gritaban, pero no se detenían ni se volteaban; temían ver a Guilló detrás de ellos con el arma, por lo que corrieron sin detenerse hasta que por fin vieron la salida y se dirigieron a ella. Sintieron al aire de la calle y tomaron una inmensa bocanada. Continuaron corriendo por la Carrer del Hospital y pasando por la Plaça de Sant Agustí y frente al templo de estilo barroco con el mismo nombre. Flavia, que miraba hacia atrás buscando alguna señal de Guilló, casi se golpeó

con uno de los faroles de la plaza. Do-blaron sin detenerse en ningún momento y en una esquina vieron estacionado un taxi cuyo chofer leía distraídamente el diario de aquel día. Ambos se lanzaron al taxi casi de cabeza y le hablabaron atropelladamente al chofer que no comprendía el afán de aquellos clientes.

—¡Calma, calma! ¡eh! Esta gente se vuelve loca y vive corriendo.

—¡Por favor, rápido! Llévenos a la estación de Sants! —gritó Flavia.

—No, no puedo llevarlos... —El hombre continuó leyendo el periódico e ignorándolos.

Tanto Flavia como Marcel lucían sudados y desarreglados. Aquel día los hacía verse demacrados y en malas condiciones. Al taxista no le habían dado buena espina.

—¡Por favor, es una emergencia, necesitamos ir a la estación! —Flavia insistía con vehemencia, mientras Marcel se cercioraba de que Guilló no estuviera detrás de ellos.

—Estoy descansando, vayan y busquen otro taxi... —El chofer hizo gestos con la mano para que se alejaran.

Marcel haló a Flavia y profirió un “¡Hijo de puta, imbécil!” mientras seguían corriendo sin tener noción de dónde estaban. Las personas que caminaban en sentido contrario chocaron con ambos una y otra vez. Marcel, prácticamente, llevaba a rastras a Flavia, que se dejaba guiar por entre las personas que transitaban despreocupadas por las calles de Barcelona. Giraron en varias esquinas y zigzagueaban desorientados buscando un lugar donde resguardarse. Marcel sintió una fuerte puntada en su abdomen y tuvo que detenerse. “Dolor abdominal transitorio”, pensó Marcel; lo había leído en una revista científica, pero odiaba cuando le sucedía.

—Debemos continuar, Marcel... —Flavia se apoyaba jadeando al lado de Marcel, que se encorvaba por el dolor.

—Un segundo, no puedo respirar...

—Vamos, calma, respira...

En ese momento, Guilló apareció a casi cien metros en la esquina del frente. Empujó a un grupo de turistas que caminaban señalando varias edificaciones; apuntando en un mapa, sacó su *Beretta* sin pensar en más nada y apuntó a Marcel y Flavia, que continuaban quietos, justo al otro lado. “Esta vez no fallaré”, dijo Guilló y haló el gatillo, y Marcel y Flavia vieron caer a su lado a una mujer mayor que llevaba un vestido floreado. Al principio no entendieron, pero pronto vieron un hilo de sangre que se escurría por la sien, tras un alboroto en toda la zona. Marcel levantó el rostro y vio a Guilló que maldecía y se cruzaba justo cuando una *Van* pasaba por el frente. La camioneta había frenado de emergencia y sus neumáticos habían emitido un chirrido al deslizarse en el asfalto.

—¡Eh, cabrón, mira por dónde caminas! —gritó el chofer a Guilló, que se había apoyado en el capó intentando mitigar el impacto. Las personas corrían alrededor y algunos intentaban ayudar a la mujer, que yacía sin vida sobre el asfalto entre huecos rotos y frutas regadas por todas partes. Guilló mostró la pistola al chofer que se quedó en silencio de inmediato.

—¿Quién es cabrón, hijo de puta español?.... —Guilló apuntó al hombre pero su mano seguía temblando.

—Nadie, eh, tío, era solo una expresión..., vamos... —El hombre mantenía las manos en alto.

—La próxima vez, respeta a tus mayores, grandísimo cabrón... —Guilló apuntó el arma hacia el neumático delantero de la camioneta y le disparó. El joven cerró los ojos esperando lo peor; guardó silencio con la cara pálida y transpirando. Guilló levantó la vista y buscó a Marcel y Flavia, pero no estaban por ninguna parte; solo estaba la gente intentando auxiliar a la señora que yacía sin vida en plena acera. Guilló giró en torno de sí mismo buscando a Marcel y Flavia, y vio que ambos corrían y se perdían en una esquina cercana. Entonces él corrió y escuchó sirenas

acercándose. “¡Qué mierda!”, exclamó cuando pasó delante de personas que le cedían el paso temerosas.



No sabían exactamente dónde estaban: era confuso ubicarse y ellos casi corrían por inercia. Se habían extraviado por algunos callejones, pero era mejor que estar estáticos, pensaba Marcel. Pasaron junto a un restaurante. Marcel, que miraba hacia atrás, se llevó por delante a un mesero que llevaba una bandeja con varios platos hacia una de las mesas. Ambos se precipitaron al suelo y terminaron de bruces. Flavia ayudó a Marcel ante la mirada molesta de varios comensales que se quejaron: “Miren por dónde caminan”; “Imbéciles”. El mesero también se mostró histérico.

—Coño, ¿y ahora quién va a limpiar este desastre?

Marcel se sacudía algo adolorido tras la caída. El hombre lo tomó por la chaqueta.

—Te estoy hablando, imbécil...

Marcel reaccionó: empujó al hombre contra la pared y le colocó el antebrazo en la garganta. Se escucharon gritos ahogados.

—¡Mira, hijo de puta, no sabes lo que he vivido hoy, así que es mejor que...!

Flavia lo tomó por el hombro.

—Calma, Marcel, tenemos que irnos.

—¡Eh, eh, ¿qué está pasado acá?! —El gerente del restaurante se asomó e intentó decir algo, pero Marcel se calmó y reaccionó, jadeante; entendía que no se podía quedar ahí. Miró hacia el camino por donde venía y vio que mucha gente pasaba alterada y hablando de lo sucedido. Guilló no aparecía.

El brazo de Marcel se relajó y terminó por soltar al camarero, que tenía la cara roja por la falta de aire. Sin mediar palabra, ambos continuaron corriendo y sin-tieron un silbido extraño. Vieron de pronto una ventana que se rompía cerca de ellos sin una razón aparente; sin embargo, casi de inmediato supieron la respuesta: una bala acababa de impactar en ella. Guilló se había acercado y Marcel y Flavia temieron lo peor. Miraron hacia atrás y vieron el tráfico impedir que Guilló cruzara, por lo que aprovecharon para continuar corriendo. Otra bala sonó con aquel silbido e impactó en una pared. Continuaron corriendo presas del pánico y escucharon el mismo sonido que erizaba a ambos, pero esta vez impactó en la pierna de un hombre que miraba una vitrina junto a su esposa y que terminó explayado en el suelo, viendo su sangre regarse por su pantalón. Algunas personas gritaban y corrían despavoridas sin entender lo que sucedía.

Guilló se sentía tenso. Las sirenas sonaban en el fondo como señal de que el tiempo se le estaba acabando y escurriendo. Sabía que no podía volver a dejarlos escapar, pero a su edad, y en su condición, era difícil seguirles el paso. Respiró profundamente y siguió corriendo, pero Marcel y Flavia lograron mezclarse entre una multitud y, tras cruzar y doblar en varias esquinas, se confundieron entre los turistas y lugareños que transitaban por en medio de un bazar en el que vendían antigüedades y libros.

Era un hervidero de voces, sonidos y rostros. Las personas se agolpaban en grupos de turistas mirando cada puesto del bazar. Algunos se acercaban a ambos amablemente para ofrecerles perfumes y antigüedades, pero Marcel hacía caso omiso, reaccionando algo nervioso a cada intento de abordarlos por parte de los vendedores.

Siguieron caminando, mirando hacia atrás. Cada cierto tiempo, y por un momento, comenzaron a creer que posiblemente habían perdido a Guilló.

Esquivaron a varias personas y buscaron la salida, hasta que por fin dieron con ella. Salieron nuevamente a la calle y vieron a un hombre que estaba a punto de subir a un taxi. Flavia lo abordó.

—Señor, es una emergencia, necesitamos el taxi...

—Lo siento, señorita, pero yo también tengo una emergencia. —El hombre hablaba riendo por su teléfono móvil: “Como te decía, esta tarde nos vemos en el club y conversamos al respecto...”. Flavia lo miró con cara con disgusto, pero el hombre la ignoró.

—Por favor, es de vida o muerte...

—Ya dije que no; este es mi taxi y me voy a subir en él porque me da la puta gana...

Marcel empujó al hombre, tomó a Flavia de la mano y se metió al taxi sin consultar nada más.

—¡Eh, imbécil, ese taxi es mío!

El taxista miró a Marcel con poco agrado.

—Señor, lo siento, pero el señor que está...

—¡Coño, que me lleves a la estación de Sants ahora mismo!

Flavia colocó la mano en la boca de Marcel y forzó una sonrisa para el taxista.

—¿Con quién cree que está hablando?! —El taxista ha -blaba escupiendo por un bigote poblado.

—Por favor, señor, disculpe a mi... esposo; tenemos una emergencia y está fuera de sí.

Marcel había volteado la cara y veía al hombre del celular y el maletín, afuera, que continuaba gesticulando y gritando. Marcel le hizo una seña con su mano y el hombre afuera apretó la boca, se resignó y terminó dando un golpecito al vidrio. Marcel no dejó de hacer la seña con el dedo del medio.

—No es mi problema si su esposo tiene una emergencia; el respeto no se debe perder...

—Señor, tiene la razón. Mi esposo le va a dar excusas, pero, por favor..., es una emergencia de vida o muerte.

El hombre vaciló y lanzó una mirada a Marcel, que continuaba mirando por el vidrio de la ventana. Flavia le dio un ligero golpe con la rodilla y él reaccionó.

—Sí, sé que no debí alterarme... Mil disculpas; es que esta ciudad lo vuelve a uno loco...

El taxista rezongó, pero tomó el volante. Y respondió con un quedo “Bueno, bueno”. Dio un bufido y arrancó el auto; sabía que ganaría algunos euros.

CAPÍTULO XIV

Guilló y su pasado

Las personas caminaban despreocupadamente por los alrededores de la catedral de Santa Cruz y Santa Eulalia. En el movimiento dinámico de los turistas y los feligreses, nadie había puesto mucha atención a un hombre con una cicatriz en un ojo, y vestido con un sobretodo, que había llegado cojeando con cierta dificultad. El hombre entró, empujando a algunas personas al templo, compuesto de tres naves y un solo ábside. La luz se colaba, trémula, por los grandes ventanales abiertos sobre la boca de las capillas radiales de la girola, que iluminaban el presbiterio. Guilló se sentó con disimulo y sintió aquella luz tibia como una caricia divina. Se miró las manos y estas seguían tem-blando. “Maldito Parkinson”, masculló con dificultad y su mandíbula comenzaba a sufrir los rigores de la degeneración en su cerebro de las células que controlaban los movimiento musculares.

“No puedo haber fallado de nuevo si tan solo mis manos no temblaran”. Guilló apretó los puños y sacó de su chaqueta un frasco con pastillas. Con dificultad y cierta rigidez, alzó el frasco abierto y lo inclinó sobre su boca, tragando un par de pastillas. Un joven con una tableta que tomaba fotos lo miró detenidamente.

—No debería tomar pastillas así; soy estudiante de medicina...

—¿Quién coño te preguntó? ¿Te pedí tu opinión?

El joven se quedó pasmado con la tableta en las manos.

—No..., disculpe; solo decía...

—Vete de acá, hijo de puta, o juro que te haré tragar la mierda que tienes en tus manos.

El joven palideció, apresuró el paso y se alejó de Guilló, quien hizo un esfuerzo por tragar las pastillas que acababa de tomar. “Ya ni tragar puedo... —dijo—; necesito una *Ginger Ale*, necesito hidratarme, tengo la boca seca, pero a esta altura deben estar buscando a un hombre con mi descripción.”

Guilló miró el techo de la iglesia y maldijo quedamente: “No creas que porque entré en tu casa, busco tu protección. Nunca me protegiste, ni cuando era un niño, ni a mis antepasados. Nos diste el trabajo más infame, nos hiciste ser más bajos que el excremento de los cochinos... Verdugos; marginados, siempre en las afueras de la ciudad, siempre bebiendo solos en nuestros propios vasos, porque nadie quería tener nuestra maldición, nadie quería recibir nuestro virus, el que pasó de ge -neración en generación. Nacimos verdugos y morimos verdugos: es nuestra maldición. Mi familia ha limpiado de escorias a Europa, a este país de salvajes y a la corona portuguesa en sus años de gloria, mientras tú miras a los que no tienen las manos manchadas de sangre, a los que no han perdido su alma, a los Abeles de nosotros. A los Caínes... nunca nos diste una vida digna, y ahora estoy presa de esta enfermedad por la que moriré, sin tu misericordia, sin tu favor, solo con tu odio. Soy un sirviente, uno que no puede lograr ni una estúpida misión por culpa de esta maldición que me has dado, uno al que volteas tu rostro engreído y egoísta. ¡¿Qué te hice, por qué me odias, por qué odias a mi familia?!”

Guilló se tapó el rostro con sus manos temblorosas. “Deshonro a mis antepasados por culpa de esta maldita enfermedad que tú me diste...”

Por el rostro de Guilló, arrugado y con barba a medio crecer, se escurrieron dos lágrimas. “Pero aunque creas que me sigues humillando, hemos hecho de nuestro legado una coraza, de la

vergüenza el motivo para seguir. Estamos marcados, pero tenemos en nuestras manos el destino de las vidas miserables de muchos; no me avergüenzo más.”

Guilló se puso de pie y continuó mirando hacia arriba, intentando no llamar la atención de nadie y respirando con dificultad mientras los síntomas de su enfermedad comenzaban a calmarse. “Hoy tengo una misión y debo cumplirla. No dejaré mi familia en la deshonra, no dejaré que el nombre que me colocaron como burla sea ahora un simple chiste cargado de ironía...”



Un niño yacía en el suelo, entre fango, en un callejón, en un suburbio de Berlín del Este, República Democrática Alemana, en 1956, y un grupo de jóvenes lo miraba amenazadoramente. Del cielo caía una lluvia menuda y copiosa.

—Párate de ahí, rata inmundada. ¿Crees que no sabemos a qué se dedicaba tu familia en toda Europa? —preguntó uno de los jóvenes que vestía una camisa de rayas y una braga, hablando en alemán.

—No saben nada... —respondió el niño en el mismo idioma.

Los chicos patearon el fango y salpicaron la cara del joven en el suelo.

—Mi papá me lo dijo; es lo único de lo que hablan en la taberna —gritó un niño con el rostro lleno de pecas y un cabello casi blanco.

—Eres mierda, como toda tu familia de escoria asesina... —dijo otro niño más alto, que lo escupió.

—Asesino, asesino, asesino... —gritaban todos mientras salpicaban de fango y escupían al niño.

—Déjenme en paz...

Los jóvenes continuaban acorralando en rueda al niño que yacía en el suelo indefenso, cubierto de fango y totalmente empapado.

—¿Vas a decirle a tu papi, el verdugo, que nos venga a ajusticiar?

El niño temblaba en el suelo.

—Le dices algo a tu familia, escoria, y te saco las tripas... —dijo amenazadoramente uno de los pequeños—. No serás jamás uno de nosotros, nunca serás normal, maldito animal.

El más alto del grupo sacó una navaja, tomó al niño por la camisa y lo levantó del suelo.

—¿A cuántos ha matado tu padre?

El niño no respondió.

—¿Te hice una pregunta!

—No sé...

El joven colocó la navaja en el rostro del niño después de golpearlo con fuerza contra una pared de ladrillos de un viejo edificio. Los demás, haciendo el corro, ayudaron a apresararlo para que no se liberara.

—Responde o te marcaré de por vida, pequeño doctor guillotina... ¿Es eso lo que maneja tu padre?... La guillotina... Debe haber decapitado a cientos solo acá en la RDA.

—No lo sé...

El joven miró a todos con una sonrisa malévol.

—¿Quieres que corte la pequeña lombriz que tienes entre las piernas?

Todos soltaron una carcajada bajo la lluvia que comenzaba a arreciar. Uno de los niños, bajo y obeso, se agachó y tomó del suelo una lombriz que acababa de quedar a la intemperie y

que se contorsionaba con el agua. La colocó entre las piernas del pequeño niño asustado que, presa del pánico, no hacía esfuerzo por liberarse.

—¡Miren su verga! —gritó el pequeño gordo de dientes torcidos. Todos rieron.

—Dame la lombriz y agárrenlo...—ordenó el que sostenía la navaja.

Los niños agarraron al pequeño Guilló por los brazos y por el cabello con más fuerza, metieron en su boca la lombriz de tierra y él sintió el sabor terroso y repulsivo del barro. Lo golpearon y lo obligaron a tragarse el anélido, que se escurrió por su garganta produciendo una sensación nauseabunda. El joven lo miró satisfecho, con la navaja en la mano, justo frente a él.

—Eres hijo de verdugos, de asesinos... ¿Sabes lo que les hacían, si llegaban a infringir las reglas, en el pasado?

El niño respondió y cerró los ojos.

—Te daré una lección para que lo sepas, pequeño bastardo... ¡Agárrenlo fuerte!

El niño forcejeaba, pero era inútil: lo tenían fuertemente agarrado y no se podía liberar. El joven, riendo, pasó la navaja por encima del párpado del niño y trazó una línea desde la ceja hasta más abajo del ojo derecho. La herida que iba dibujando con la navaja dejó escurrir muy pronto, un hilo de sangre que se mezcló con la mugre y el agua que se escurría por el rostro. El niño gritaba de dolor.

Los jóvenes soltaron al pequeño, que cayó sangrando, semiinconsciente, al suelo.

—No nos olvides nunca... —El joven escupió al pequeño y los demás lo patearon—. No olvides tu marca, pequeño guillotina. No me olvides, Guilló. Todos rieron y se marcharon del callejón. La helada lluvia caía del cielo plomizo y el niño comenzó a llorar con más sentimiento; se arrastró hasta una esquina y se tomó las dos piernas mientras la sangre se escurría por su cara.

“Jamás lo olvidé, jamás olvidé mi nombre, y él tampoco me olvidará...”

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó un Guilló adulto pero más joven de lo que lucía en la actualidad. Ocultaba su rostro en la oscuridad bajo un sombrero mientras caminaba por un callejón oscuro en las afueras de Berlín.

El hombre que trastabillaba por los efectos del alcohol, levantó la cabeza con dificultad y miró a Guilló.

—Si te debo dinero, pasa la semana que viene...

Guilló rio.

—¡Qué rápido me olvidaste...! Yo no te olvidé, como me pediste.

El hombre miró con cara de extrañeza e intentó enfocar su vista distorsionada por el alcohol y la oscuridad.

—Maldición, imbécil, no tengo tiempo para estupideces... Tengo que buscar a mi puta, necesito coger...

Guilló dejó escapar una risa.

—¿Con esa lombriz que tienes entre las piernas?

El hombre levantó la mirada y, casi sin poder mantenerse en pie, miró a Guilló que no se inmutaba frente a él. Había algo familiar en aquella conversación.

—¿Te conozco?

—Claro, así como tú me conoces a mí y a mi familia...

Guilló se quitó el sombrero y el hombre reflejó pavor en su mirada.



“Nunca olvidaré aquel terror reflejado en sus ojos...” Guilló se sonrió mientras recordaba cómo degollaba al muchacho que le había hecho la cicatriz, años más tarde, cuando había salido ebrio de una taberna en las afueras de Berlín. Entonces le asestó un golpe en la frente que, prácticamente, lo dejó fuera de combate. El hombre lo miraba desde el suelo, intentando ponerse en pie, pero Guilló saboreaba el momento, el terror en su mirada. El olor del pánico era dulce. Se agachó, lo tomó por el cuello y pasó la navaja en tres direcciones, Tras esto, de cada cortada, la sangre tibia se escurrió del cuerpo de su enemigo de la infancia. La venganza no solo es dulce: es excitante”, recordaba Guilló.

CAPÍTULO XV

Estación Sants

No tenía cartera. Flavia se sentía inútil sin dinero. Como tenía por costumbre, había guardado en un bolsillo su documento de identidad, y el cual, ante aquella eventualidad, parecía ser lo único que necesitaba. Marcel sacó parte del dinero que le quedaba y pagó cuando el taxi se detuvo frente a una mole de acero y vidrio: la estación de Sants. Bajaron del taxi y entraron en ella sin vacilar.

—¿Para dónde vamos? —preguntó Marcel sin entender por qué estaban en aquel lugar.

—Vamos para Madrid; debemos salir de la ciudad; luego iremos a Portugal.

Marcel no comprendía, pero tampoco quería comprenderlo.

—Si tú lo dices...

Buscaron las taquillas, esquivando a grupos de viajeros que se ubicaban dentro de la edificación. Marcel llevó de la mano a Flavia, compró dos boletos hasta Madrid, como ella le había dicho, aunque no lo entendía, pero no podía organizar las ideas en su cabeza. Todo era como un remolino de palabras, imágenes, olores, colores y recuerdos tristes las últimas veinticuatro horas. El rostro de Alberto gritándole que corriera no se borraba de su mente.

Abordaron el tren con premura y buscaron sus asientos. Se sentaron y se acomodaron agotados por un día extraño y doloroso en cualquier sentido. El tren se puso en marcha, mientras Marcel miraba por la ventana las imágenes, borrosas como estelas debido a la velocidad. Al cabo de un momento supo que necesitaba aire; sus ojos le escocían y sintió unas profundas ganas de llorar. Su madre lo habría abrazado, como siempre que lo veía llorar, pero esta vez ella no estaba, ni tampoco su padre. Se sintió solo.



—No llores, mi pequeño duende... —le decía una joven y hermosa Ana Sofía Díaz Navas, mientras lo ayudaba a ponerse de pie en el suelo—. Siempre tienes dos opciones en la vida: llorar por lo que duele o reír por lo que te hace feliz. ¿Sabes cómo hago yo cuando estoy triste?

Un pequeño Marcel de siete años negó moviendo la cabeza con los ojos llenos de lágrimas. Miró a su madre con atención, mientras con las dos manos se tomaba la rodilla magullada tras una caída, jugando con unos patines viejos.

—Pienso en las cosas buenas, en las cosas que me hacen reír, que me gustan. Así me olvido de las tristezas y los dolores. Siempre que sientas ganas de llorar, puedes pensar en las cosas que más te gustan.



Marcel apretó los dientes con rabia tras recordar a su madre. ¿Qué tenía de bueno en aquel momento? La verdad era que nada. Había perdido a sus mejores amigos, a sus padres, y su vida

amorosa era solitaria, seca. No encontraba algo bueno en aquel instante y se sintió aun más amargo. Aquella tarde solo tenía a Flavia, y sabía que entre ellos no había más que una amistad. Nunca más hubo entre ellos oportunidad para segundas oportunidades.

—¿Mil euros por saber qué piensas? —Flavia miraba a Marcel perdido, con la vista fija en la ventana.

—Ni siquiera cargas un euro... —Marcel sonrió tímidamente y continuó mirando el cielo plomizo que se cernía sobre el camino.

—Pero puedo pagarlos de regreso...

Marcel apretó los labios e hizo un rictus imitando una sonrisa.

—Si es que regresamos...

Flavia no dijo nada.

—¿Me permites el papel que tradujo Alberto?

No quería nombrarlo, pero tenía que pedirlo y seguir. No había vuelta atrás.

—Toma...

Marcel sacó el papel y lo vio manchado con la sangre de Alberto. Sintió rabia y mil pensamientos vinieron a su mente. ¿Cómo los había encontrado Guilló? ¿Alguien sabía que estaban allá? ¿Quién? Marcel miró instintivamente hacia los lados para ver a las personas que lo rodeaban. No podía confiar en nadie. Un hombre con sombrero y sobretodo marrón leía un ejemplar de *National Geographic*. A su lado una señora de cabello rojizo leía *Vanidades*. Miró más adelante y vio a un hombre obeso que devoraba una barra de *Snicker* con los dedos embarrados en el relleno de la barra de chocolate. Todos eran personas extrañas, ajenas, pero él sentía que todos los miraban y estaban pendientes de lo que hacían.

—¿Por qué vamos a Madrid? —preguntó con descon-fianza. Su cuerpo estaba como entumecido.

—Ya te lo dije; tenemos que salir del radio de ese asesino; sencillamente, no estamos seguros en Barcelona. Allá tomaremos el tren nocturno a Lisboa. Con suerte, estaremos en Portugal a primera hora de la mañana.

Tenía razón. Su tío también le había sugerido lo mismo. “¡Mí tío!”: Marcel recordó a Alfredo Fowler y temió por su vida.

—Debo llamar a mi tío y alertarlo. Ese asesino puede buscarlo... —dijo buscando frenéticamente su teléfono.

—¡Espera! No llares... —le dijo Flavia, alterada.

Marcel se acomodó los lentes y la miró sin entender.

—¿Por qué no?

—¿Crees que podemos confiar en él? Es decir...—res-pondió, dubitativa, Flavia.

—¿Qué insinúas? —Marcel parecía indignado ante el comentario de Flavia.

—¿Con quién hablaste antes de ir al banco?

Marcel vaciló antes de contestar:

—Con mi tío y contigo...

—¿Y cuando estábamos en la iglesia?

—Con mi tío... —respondió con cierto pesar.

El silencio se hizo incómodo entre ambos.

—¿Tú con quién hablaste? —replicó Marcel con una pregunta.

Flavia lo miró con sorpresa.

—¿Crees que tengo algo que ver con esto?

—No, simplemente trato de seguir tu lógica.

Se hizo un silencio incómodo entre ambos.

—¿Crees que yo le dije a ese malnacido imbécil que nos apuntara con una pistola?

Marcel no respondió, pero no confiaba ya en nadie, aunque le causara pesar.

—No dije eso...

—Pero lo insinuaste... ¿Qué valía tengo en todo esto si soy yo quién lo orquestó?

Marcel vaciló.

—Disculpa... —masculló luego.

—No hablé con nadie... —respondió ella con cierta indignación.

Por un par de minutos ninguno dijo nada, pero Marcel miró a la mujer que tenía enfrente y se preguntó si sería capaz de aquello. Finalmente, él la había buscado a ella y no al revés.

—¿La persona con quien te comunicaste pudo habernos delatado?

—Imposible. Es un historiador en Lisboa y no creo que tenga nada que ver en esto.

Con cierto nerviosismo, Marcel frotó sus pantalones a la altura de los muslos.

—Mi tío no puede estar metido en este asunto... ¡Mataron a mi padre!

Flavia calló. No quería echar más leña al fuego. Era delicada su acusación. Sin embargo, Marcel no dejó a un lado la teoría de Flavia, por lo menos no en su mente.

—Si quieres llamarlo, hazlo...

—No quería ofenderte...

—Pero lo hiciste, Marcel. Estoy metida en esto por estar a tu lado, y no me arrepiento...

—No tienes por qué quedarte...

Flavia miró a Marcel, que no levantaba la vista.

—¿Qué quieres decir?

—Te puedes quedar en Madrid. Creo que tienes razón. Solo he involucrado a las personas que quiero en todo esto.

Flavia negó con la cabeza.

—No te pienso dejar solo...

Los dos quedaron en silencio.

Sin decir nada, Marcel estiró la mano y le dio el papel que había traducido Alberto y que aún tenía las manchas de la sangre que este había derramado tras recibir los impactos de bala de la pistola del asesino.

—Veamos la traducción. —Flavia leyó entonces:

Angostura 1817

Con el alma afligida, espero que estas palabras sean leídas en el contexto correcto. Mucho ha sufrido mi alma a lo largo de mi atribulada existencia. He sido presa de la bajeza humana desde el momento de mi gestación hasta mi presencia en el cadalso.

Caminé por las sendas de la libertad, rehusando aceptar o reclamar como mío algún derecho al legado que me fue robado de manera vil, mas tuve la suerte de hallar una madre amorosa que cobijó en su seno el drama a que la envidia y el odio me sentenciaron prematuramente. No vengo ante la Historia a buscar gloria o justificar mis actos, pues testigos me son el cielo y el Dios de mis padres de mi lealtad ante la patria que soñamos y luchamos. A mis enemigos no les deseo mal alguno, puesto que ellos, en su silencio abominable, también son testigos de mis victorias. Ni siquiera a José Francisco Bermúdez, Manuel Cedeño, Andrés Rojas o Soublette, personajes sombríos y depravados que odiaron mi existencia y mancillaron mi nombre, les guardo rencor.

Todos eternamente a la sombra de mi genio, el mismo que el propio general Bolívar temió, todos conspirando a mis espaldas, levantando falsos testimonio de mis leales soldados, como el

valiente Timoteo Díaz, cuyo pecado más grande fue nacer y vivir como analfabeto. Sus palabras resonarán en estas tierras como una muestra de su valentía y honor: “Yo nunca he dicho eso; por el contrario, dije que el general Piar era inocente de los cargos que le hacían y sobre los que me preguntaban. Se han aprovechado de que yo no sé leer para poner en mi boca una sarta de embustes”.

Inocente es y recibirá lo poco que me queda en vida, por su valentía ante el consejo de guerra al que desmintió con honor y fiereza, tras el engaño a que le sometieran para sembrar cizaña y acusar a un general de la patria de alta traición.

Si existió traición fue de aquellos que me separaron de mi madre y me entregaron a una familia postiza a crecer como un mestizo por treinta monedas de plata. ¡Malditos mantuanos que aceptaron mi tragedia por temor al escándalo! Traición la del Bruto que clavó la daga a mi padre, un César; el mismo que al escuchar el eco de mi obra me buscó, inútilmente, para traicionar a mi patria y endosarle Guayana a una corona manchada de sangre por el asesino de mi progenitor. La alta traición vino de aquellos que despreciaron mi obra, e intentan rebajarme llamándome “mulato”. Mas encuentro paz en saber que sigo los pasos de los mártires, como lo hizo mi maestro, mi mentor, Francisco de Miranda, apresado cobardemente la noche del 31 de julio de 1812 por su compañero de luchas, Bolívar. Encontrábame yo en La Guayra, escapando a suelo trinitario, cuando palpé la verdadera alta traición.

Pero aún me quedan fieles diseminados por la patria, los mismos que arrastrarán estas palabras sobre la galera de la lealtad hasta puerto seguro, con la esperanza de que un día no muy lejano sean leídas y transmitidas a vosotros, hijos de la patria. Vuestra responsabilidad será hacer eco de la verdad a todas las generaciones que hereden el fruto de nuestra justa y valiente lucha.

Manuel Piar

El papel con las manchas de sangre seca continuaba aún en las manos de Flavia, que leía con cuidado. Una lágrima corrió por la mejilla de la joven. Marcel se volteó y la observó.

—¿Qué sucede?

—No sé quién es Manuel Piar, pero lo dejó escrito en holandés. Es sencillamente intenso, doloroso y trágico. Hay cosas que no logro entender, pero ciertamente creo que todas están relacionadas contigo, aunque no en forma directa.

—¿Cómo así?

—En esta carta nombran a tu antepasado, Timoteo Díaz. Según lo declara Manuel Piar, era soldado de su ejército, pero fue involucrado, por ser analfabeto, en un complot para acusar de traición a este tal Manuel Piar.

Los ojos de Marcel brillaron y Flavia no supo si, en su caso, también eran lágrimas.

—Déjame leer... —Marcel estiró la mano, tomó el papel y leyó cada línea tratando de entender el porqué de todos los últimos acontecimientos y del misterio sobre aquellos papeles.

CAPÍTULO XVI

Buenas noticias

A treinta kilómetros de Lisboa, *La duquesa* no creía lo que había escuchado por teléfono; su terror era total. Guilló había fallado una vez más; sencillamente, esta vez estaba en el aire. Siempre había confiado ciegamente en su hombre de confianza, pero esta vez todo aquello valía poco.

Una brisa helada golpeó el rostro de *La duquesa*, que se había apoyado en la estatua de un conejo alado en la azotea de la quinta *Da Regaleira*. Miró la vista panorámica de Sintra y pensó en lo que sucedería si aquellos documentos salían a la luz. Elevó la vista hacia el cielo y esperó alguna respuesta divina, una respuesta de ese Ser Supremo en el que su esposo había depositado su fe, y que le había respondido enviándola a ella a custodiar la suerte del legado de su esposo. Se había convertido en albacea de la grandeza de los Braganza, y ella sentía que tenía su favor, que su mano estaba apoyando su lucha.

“Juro y prometo, sobre los Estatutos Generales de la Orden, y sobre esta espada símbolo del honor, ante el Gran Arquitecto del Universo, guardar inviolablemente todos los secretos que me serán confiados por esta Respetable Logia, así como todo lo que habré visto hacer o escuchado decir; nunca escribirlos, grabarlos, ni burilarlos, si no he recibido el permiso expreso, y de la manera que podrá serme indicada...” El duque, Pedro João de Braganza, recitaba aquellas palabras con los ojos vendados en su ceremonia de iniciación en la logia masónica. Era joven y vigoroso. Era el heredero de una corona que nunca podría llevar sobre su cabeza, de una monarquía que jamás le daría honra porque la desgracia la había terminado. Pero era mejor; prefería un perfil discreto.

“Finalmente rompió su promesa, pobre..., cobarde. Le faltó la templanza que a mí me sobra. En esta vida hay quienes están dispuestos a perderlo todo por lo que creen, y los que lo pierden todo por miedo a luchar... Yo entro en los del primer renglón”, pensaba *La duquesa*. Había escuchado aquel juramento de la boca de su esposo, de los labios de un iniciado que afrontaba su juramento como había afrontado el legado de sus antepasados. Por su amor y lujuria le había dicho sus secretos, los había expuesto, con la suerte de que ella era una mujer íntegra desde su perspectiva distorsionada. Ella, por el contrario, era más parecida a María I, aunque por sus venas no corría la sangre Braganza: “Dios da pan a aquellos que no quieren masticar”. Ella era capaz de casarse, como la reina, con su propia familia con tal de preservar la pureza de la sangre; ella era capaz de matar... Sonrió para sí misma. Pero el Arquitecto del Universo, afrontado por su esposo, la había premiado. Ella luchaba ahora una batalla contra enemigos históricos de la Corona, con aquellos sudacas que habían despreciado la gloria y se habían revolcado en la inmundicia que llamaban “libertad”. ¿Cómo dejar de ser parte de la gloria de la Corona para ser ahora mugre? ¿Cómo abandonaron todas aquellas colonias miserables el honor divino de ser parte de la realeza para ser excremento de negros e indios?

La duquesa despreciaba a los países suramericanos por haber dado la espalda a la monarquía de España, Inglaterra y Portugal, movidos por ideales revolucionarios y blasfemos. ¿Cómo podía Pedro I de Brasil haber llevado el apellido Braganza? ¿Cómo había traicionado a su familia? ¿Cómo había declarado la libertad de la gloria de la corona portuguesa? *La duquesa* no encontraba respuestas a aquellas interrogantes. Aspiró hondo y suspiró.

Tenía que ordenar las ideas. Todo estaba de cabeza y sabía que un bastardo no sería el que terminara de enterrar a la casa Braganza. Ella continuaría el trabajo de Juan VI, el mismo que silenció el desastre en su momento. El pecho se le obstruía en este instante y no sabía qué era, pero debía controlarse y no perder la calma. Dios estaba con ella y no permitiría que aquella historia terminara de manera equivocada. Bajó de la azotea y entró al palacio para refugiarse del frío que calaba sus huesos. Se acercó al agradable fuego que había en la sala de estar donde tenía su poltrona, esa especie de trono desde el cual había dirigido los hilos de los destinos de ella, de su esposo, David Fowler, y ahora, del hijo de este. El mayordomo se acercó hasta ella.

—¿*Duquesa*? ¿Quiere una infusión de camomila?

—No, Heriberto... Gracias... —respondió, lacónica, *La duquesa*.

El hombre dio media vuelta y comenzaba a irse, pero sabía que el nexo que los unía era más fuerte y le daba cierta confianza. Se detuvo y se atrevió a hablar.

—¿Me permite una palabra de aliento?

La mujer asintió con la cabeza.

—No pierda la fe, mi dama... Todo saldrá a la perfección. Jamás ha perdido una batalla, y sabe que tiene mi fiel compañía.

—Gracias... —La mujer sonrió a Heriberto, su mayordomo y el guardián de su secreto. Era verdad: había sido su cómplice desde aquella primera vez.

—Si necesita algo, no dude en llamarme.

La duquesa no dijo nada, pero en su silencio había gratitud. Él salía de la estancia cuando se detuvo, una vez más, y se volteó para ver a *La duquesa*, que disimulaba mientras miraba marcharse al joven y apuesto mayordomo. Se detuvo, se volteó y la miró.

—Permítame que le diga... Usted habría sido una gran reina.

El joven mayordomo salió de la estancia con paso refinado tras aquella última frase.

Edda de Braganza sintió que su pecho se inflaba en aquel momento. “Tú serías un gran amante para mí eternamente...” —pensó en silencio *La duquesa*, esbozando una sonrisa.

Continuó meditando en los últimos hechos, en el nuevo revés de Guilló y en el impacto que esto podría tener en su vida, cuando sonó su teléfono celular. A la primera, *La duquesa* no contestó pensando que podía ser Guilló, un hombre violento, pero con una nobleza inmensa hacia ella y el legado de su familia. Los parientes de Guilló, en el pasado, habían desempeñado el mismo papel que el sicario de *La duquesa* en la actualidad. Cada antepasado de Guilló, además de su trabajo oficial ante la sociedad, el cual era visto como un oficio bajo, manchado por los cánones impuestos, ejercían otro, este en secreto, visto como útil en lo íntimo de cada generación de las monarquías europeas, en la falsedad del doble discurso de lo correcto e incorrecto. Había misiones que no ejecutarían con sus propias manos los miembros de la monarquía. El teléfono continuó sonando sin que lo contestara *La duquesa*, quien tomó el aparato y leyó el nombre que aparecía en la pantalla táctil del dispositivo móvil. Ese nombre le aceleró el corazón. ¿Sería? Tomó la llamada entonces y escuchó esa voz que no esperaba. Habló durante un instante con ella, que estaba al otro lado del teléfono inteligente, y su rostro pasó de la palidez a un tono rozagante acompañado de una sonrisa. El Arquitecto del Universo le sonreía y contestaba su súplica. Aquel asunto estaba en camino a Lisboa.

CAPÍTULO XVII

Desconfianza

En 1817, por tu lado materno, llegó a Londres un antepasado tuyo, Timoteo Díaz. Acusado de ser el séptimo testimonio en el juicio de un hombre inocente, víctima de una vida de complots en su contra desde el mismo momento en que estuvo en el vientre.

Marcel despertó; el cansancio acumulado lo había vencido. Buscó a Flavia, pero ella no estaba sentada junto a él. Recordó que se había levantado para buscar un sanitario. Tenía en la mano el teléfono luego de haber llamado a su tío y ponerlo al tanto. Recordó una parte de aquella conversación que había estado cargada de tensión con el hermano de su padre. Marcel no confiaba en nadie en aquel momento.

—Tío... alguien nos está traicionando —dijo Marcel en el momento en que su tío tomó la llamada.

No respondió nada por un instante. Luego prosiguió con la respuesta:

—¡Te dije que te cuidaras de Flavia!

Marcel guardó silencio, pero no supo qué responder.

—No tengo más nadie en quién confiar...

—Pues es el momento de concentrarte en lo que digo.

Con cansancio, se frotó la base de la nariz y se acomodó los lentes. Se sentía confundido, sin saber realmente en quién confiar.

—¿Y tú?... —casi inquirió, como balbuceando, Marcel.

—¿Yo qué? —preguntó con cierta molestia su tío.

Marcel se mostró dubitativo, pero se atrevió a preguntar:

—¿Puedo confiar en ti?

Marcel sabía que aquella pregunta era peligrosa y ofensiva contra quien era para él un segundo padre.

—¿Qué coño te pasa? ¿Las tetas de Flavia están perturbando tu capacidad de raciocinio?

Hubo un silencio en la línea.

—Disculpa... No quería ofenderte, pero debes entenderme.

—¿Entenderte? Acabas de insinuar que soy culpable de esto... —La voz de Alfredo Fowler se quebró.

—No sé qué pensar, no sé en quién creer; solo tú y ella saben todos los pasos que hemos dado desde anoche; no puedes pedirme que confíe ciegamente en ti.

—Hijo... —dijo más suavemente Alfredo—. No creas ciegamente en mí, pero, por favor, cuídate y no seas tan relajado en todo este asunto.

—No es mi culpa... —Marcel sentía que se desmoronaba.

Alfredo tragó saliva y con más cuidado respondió:

—Tranquilo... —Alfredo pareció recomponerse—. Lo sé... Creo que me pasaría igual si viviera lo que tú. Disculpame tú a mí.

—No sé qué hacer; esto me está matando...

—Lo sé, pero debes mantenerte a salvo; para eso debes estar sereno.

—¿Qué hago?

—A esta hora, no mucho. Descansa por ahora; luego, en la mañana, piensa en todo esto. Eso sí:

no pierdas de vista a Flavia, sin ofender... Cuando estés en Portugal hablamos.

Marcel reaccionó ante aquella última frase de su tío. Miró el reloj: había tomado una siesta de unos quince minutos, aproximadamente. Se levantó del asiento con desconfianza, caminó hacia los sanitarios recorriendo el pasillo. Vio algunas personas conversando en sus asientos y otras jugando con sus *tablets* y teléfonos y, escuchando música con sus *ipods*.

Caminó siguiendo la señalización que mostraba la dirección del sanitario. Llegó a este y vio la señal de ocupado encendida en el de Damas. Esperó que pasara un par de hombres vestidos con trajes que parecían ser ejecutivos. Su corazón estaba acelerado; se odiaba por sentirse así, pero en ese momento sintió una espina clavarse en su pecho. ¿Lo haría? Debía hacerlo, debía tratar de escuchar si Flavia hablaba con alguien en el interior del sanitario.

Inhaló una bocanada de aire y se acercó a la puerta; colocó el rostro lo más cerca que pudo y, luego, pegó su oído a la puerta; escuchó la voz de Flavia adentro:

—No, no se impacienta; todo va como lo planificamos; él no debe enterarse, no le diré nada... ¿De acuerdo? Estamos en contacto.

Marcel sintió un nudo. Se quedó parado justo afuera del baño, sin reaccionar. El sonido de la cerradura interna delató lo siguiente. Flavia salió del baño y se encontró frente a frente con Marcel, que solo se había distanciado un poco de la puerta y se encontraba de pie frente a los sanitarios.

Ambos se miraron con cierta sorpresa, en medio de una situación embarazosa.

—¿Estás bien? —preguntó Flavia, rompiendo un silencio incómodo.

Marcel la miró a la cara; vaciló pero respondió:

—Sí... sí, es solo cansancio; necesito un baño... —mintió.

—Yo también lo necesitaba. ¿Quieres que espere?

Marcel, como distraído, tardó en responder:

—No, no... no. Si quieres, puedes ir hasta nuestros asientos.

Flavia lo miró con cierta desconfianza.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí..., gracias.

Flavia no insistió.

—Ok... Entonces te espero allá.

—De acuerdo...

—Vale...

La joven pasó muy cerca de Marcel, que sintió su aroma e intentó ignorarlo. Aceleró el paso y entró al baño; se detuvo justo delante del espejo. Se miró y vio que estaba más demacrado que hacía unas horas. Dos intentos de asesinatos en un día, para un modesto periodista, era demasiado. Se quitó los lentes y los colocó a un lado del lavamanos. Abrió el grifo y lavó su cara con agua fresca; aquello que había escuchado le taladraba el cerebro. Flavia no podía traicionarlo, no ella. Además, había estado cerca del peligro todo el tiempo, y había sido quien le había salvado la vida en el primer encuentro con el asesino de su padre.

¿Con quién hablaba? ¿Quién era el contacto de ella en Lisboa? Recordó, como relámpago en su mente, las palabras de su tío algunos minutos antes, cuando habían hablado por teléfono. Intentaba no hacerlo, pero los últimos acontecimientos provocaban que sus carnes temblaran, que su confianza fuera intermitente.



—Hijo, te estoy advirtiendo. No confíes en esa chica. Si dices que los papeles comprometen a la corona portuguesa, por más que esta haya sido depuesta hace más de un siglo, estamos hablando de gente poderosa. ¿Sabes quién es ese contacto de ella en Portugal?

—No; creo que es un historiador...

—¿Crees? ¡Demonios, Marcel! Actúas con inocencia. No puedo acusarla de nada, pero creo conveniente que te cuides y estés precavido.

—¿Qué debo hacer?

—Ya te dije: descansa y, por ahora, llega a Portugal. Cuando estés en Lisboa te daré algunos contactos que nos pueden ayudar a salvaguardarte, a ti y a los papeles de tu madre y tu padre.

—De acuerdo...

—Yo te llamo para saber cómo estás o te escribo. No pierdas de vista tu teléfono e intenta revisar el de ella. Debes ser más inteligente que esta gente.

—Está bien, tío. Aunque realmente dudo de la posibilidad que insinúas.

Alfredo no respondió de inmediato.

—Yo espero estar equivocado, pero no pienses con los pantalones, hijo; es hora de estar más alerta.



Marcel continuó mirándose en el espejo y no supo realmente qué hacer. ¿Confrontaba directamente a Flavia, o simplemente se mantendría cauteloso el resto del viaje? Se aproximaban a Madrid y de ahí debía abordar otro tren hasta Lisboa. Debía descansar y prepararse para el día siguiente. “Ella no me puede traicionar, ni a mi padre”, se repitió frente al espejo. Se secó las manos y el rostro, se colocó los lentes y salió hacia sus asientos luego de recorrer el pasillo completo del tren.

—Por fin llegaste... —dijo Flavia, que esperaba sentada con el estuche negro en sus manos—. ¿Qué opinas de la carta que tradujo Alberto?

Marcel la miró fijamente y se sentó a su lado. Por un momento sacudió la cabeza. Era cierto que debía entender aquel material para poder cumplir la voluntad de su madre y su padre, pero tenía la cabeza convertida en un caos con la paranoia que estaba sufriendo en las últimas horas. Miró los ojos castaños de Flavia y encontró sinceridad; ella no podía engañarlo. Respiró profundamente y contestó:

—No termino de entender algunas cosas. Creo que no hemos tenido el tiempo de estudiar con cuidado cada documento. Déjame recapitular. Sabemos que hay un niño de nombre Manuel Carlos María Braganza Aristigueta, que, según la carta en el lienzo, es a quien le escribe María I y quien, teóricamente, sería hijo de José Francisco de Braganza.

—Exactamente... —afirmó Flavia.

—Pero, entonces, ¿quiénes son Alonso Piar y Lottyn y el general Manuel Piar...?

Marcel se mantuvo cavilando, le costaba encontrar sentido a tanta información con la mente llena de pensamientos difusos.

Flavia lo miró con ceño fruncido tras las últimas palabras de Marcel, como si éste le hubiera

iluminado la mente de alguna manera mágica.

—¿Cómo no lo pude ver antes? Necesito el teléfono. —Marcel buscó su teléfono celular y se lo acercó a Flavia quién con rapidez deslizó el dedo índice por los menús de la pantalla táctil. Dio con suavidad sobre el ícono del buscador *Google*, abrió la página y buscó *Alonso Piar y Lottyn*:

Manuel Piar - Wikipedia, la enciclopedia libre

https://es.wikipedia.org/wiki/Manuel_Piar

Manuel Carlos María Francisco Piar Gómez (Willemstad, Curazao o Curaçao 28 de abril de... Él era hijo de Fernando Alonso Piar y Lottyn, un piloto mercante español originario de las Islas Canarias, y de la mulata María Isabel Gómez.

El resultado sorprendió a Marcel un poco. “¿Cómo habíamos olvidado la tecnología móvil?”, dijo Flavia mascullando las palabras. “*Él era hijo de Fernando Alonso Piar y Lottyn, un piloto mercante español originario de las Islas Canarias...*”

—Sabía que la tecnología no me fallaría... —dijo Flavia al ver el resultado.

—No entiendo —exclamó Marcel, y Flavia le mostró la pantalla del teléfono. Rápidamente entendió y supo más de lo que decía ésta.

—Por la premura en que hemos estado, leímos los documentos por separado. Pero todos están efectivamente relacionados. ¿Sabes quién es Manuel Piar? —preguntó Flavia, quién leía el resultado en la pantalla.

—Realmente no...

—¿Estudiaste la gesta emancipadora latinoamericana?

—Sí..., algo.

—Manuel Piar fue un reconocido general de la independencia de Venezuela, según recuerdo y toca verificar; al final de sus días fue acusado de traición a la patria. Alonso Piar era su padre.

Flavia le señaló con el dedo la línea donde se mostraba el parentesco.

—El rompecabezas toma forma... ¿Pero qué tiene que ver con la familia Braganza?

—No sé; hay algo que no estamos viendo.

Marcel miraba también la pantalla leyendo la información.

—Debe haber alguna relación, lo sé... —Flavia se mostraba, una vez más confundida, temía llegar a un callejón sin salida.

—Acá dice que nació en la isla de Curazao —dijo Marcel—. Pero tengo una idea; permíteme el teléfono.

Marcel colocó en el *buscador* “origen Manuel Piar”, y ordenó al teléfono una nueva búsqueda.

El resultado fue llamativo.

—¿Él se llamaba Manuel Carlos María? —preguntó Flavia, que miraba el resultado con asombro.

—Así parece —respondió Marcel—. Como...

—Manuel Carlos María Braganza Aristigueta... —terminó de decir Flavia.

Ambos se miraron asombrados.

—¿Coincidencia?...

—No lo creo... —replicó Flavia.

La búsqueda arrojaba un nuevo dato y quizás una de las conexiones de aquella historia. Marcel leyó la página web, y luego continuó leyendo los resultados de la búsqueda. Finalmente volvió a una página que había visitado hacía un instante; era la de un historiador poco conocido cuyo aspecto parecía el de las páginas de complots del FBI, de ovnis, vampiros y más. Pero era más de lo que podían esperar en aquella situación.

[http://www.Secretos y complots de la independencia.com](http://www.Secretos-y-complots-de-la-independencia.com)

Por el Prof. Aristóteles Mendoza

Marcel miró con desconfianza, pero la teoría que planteaba, algo loca o no para muchos, compaginaba con el material que él poseía en sus manos.

El general Manuel Piar nunca aceptó como madre a la curazoleña Isabel Gómez, aunque jamás fueron raciales los motivos de este. Siendo blanco, rechazaba los ataques que buscaban rebajarlo a la condición de un simple mulato. La lógica nos arroja que Piar, en medio de sus tribulaciones, habría preferido a su verdadera madre, la mantuana Concepción Aristigueta, prima de Simón Bolívar y Carlos Soublotte, motivo por el que estos odiarían a Piar. No era sencillo aceptar que su padre verdadero era el príncipe heredero de la corona portuguesa, José Francisco de Braganza, quien fue invitado por las altas familias mantuanas a una recepción en Caracas, no registrada oficialmente.

Ahí se presume que habría conocido a una joven perteneciente a la aristocracia caraqueña, y que de esa relación secreta habría nacido un niño que tanto mantuanos como la corona portuguesa habrían coincidido en esconder, aun cuando ya había sido bautizado por sus padres quienes habrían decidido criar a dicho recién nacido.

La corona portuguesa y las familias mantuanas, en su afán de evitar escándalos, habrían dado al recién nacido en adopción a Isabel Gómez, partera del pequeño en el propio convento de las monjas Concepciones de Caracas, ubicado en aquel entonces en una casona vieja que ocupaba el solar donde actualmente funciona el Palacio Legislativo, o Palacio Federal. Isabel Gómez era esposa del marinero español Alonso Piar y Lottyn, y ambos llevaron al pequeño lejos de la sombra de las familias mantuanas, a la tierra de Isabel, Curazao. Los documentos que certificaban esta historia habrían sido destruidos, la mayoría, y algunos escondidos por miedo a represalias.

De esta manera se justifica el odio de varios personajes con parentesco directo con el prócer de la independencia. Manuel Piar habría sido sobrino del Rey de Portugal, lo que habría terminado de engendrar recelo en Bolívar, quien temía que pudiera “anexar” a Guayana, o a toda Venezuela, al Brasil.

Entonces Marcel armó el rompecabezas en su mente y lo vio claramente:

—Manuel Carlos María Braganza Aristigueta era Ma-nuel Carlos María Piar, el general a quien servía Timoteo Díaz..., mi antepasado.

Flavia lo entendió y continuó la lógica de Marcel tras releer todo lo que habían leído hasta el momento.

—Así es. ¿Cómo no lo vimos antes? Y eso significaría que..., según estos papeles, fue el hijo legítimo de José Francisco Braganza y la mantuana Concepción Aristigueta; pero, uniendo todos los cabos sueltos, ni su familia mantuana ni la familia real habían querido que se conociera la existencia de este niño. Por eso lo dieron en adopción, pagando a Fernando Alonso Piar y Lottyn, esposo de la partera, la curazoleña Isabel Gómez. Seguramente José Francisco recibió el consejo de su hermano..., quizás hasta de la propia Reina, quien obviamente sabía de la existencia del infante si no, ¿cómo explicamos la carta a un joven a kilómetros de distancia?

—Sí, imagino que no querían al infante. Inicialmente sería como quitarse un problema, pero años después Juan VI acaba con la vida de su hermano y a su madre, la Reina, la hace quedar, para la Historia, como una enferma mental. Luego la Reina, culpable o inocente, intentó alertar a Piar: “Si un hermano es capaz de asesinar a su hermano y encerrar a su suerte a su propia madre, no encuentro paz en la idea de qué haría contigo si en sus manos estuviera”. —Marcel citó a la Reina aunque sentía seca la boca. Las ideas fluían, adquirían forma y era inevitable no

expresarlas. Cada carta parecía, de pronto, como el fragmento de una película, con espacios en blanco, pero cada vez el guion se entendía mucho más. Era tan sencillo como complejo a la vez.

—Juan VI hizo la transacción antes de heredar; pagó a Piar y Lottyn, quien quiso más dinero, posteriormente... —Flavia unía los cabos sueltos.

—El Rey, luego, no quiso pagar más, y hasta amenazó al padre adoptivo de Piar. Había que silenciarlos. *“Su Majestad, en su magnificencia, espera que Vd. rectifique su posición, suplicándole se persuada de no insistir de manera descortés, ya que, de ser así, usted obligaría a la corona portuguesa a actuar con todo su peso en contra de Vd. y su persona”* —leyó de la carta escrita por la corona portuguesa.

Ambos analizaron el asunto en silencio.

—El error fue no destruir la partida de bautismo, o, por lo menos, no asegurarse de que cayera en las manos del niño. Imagino que la partera la guardaría. — Flavia suspiró mientras miraba por la ventana. Volteó y miró a Marcel.

—Quizás, aunque no le sirvió de mucho... Finalmente fue un mulato y murió como tal.

— Dios..., pero por lo menos sus padres adoptivos no le negaron su origen, ¿no? —Flavia habló con un dejo de tristeza en el tono de voz—. Estos no le ocultaron su origen...

—Era muy difícil, mira...—Marcel le mostró a Flavia los retratos de Manuel Piar en *Google* Flavia quedó asombrada—. Para ser un mulato, su piel era bastante blanca; su nariz, fileña, y su cabello, rubio..., ¿no te parece?

Flavia continuó mirando los retratos y mordió su labio inferior.

—Lógico. Era hijo de portugueses y españoles —terminó diciendo Flavia.

—Y finalmente, eso eran los mantuanos, hijos de españoles —sentenció Marcel, quien ya sin tanto cuidado usaba sus manos y miraba, leyendo, cada documento.

Flavia frunció el ceño y su rostro denotó de pronto una impresión, como si supiera que había ganado la lotería.

—¿Qué sucede? —preguntó Marcel.

—¿No lo entiendes aún? Juan VI no iba a ser Rey; debía serlo José Francisco, pero su hermano menor lo mató a sus 27 años y sin dejar descendencia oficial con su esposa, María Benedita, ¿recuerdas?, su tía. Piar fue víctima de los mantuanos, que lo condenaron a ser un mulato, lo que lo hacía inferior a cualquier otra persona en aquella época, y de su tío, quien, sabiendo que él era el legítimo heredero de la corona portuguesa, encerró a su propia madre y la acusó de demencia avanzada... Así nadie podría demostrar su parentesco y él podría ser regente, como finalmente lo fue.

—Ciertamente. Por eso no parecía tan loca la Reina al recomendar a su... nieto que se cuidara.

—”El Bruto que clavó la daga a mi padre, un César...”, Juan VI a José Francisco —dijo Flavia.

—¿Qué complot tan inmenso y complicado...! —re-plicó Marcel.

—Muchos intereses de por medio... ¿Sabes lo que implica que haya habido un hijo reconocido de José Francisco al cual terminaron ocultando y condenando a ser un simple mulato más?

Marcel tardó en responder.

—Que era el legítimo Rey..., ¿no?

—Sí, eso es obvio, pero ya entiendo cuando tu padre decía que esto cambiaría el curso de la Historia... Con la muerte de José Francisco, no solo cambió la historia de Portugal, sino de una de sus más importantes colonias en el Nuevo Continente: Brasil. El hijo de Juan VI, Pedro I de Brasil y IV de Portugal, se convertiría, a la postre, en el “libertador” de Brasil. Es decir, su hijo terminó por destruir lo que tanto luchó por conseguir, con marramuncias, Juan VI.

—¿Pero a quién le puede interesar, más allá de su impacto obvio, una historia enterrada hace siglos? —preguntó Marcel...

—Eso sí no aparece acá...

Ambos hicieron silencio; tenían que digerir todo lo que habían descubierto. El tren pronto llegaría a Madrid y de ahí deberían seguir rumbo a Lisboa.

Al llegar a la estación de Atocha, en Madrid, ambos bajaron del tren. Sus pasos eran pesados y Marcel se comportaba alterado. Flavia no lo mencionaba, pero notaba que Marcel miraba contantemente a su alrededor, a las personas que pasaban a su lado. Ella miró una señalización que indicaba el andén del siguiente tren, el nocturno, hacia Lisboa. Eran cerca de las 6:00 p.m. y Marcel estaba cansado y hambriento.

—Deberíamos comer algo —dijo Flavia. Marcel lucía cansado.

—¿Tienes hambre? —preguntó él con cierta pesadez.

Ambos caminaban entre las demás personas.

—Te veo débil y agotado. Aunque no tengo hambre, creo que necesitamos alimentarnos con algo.

Marcel asintió y caminó con Flavia. Se acercaron a un restaurante de comida rápida y pidieron un par de hamburguesas. Se sentaron en una banca de la estación, con cierta incomodidad, y comieron en completo silencio. Flavia miraba a Marcel de reojo, pero este no daba ninguna señal de darse cuenta. Permanecía en silencio, cabizbajo, circunspecto; parecía triste. Ella no supo qué decir; era mejor guardar silencio en aquel momento; pronto su plan daría resultado y eso era lo que importaba, estaba segura.

Luego de comer esperaron la salida del tren hacia Lisboa. Durante treinta minutos estuvieron sentados mirando pasar a las personas, a los turistas hablando en diversos idiomas, a profesionales en grupo o solos que hablaban por sus teléfonos móviles sobre temas técnicos que Marcel no terminaba de entender, por más que los escuchara en silencio. Su mente estaba distante, perdida en los recuerdos y en la amargura que lo embargaba.

La espera en la estación madrileña terminó. Pronto pudieron abordar el tren que los llevaría a Lisboa, pero lo hicieron en completo silencio, como lo habían estado durante las últimas horas, tanto en Barcelona como ahora en su corta estancia madrileña.

Una vez más buscaron sus asientos y se sentaron uno frente al otro, sumidos en sus propios pensamientos. Tras un instante, y luego de dejar Madrid, el zumbido del tren fue lo único que se escuchaba entre ambos en ese momento. Marcel miró por la ventana del vagón y vio las sombras de la noche estirarse como pinceladas en un lienzo. No sabía a ciencia cierta por dónde iban, pero entonces su mente era un hervidero de informaciones y cuestionamientos a los que no encontraba respuesta, más allá de todo lo que se había develado en los últimos minutos. Ya por lo menos conocía una parte de la historia que relacionaba a Timoteo Díaz consigo mismo, pero le aterraba saber que había alguien capaz de matar, casi dos siglos después, por un capítulo de la Historia que no cambiaría nada.

CAPÍTULO XVIII

Marcel desesperado

—Todo empieza a tener forma —repetía Flavia para sí, mirando la oscuridad de la noche y recostada al espaldar. Habían continuado en silencio.

—Yo no le encuentro mucho sentido... —respondió Marcel en voz baja y sin mirar a Flavia.

—Pensé que estabas dormido.

—Lo estuve.

El sonido del tren andando era suave y casi relajante.

—¿No entiendes aún lo que hemos descubierto?

Marcel se volteó hacia ella.

—No...; realmente no logro entender. A mi padre lo asesinaron; a mi amigo Alberto Serrá, imagino que también... Nos han disparado, hemos tenido a la muerte respirándonos en la nuca, porque hace más de cien años un príncipe tuvo una aventura con una joven rica, pero sin ser esposos... ¿Tiene sentido? No tengo la culpa de que Timoteo Díaz ayudara a Piar; no tengo la culpa de que ocultara todo lo que han hecho. Creo que tampoco la tienen ni los descendientes de los culpables en Venezuela. ¿Quién puede estar detrás de todo esto?

Flavia calló durante un instante.

—Tienes razón; sé cómo debes sentirte...

—No; no lo sabes, Flavia, y no quiero ser descortés. Perdóname si te metí en esto; entenderé si quieres abandonar el barco.

Los ojos de Flavia se inundaron de lágrimas.

—Ya te respondí eso... ¿Crees que a mitad de la noche, entre Madrid y Lisboa, me puedes decir que me aleje?

Marcel tragó grueso.

—No dije que te alejaras..., pero no sé qué hacer, estoy cansado de esta estúpida historia. Lo que mi padre me dejó fue una maldición, siempre con su manía de jugar a los secretos y de creer que así impulsaba mi personalidad.

La mano de Flavia tocó la pierna de Marcel.

—No seas injusto, ni contigo ni con tu padre..., ni conmigo.

Con ansiedad, Marcel se pasó las manos por el rostro.

—Perdóname...; estoy confundido.

—Sé que es así, pero yo estoy aquí para intentar ayudarte a develar todo.

Ambos se miraron a los ojos, pero Flavia bajó la mirada esquivando a Marcel.

—No puedes mirarme a los ojos, ¿verdad?

La joven no contestó de inmediato.

—¿Me tienes miedo?

—¿Por qué he de tenerte miedo?

En la cabeza de Marcel se abarrotaron de golpe los recuerdos de los momentos vividos entre ambos, pero pronto los pensamientos y las imágenes se mezclaron amargamente con el final de su fallida relación. La voz de su tío Alfredo resonó con sus advertencias como una campana en un campanario. Marcel volvió en sí y continuó mirando a Flavia.

—Olvidalo... —Marcel prefirió esquivar el asunto.

—Como quieras...

Hubo una pausa entre ambos.

—Mi cabeza va a explotar con este tema. Siento que no puedo terminar de concentrarme en algo; es como si fuera un gran rompecabezas, y realmente me cuesta aplicar la lógica en estas circunstancias.

Flavia rio y Marcel la miró sin entender el porqué, pero era una manera de distender la situación y en cierta forma lo agradeció. Su cuerpo experimentó un ligero relajamiento.

—Me gusta hacerte reír... —dijo Marcel, que la miraba detenidamente e intentaba olvidar lo dicho por su tío. Esbozó una sonrisa.

—A mí también me gusta verte reír...

—Siempre lo conseguiste, y hoy, aunque tenemos una nube gris encima, lo haces.

—¡Qué bueno...! —musitó Flavia.

Ella se puso los guantes, tomó los papeles y los miró una vez más. Era mejor ocuparse de algo productivo.

—Hay cosas que no dejo de pensar—Flavia retomó la palabra con la vista puesta en algunos documentos—. Es increíble que se refieran a Manuel Piar como un mulato; es increíble la pesadilla que debió vivir ese hombre.

—Sí, el chico no era muy tostado, pero pasó penurias como si lo fuera.

Flavia guardó silencio como si meditara algo; luego prosiguió:

—El problema que tenía encima era grave, pero creo que se acentuó en su vida por quienes luchaban a su lado. Leíste que su madre era prima de dos generales, uno de ellos considerado el libertador de América.

—Bolívar... —complementó Marcel.

—Correcto. Como decía aquella página, la de ese historiador *underground*, el supuesto origen mantuano y real de Piar era una leyenda urbana. Es decir, como ya recapitulamos, su tío se encargó de silenciar ese molesto tema; necesitaba pista libre para luego usurpar el trono, si aplicamos la lógica. Asesinó a su hermano, hizo lo propio con su madre y luego le tocaría, por las vueltas de la vida, dejar Lisboa y establecerse en suelo americano —Flavia recitaba lo analizado con cierta facilidad—. Piar siempre supo su origen y, al contrario de lo que dice la página, no renegaba de sus padres adoptivos; pero re-clamaba su derecho a no ser visto como un simple mulato, y creo que así lo hacían muchos, es de lógica...

—¿Cómo así? No entiendo... —Marcel miró a Flavia con el ceño fruncido.

—Está bien, escucha. En aquella época los negros, los indios, los mulatos eran las clases más bajas. El deseo de libertad era más por una cuestión económica y de tributos que por un sentimiento patrio.

—Sí; imagino que no existía el nacionalismo.

—No. Este crece en el pueblo a medida que la gesta muestra a España como el opresor, y ricos y pobres sienten esa misma necesidad de respirar aires de libertad. Pero aun así, ser mulato era no poder escalar en la sociedad mantuana. Al dar a Piar en adopción, y al reconocerlo como su hijo, su madre, la curazoleña, por más blanco que fuera y la historia no encajara, él pasaba a ser un ser inferior, un soldado raso, como tantos que lucharon y murieron en el campo de batalla. ¿Me entiendes?

—Intento seguirte el paso... Por algo eras la predilecta de mi padre. —Marcel se frotó el tabique nasal y se acomodó los lentes.

Flavia sonrió y continuó; tomó su teléfono y mostró el resultado de la búsqueda sobre Manuel Piar.

—Fíjate en esto que leímos hace un rato en su biografía. Acá dice que Piar se casó en el Fuerte Ámsterdam, en Curazao, frente al gobernador de la isla, con la holandesa María Boom. ¿Crees que un mulato podía haber hecho eso?

—Imagino que no... —contestó Marcel.

—Francisco de Miranda, un hombre blanco que se había codeado con la realeza europea y cuyo nombre figura en el *Arco de Triunfo* en París, jamás habría aceptado a un mulato a su lado, darle el grado de oficial en el ejército y menos... —Flavia entornó los ojos leyendo el resultado de más búsquedas en su teléfono móvil— hacerlo parte del Estado Mayor, según dice en esta página que consulto sobre Piar. Su carrera fue maratónica: escaló puestos, y de Subteniente pasó a General y Segundo Jefe de la República. Ningún otro general de raza blanca habría aceptado estar sujeto a quien para ellos era un inferior.

—Es decir, varios personajes conspiraron para que la Historia lo tuviera como un simple mulato e intentaron tapar lo que él significaba, pero fue casi imposible, ¿no? —Los ojos de Marcel estaban rojos, pero miraban fijamente a Flavia.

—Exacto. Su legado no permitió que eso sucediera. Acá dice que, en el momento de su fusilamiento, ni Bolívar consintió en que lo despojaran de su rango militar... Ningún mulato tendría ese derecho, aunque, como él, hubiese ganado sus más de veinte batallas.

Marcel aspiró profundamente y suspiró.

—Entonces llegaron el odio, la envidia y las conspiraciones secretas...

—En aquel tiempo era sencillo ser visto como un traidor. Él tenía todo. Representaba el adulterio; además, personificaba el secreto que haría temblar las bases de la corona portuguesa, sobre todo con su partida de bautismo... —Flavia suspiró.

—Y si los demás, en las filas libertadoras, conocían tu parentesco...

Flavia asintió.

—Eras sobrino de un enemigo de la patria, de otro co-lonizador.

Ambos se miraron en silencio.

—Timoteo se juntó al general equivocado... —agregó Marcel con una risa obligada.

—Lamentablemente...

CAPÍTULO XIX

La traición

La Estación Intermodal de Oriente, en Lisboa, tenía el movimiento típico de un complejo de transporte de tal envergadura. A aquella hora de la mañana las personas caminaban, algunas despreocupadas y otras con el típico ajeteo de los viajes en diferentes direcciones. Unos llevaban vasos humeantes de café caliente mientras caminaban, casi arrastrando los pies, hacia el centro comercial, mientras otros llevaban mapas turísticos y trataban de ubicarse con las señalizaciones hacia la estación del Metro y la propia estación ferroviaria. Marcel y Flavia solo caminaban, desdeñados por la estación cubierta con el imponente techo acristalado, en dirección a los sanitarios.

Marcel se apartó de Flavia, sin cruzar una palabra, aquella mañana. Era una montaña rusa de sentimientos. Entró al baño de caballeros, mientras Flavia hacia lo propio en el de damas. La mañana era pesada, casi como si los hechos ocurridos durante las últimas horas fueran pesas que pendieran de los hombros de Marcel. Sumido en sus pensamientos, entró al sanitario y, tras quitarse los lentes, se lavó la cara con el agua que salía de los grifos cromados táctiles. Tomó agua del primer impulso y la sintió fresca en su rostro. Era una costumbre que siempre lo ayudaba a aclarar las ideas, pero en ese momento no funcionaba mucho. De la noche a la mañana había recorrido kilómetros en la propia Barcelona, luego hasta Madrid, y ahora, increíblemente, estaba llegando a la mismísima Lisboa. Marcel se miró en el espejo donde varios caballeros se reflejaban peinándose y lavándose las manos. “¿Qué debo hacer ahora con todo lo que hemos descubierto?”, se preguntó, pero no tenía respuesta alguna. Entornó los ojos mientras se veía, en cada momento, más desgastado. Debía esperar a Flavia y, luego, aventurarse por caminos abarrotados de borascas de dudas.

Marcel tomó su teléfono y miró la pantalla. Jugó con los íconos de las utilidades sin decidirse por alguna. Subía una y otra vez el pulgar, acariciando la pantalla hasta que, luego de un instante, buscó la agenda y marcó el número de su tío.

El teléfono repicó dos veces y por fin se escuchó una voz que Marcel reconoció.

—Marcel, ¿cómo estás? —contestó la voz de Alfredo Fowler.

—Acabamos de llegar a Lisboa, tío. No hemos hablado aún del lugar a donde vamos, pero no sé realmente qué hacer.

—¿Lograste descifrar algo de los papeles de tu padre?

—Sí, pero no cualquier cosa. Mi padre nos dejó algo de tal envergadura, que dista mucho de un simple tema para charlarlo con un café, pero habría sido más sencillo si hubiera dejado todo esclarecido desde un principio.

—No juzgues a tu padre, Marcel; la muerte jamás llega avisando el momento de nuestra partida.

La voz de Marcel se convirtió en un susurro.

—Lo sé, pero no es sencillo y no sé si lo hizo por seguridad. Se trata de una serie de documentos que revelan la vida de uno de los próceres de la independencia venezolana, que fue víctima, el pobre, de una serie de complots en su contra.

—¿Y eso cómo se relaciona contigo?

—Es largo, tío, pero un ayudante de ese prócer fue quien trajo esos papeles a Europa, y de él

descendemos tanto mi madre como yo mismo.

Alfredo guardó silencio.

—Escucha bien...; anota esta dirección

Marcel apuntó en un trozo de papel la dirección que le dictó su tío.

—¿A quién debo buscar ahí? Eso es fuera de Lisboa, ¿no?

—A Francisca Darmstadt; es una vieja amiga... Bueno, más que amiga —dijo el tío de Marcel, insinuando con cierta picardía, no apropiada para el momento—. Ella te ayudará en lo que necesites para terminar todo este tema.

—¿Puedo confiar en ella? —La voz de Marcel sonaba compungida.

—Como si fuera tu familia.

Marcel suspiró.

—¿Y Flavia?

—Mira a ver adónde te quiere llevar. Luego de eso decide lo que debes hacer; no te voy a presionar. —Alfredo escuchaba la bocina y solamente oía la respiración de Marcel—. No quiero decir nada en contra de tu amiga, pero debes mantenerte alerta; por favor, escucha mi voz.

Marcel dudó un instante y vio salir a todos los hombres que habían estado en el baño.

—De acuerdo, tío; seguiré tus consejos.

—Excelente, hijo.

Un silencio se hizo en la línea.

—¿Tío? ¿Todo bien?

No hubo respuesta. De pronto se escuchó de nuevo la voz de su tío.

—Debo colgar; escuché un ruido —dijo Alfredo.

Marcel sintió un vacío en el estómago.

—Tío, por favor, cuídate... Esta gente es peligrosa y creo que ya lo has visto.

—Lo sé, hijo... Seguro.

La llamada se cortó y Marcel temió por su tío.

—Suerte... —musitó.



Afuera, Flavia esperaba a Marcel en una banca cerca de los baños. Tenía su teléfono celular en la mano; había terminado una llamada telefónica. Levantó la mirada y vio que Marcel salía del sanitario con el rostro adusto.

—¿Todo bien? —preguntó Flavia con cierta suspicacia.

—Sí, todo en orden —mintió Marcel.

—Vamos entonces; ya llamé a mi amigo y nos va a recibir.

—Excelente... —contestó, dubitativo, Marcel.

Ambos se miraron con desconfianza. Marcel siguió a Flavia, que conocía mejor la Estación de Oriente; ya había estado en la ciudad, por asuntos de estudio, hacía algunos años; además tenía familia en la capital lusa. Ella caminaba mirando la pantalla de su teléfono móvil cuando fue embestida por un joven que miraba, perdido en sus pensamientos, su *tablet* y llevaba en los oídos los audífonos de su *ipod*. El joven impactó las manos de Flavia y su teléfono cayó y rodó algunos metros. Todos se sobresaltaron; los nervios estaban a flor de piel.

—¡Oye, debes tener más cuidado! —dijo Flavia, con molestia, al joven.

El muchacho, muy pálido, la miró.

—*Sorry, I don't understand...* —respondió mientras el rostro se le enrojecía.

—Debes mirar por donde caminas..., demonios. *You have to watch where you walk...*

—*Yes, lady... sorry. Thanks...*

—*Yes, yes, don't worry...*; mejor sigue.

Marcel se agachó y recogió el teléfono del suelo. Instintivamente miró hacia la pantalla, que titilaba tras marcarse en el impacto, y leyó en la pantalla un apellido que lo erizó a Marcel: Braganza.

—¿Marcel? —preguntó Flavia, que aún miraba al muchacho, nuevamente sumido en su música y en su juego de *Angry Birds*, en su *tablet*, alejándose entre la gente. Pero Marcel no respondió—. ¡Hey! ¿Marcel? ¿Qué sucede?

—¿Qué excelente tu actuación... ¡No conocía esas dotes actorales!

—No te entiendo... —respondió, desconcertada, Flavia.

Marcel guardó silencio. Luego retomó con fuerza las palabras:

—¿Cómo pudiste traicionarme a mí? Pero..., peor aún, ¿a mi padre?

Flavia no supo qué responder.

—¿De qué hablas, Marcel?

—¿Cuánto te pagaron? ¿Cuánto valen nuestras vidas?

—Marcel..., por favor.

Hubo un silencio entre ambos que pareció una eternidad.

El teléfono de Marcel vibró en el bolsillo de la chaqueta y él lo buscó sin dudar, sabía que era un mensaje de texto. Sacó su teléfono y entonces leyó el mensaje: “*Marcel, alguien entró en el apartamento, estoy escondido. No cambies de plan, termina la misión que te encomendó tu padre*”.

Marcel leyó el emisor del mensaje: “*Tío Alfredo*”. Sintió terror por su tío, pero justo frente a él tenía parte de la respuesta sobre la causa de ese miedo. Miró a Flavia y ató cabos.



—Por eso viniste a mí cuando te dije que tenía que buscar el material en la caja de seguridad; por eso el asesino siempre supo dónde debía estar y la hora exacta; por eso nunca te apuntaron a ti, sino a mí... ¡Excelente teatro!

—No sé de qué estás hablando...

—Debí caerte del cielo... Soy un imbécil, puse en peligro al único familiar que me queda por no creer que fueras capaz de hacer esto...

—Marcel, no entiendo...

El joven apretó los dientes con rabia.

—¿No sabes de qué hablo?, ¡coño, de esto!... —Marcel mostró la pantalla del teléfono. Flavia palideció y balbuceó sin mantener coherencia en su respuesta.

—Mar... Marcel, no...; espera, no es lo que piensas. Marcel, espera, déjame explicarte...

—No hay nada que explicar, me traicionaste, lo mismo que a mi padre; consentiste que asesinaran a mi padre, Flavia, ¡por Dios!

—Marcel, si me dejas explicar, puedo darte una respuesta a lo que leíste.

—No creeré..., no puedo creerte, Flavia...

Un *bip* sonó en el teléfono y una imagen llegó por el *WhatsApp*. Marcel tuvo un mal presentimiento y abrió la ventana del *chat* que decía Alfredo Fowler. La imagen tardó unos segundos cargando en la pantalla, se aclaró y Marcel vio a su tío que se encontraba de rodillas

con la camisa rasgada y un golpe en su pómulo izquierdo. Una *Beretta* y un guante negro, que él reconoció, se veían claramente junto a la frente de su tío. Un mensaje se leía debajo: “*Tu insolencia ha costado vidas; si no entregas el material tendrás que ir recogiendo sus partes en los cuatro puntos cardinales de Barcelona*”.

Flavia miró a Marcel, pero parecía temerosa de acercarse a él.

Marcel se encontraba en una encrucijada de la que pendía la vida de su tío, la suya propia, la posibilidad de hacer públicos todos aquellos papeles que apretaba con fuerza contra su cuerpo, y hasta reconocer la muerte de su padre como un acto en vano. “... *No cambies de plan, termina la misión que te encomendó tu padre*”, recordó Marcel haber leído, hacía unos minutos, en un mensaje de su tío. Levantó la mirada y vio el rostro de aquella mujer que había querido y en la que había confiado y que, según él lo sentía, enterraba una daga en su espalda.

—Marcel, por favor, escúchame: sé que no he sido sincera del todo, pero...

—¡Cállate! ¿Cómo pudiste?...

—La persona a la que vamos a ver lleva el apellido Braganza, y este...

—¡Hija de puta, no quiero tus excusas! —gritó Marcel y algunas personas lo miraron con desconcierto—. Puedes informarle a quien sea que... ¡no me va a detener, no ahora!

Con fuerza, Marcel le lanzó el teléfono en la cara a Flavia, que reaccionó instintivamente para atraparlo, y este terminó en el suelo una vez más. Sin esperar ni dudar, Marcel corrió en dirección opuesta por la estación, buscando la salida del edificio. Mientras corría agitado, tropezaba una y otra vez con turistas, con grupos de personas quienes compartían ajenos a todo lo que le ocurría en aquel momento. Tras doblar en una esquina, miró hacia atrás y no vio a Flavia, debía perderla pero la agitación no le permitía pensar claro. Brincó un grupo de maletas de unos turistas asiáticos quienes le lanzaron una mirada, mezcla de asombro y reproche. Miró nuevamente hacia atrás y al volver la mirada hacia adelante, tumbó a un joven una bandeja con vasos llenos de una bebida color naranja, Marcel no tuvo tiempo de disculparse, corría simplemente lo más rápido que podía, zigzagueando, subiendo y bajando escaleras en búsqueda de la salida.

A Marcel le parecía que las personas a su alrededor eran como espectros que pasaban difuminados como ráfagas, aunque era él quien corría a toda velocidad sin importar más nada. Los sonidos de los parlantes de la estación parecían un eco distante y distorsionado entre las cientos de voces que gravitaban a su alrededor; sintió que se ahogaba y, una vez más, el dolor al costado de su abdomen; pero no pensaba detenerse, debía dejar atrás a Flavia. Esquivó a varias personas que le dieron la impresión de moverse en cámara lenta y consiguió dar con la salida de la estación. Por fin, vio la calle y salió disparado por ella, chocando con algunos. Les tumbó los bolsos y maletas que llevaban, se reincorporó tras perder el equilibrio, e hizo caso omiso a los reclamos. Buscó con la vista los taxis estacionados y subió al primero tras salir de la estación. Su destino era incierto.

CAPÍTULO XX

Cuerpos extasiados

“*Juro y prometo, sobre los Estatutos Generales de la Orden, y sobre esta espada símbolo del honor; ante el Gran Arquitecto del Universo, guardar inviolablemente todos los secretos que me serán confiados...*” Edda de Braganza recitaba de bruces, con la cabeza en dirección hacia el altar y los brazos extendidos; tocaba cada extremo de la Cruz de la Orden de Cristo en el suelo de la capilla de la Santísima Trinidad. “Yo habría sido una excelente masón, yo jamás habría revelado sus secretos como mi esposo... Arquitecto del Universo, sé que estás abonando mis caminos, que mi misión no es solitaria, sino que mis pasos son los tuyos...”

Heriberto esperaba afuera, vigilando la entrada de la capilla y respetando aquel momento de meditación de *La duquesa*. Miraba, de cuando en vez, al interior de la capilla. Era mucho lo que lo unía a aquella mujer que lo atraía, aun siendo mucho mayor que él. *La duquesa*, a pesar de los años, era un mujer atractiva, y su carácter y fuerza eran como un afrodisíaco para él, un simple mayordomo, pero a aquella altura, luego de lo que habían vivido juntos, más que eso.

—Heriberto..., pasa.

El mayordomo se sobresaltó.

—Disculpe, *Duquesa*, no quería interrumpir...

—Cálmate... —interrumpió *La duquesa*—. En este momento necesito tu compañía...

Heriberto sintió su corazón acelerarse y una tensión entre su pantalón. Sentía calor aunque el día era fresco y la neblina cubría los alrededores de los suntuosos jardines del palacio *Da Regaleira*.

—Sabe que vivo para servirle...

—Lo sé... —contestó ella aún extendida de bruces en el suelo—. Ayúdame a ponerme de pie.

Con cuidado, Heriberto se agachó y tomó por la mano a *La duquesa*. Ella se sintió como una pluma al ser levantada, con fuerza pero delicadeza, por el apuesto mayordomo. Heriberto la levantó y sintió una descarga eléctrica cuando ella se apoyó sobre su torso al ponerse, por fin, erguida. Estaban muy cerca y su temperatura se elevaba, Heriberto se atrevió a colocar una mano en la cintura de *La duquesa* y sintió quemarse.

—Estás transpirando... —Edda de Braganza sabía que lo manipulaba como un muñeco.

—Es inevitable...

—Vives para servirme, ¿no?

Heriberto agachó la mirada.

—Usted sabe que es así... Haría cualquier cosa que me pidiera; ya lo he hecho en otras oportunidades.

La duquesa describía círculos alrededor del mayordomo.

—Sé que es así, Heriberto; eras solo un niño cuando me probaste tu fidelidad.

—Lo era, pero usted me hizo hombre... sin tocarme, sin más nada que la sombra de su presencia tocando mi humanidad.

La duquesa estaba extasiada con aquel juego. Nada como un adulador para provocar seguridad en momentos de incertidumbre y desconfianza.

—Sabes que puedes ir preso por lo que pasó, ¿no? Yo, obviamente, puedo zafarme de todo con facilidad y dejar que simplemente te pudras en una celda, mientras disfrutaría de mi libertad,

quizás, en Suiza o Bélgica.

Heriberto levantó la mirada y una sonrisa se dibujó en su rostro. Parecía más excitado que preocupado.

—Si me toca pagar por usted, pagaría..., Edda... —Aquel nombre supo a miel en su boca. *La duquesa* se sintió afrentada, pero al mismo tiempo sentía que hervía de placer tras aquel atentado a su grandeza, disminuida en la boca de un plebeyo. Se detuvo frente a él y lo abofeteó sin mucha convicción.

—¡Insolente!

Él la miró con deseo y tragó grueso.

—Lo soy, mi señora, lo soy..., y sé que usted no me dejaría morir en una cárcel...

Ella también lo creía, pero no sabía cómo reaccionaría en momentos de peligro. Ella era como un escorpión: al sentirse acorralada era capaz de cualquier cosa. Sin embargo, sonrió para continuar dando vueltas alrededor de él. Era bueno que él no pudiera leer su mente.

—Debo reconocer que eres mi hombre de confianza... —dijo con voz suave.

—Más que cualquiera de sus vasallos, de sus amantes...

La mujer lo miró y se mordió el labio.

—Eso está por comprobarse... —Se acercó a él y sintió el calor que emanaba del cuerpo del mayordomo.

—Pruébeme... como quiera.

La duquesa sonrió.

—Estás acalorado... Refresquemos tu cuerpo y hagamos una ofrenda al Arquitecto del Universo.

Aquella voz sonó como un relámpago en la espalda de Heriberto, que se encontraba embriagado por el aroma del poder de aquella mujer, cuyo rostro adusto estaba tan cerca que casi podía sentir el aliento en su nariz. Cerró los ojos esperando aquello que había ansiado por años... “Soy suyo”, se dijo mentalmente.

Las manos frías de *La duquesa* erizaron cada vello del cuerpo del mayordomo. Quitó el corbatín negro de su cuello y dejó que se escurriera hasta el suelo; desabotonó lentamente la camisa blanca de Heriberto, la abrió, la quitó y la tiró encima de las bancas de la capilla. Vio el pecho brillantado por el sudor y sintió espasmos en su entrepierna. Tuvo un impulso salvaje de lamer aquella piel, pero se contuvo. Bajó las manos con cuidado, quitó la correa, desabotonó el pantalón del mayordomo y, al tacto, sintió la protuberancia entre sus piernas. Terminó con el pantalón, los zapatos y las medias, y miró desnudo a aquel hombre que se mantenía incólume ante ella. Sonrió y se soltó la camisa despacio, casi torturando al mayordomo, cuyos ojos desorbitados estaban clavados en su humanidad, mientras ella desabotonaba con destreza su brasier y liberaba sus senos. A pesar de la edad, estos se mantenían firmes.

Bajó la falda y sus bragas quedando totalmente desnuda. “No es la primera vez... ni casada” se dijo para sí *La duquesa*, esbozando un rictus en su rostro. Se quitó los zapatos y, descalza, se mostró para su amante. Su piel blanca se mantenía firme en casi todo su cuerpo, que lucía provocativo para Heriberto, a quien se le hacía agua la boca. *La duquesa* se inclinó, se puso de rodillas, agachó la cabeza, cerró los ojos y dijo:

—Gran Arquitecto, recibe esta ofrenda para ti...”

Se puso en pie nuevamente y, apoyándose en los hombros del mayordomo, con fuerza, lo sentó sobre la Cruz de la Orden de Cristo en el suelo de la capilla. El piso estaba helado, pero al mayordomo poco le importó. Ella se sentó encima de él, induciéndolo a la postura del loto del *Kamasutra*. Todo estaba listo y bajo el control de *La duquesa*, como a ella le gustaba que

estuviera, pues siempre debía tener el control en todo. La ofrenda estaba siendo consumada en la propia capilla.

CAPÍTULO XXI

Fados

El taxi rodaba por las calles de Lisboa llevándolo a “un lugar público”, como había solicitado Marcel al chofer, quien pensó que se trataba de otro mochilero sin mucho conocimiento de la ciudad. Marcel no se concentraba sino en todo lo que le había sucedido, y antes de buscar a aquella mujer que había sido pareja de su tío, debía poner en orden sus ideas, cosa que no había resultado sencillo las últimas veinticuatro horas.

“¿Cómo había podido Flavia traicionarme?” pensó en silencio. Miró la pantalla de su teléfono, vio nuevamente la imagen de su tío y sintió que los ojos le escocían. Aquel hombre, el asesino de su padre, había disparado a Alberto Serrá, su amigo y mentor, y él no conocía la suerte de éste; tenía en su poder a su tío, condenándolo a una muerte segura, y todo era culpa de aquella mujer a la que su tío le había recomendado mantener bajo vigilancia en aquella situación. No había creído que fuera capaz de traicionarlo, y mucho menos con el autor de todo aquel ilógico plan de muerte y traición. Miró el estuche negro y sintió desprecio por aquellos papeles. Era increíble que debido a unos papeles que no cambiaban nada, su vida hubiera dado un giro total. La historia seguiría siendo la misma y nadie había debido morir por aquella causa.

Abrió el estuche, buscó los papeles y los leyó de nuevo, ahora sin la ayuda de Flavia, que debía haber disfrutado leyéndolos. No se podía concentrar en ese taxi y no sabía cuáles pasos debía dar. Miró por la ventana y se perdió en la arquitectura de una ciudad que, más allá de su drama, era difícil no apreciar. El taxi dio vueltas sin sentido por ella. Marcel vio la estatua de Don José I, en la Rua Augusta, el Monasterio de los Jerónimos y la Plaza del Comercio (Terreiro do Paço). El taxista lo miraba por el retrovisor, esperando alguna señal para tomar una fotografía, pero él estaba perdido en sus pensamientos.

Suspiró. Le habría encantado sencillamente estar de paseo, entrar a comer, hacer algunas compras y llevarle recuerdos a su padre, un eterno enamorado de Lisboa, a la que, en vida, no tuvo la oportunidad de conocer y que se conformaba con los relatos de Alfredo, quien había vivido y hasta tenido una aventura por esas tierras. “Francisca Darmstadt”, musitó Marcel mirando por la ventana.



—Un día iré yo mismo a conocer Lisboa y no escucharé solo tus historias —David Fowler, algo más joven, tomaba una copa de vino en torno de una mesa. Su hermano Alfredo estaba en un extremo, Marcel, unos años menor, estaba sentado al lado de su tío. En varias bandejas había tiras de jamón serrano y chorizo español, que comían acompañándolos con un pan de costra dura. Ana Sofía Díaz Navas, la madre de Marcel, lucía rozagante y no parecía mostrar señales del cáncer que le había consumido la vida. La mujer abrazó a David y le besó la mejilla.

—Espero que ese día me lleve a mí, profesor... —dijo besando una y otra vez a David. Todos rieron amenamente.

—Pues claro que te llevaré... ¡Escucha! —dijo de pronto. En el fondo de la casa sonaba un fado de Amalia Rodrigues.

Naquele amor derradeiro
Madito e abençoado
Pago a sangue e a dinheiro
Já não é amor, é fado...

—Já não é amor, é fado... —cantó David, sentando a Ana Sofía en sus piernas—. Vamos, Alfredo, cuenta alguna historia, tú que viviste allá. ¡Y hasta el amor encontraste por aquellas latitudes!

Alfredo soltó una carcajada. Abrazó a Marcel, que simplemente parecía disfrutar en silencio de la conversación de los demás.

—Tu papá ha insistido por años en que le cuente mis aventuras por allá.

—Es que usted nunca habla de eso... ¿Desamor? —respondió Marcel con ironía.

—Hijo, las mujeres son un misterio indescifrable. Uno no termina de entenderlas y de saber qué desean de uno. Por eso es mejor vivir solo, que en ese calvario.

—Alfredo, por Dios... Siempre fuiste el más enamorado de la Universidad. Ahora, después de viejo, ¿te quieres enrolar en las filas de los sacerdotes? —Ana Sofía reía aún sentada en las piernas de David.

Alfredo miró a Ana Sofía con cierta pasión, pero pronto agachó la mirada.

—Vamos, cuenta... ¿Le dedicaste algún fado a tu musa lusitana?

—No; a Francisca no le gustaba realmente el fado, prefería la música clásica.

—¿Una portuguesa que no gusta de fados? —preguntó David.

—Trabajo en el periódico con una portuguesita linda, y mira, papá, no le gusta el fado —intervino Marcel.

—No todos tienen la sensibilidad de entender la pasión, el sentimiento de esta música.

David Fowler cerraba los ojos y parecía devorar la canción que sonaba al fondo.

—Pero no a todos allá les gusta el fado. —Alfredo tomó un poco de vino.

—Yo escucho esa música y casi puedo imaginarme en la Alfama y pasearme por las Portas do Sol o Santa Luzia, aquella vista magnífica...



Marcel emergió de sus pensamientos mientras miraba por la ventanilla del taxi. “El Barrio de la Alfama”, masculló entre dientes.

—Disculpe. —Marcel le hizo una seña al chofer del taxi—. Me puede llevar, mejor, al Barrio de la Alfama.

El chofer frunció el entrecejo y acomodó el retrovisor. El taxi se detuvo después de serpentear por las estrechas callejuelas del Barrio de la Alfama. Marcel bajó del taxi y comenzó a caminar y a subir una cuesta algo empinada.

El clima era agradable y de algunos locales se colaba un intenso aroma a cocido de pescado. “Bacalao”, pensó Marcel, que caminaba encontrándose con una parte de sí mismo.

—Señor, disculpe, ¿dónde queda el mirador de Santa Luzia? —Marcel abordó a un señor mayor que descansaba bajo la sombra de un solar.

—Arriba, justo al lado de la iglesia de Santa Luzia, aquella que ves ahí, hijo. —El hombre le señaló un pequeño templo algunos metros más arriba.

—Muchas gracias...

El hombre hizo un gesto tocándose la boina que llevaba puesta.

Marcel caminó junto la Catedral y el Castelo de San Jorge, y en el Largo Santa Luzia vio la pequeña iglesia que el hombre mayor le había indicado hacía un instante. Adosada a la pintoresca iglesia, la más antigua de Lisboa, se encontraba un mirador pequeño, aquel que tanto había querido conocer, en vida, su padre. Los azulejos lucían desconchados en una pared blanca y las buganvillas, aún florecidas, se enroscaban entre sí por encima de la cabeza de algunos turistas que disfrutaban la imponente vista de la Alfama y el río Tajo. Marcel sintió un desasosiego mezclado con una ira que emergía de lo más profundo de sus entrañas. Era difícil no maravillarse con lo que veía. Respiró profundamente intentando calmarse, pues había terminado deleitándose con la vista que tenía ante sí. Por un instante, casi pudo ver a sus padres tomándose fotos, sonriendo, besándose. Sin embargo, todo era un espejismo. Aquella maldita enfermedad había terminado con su madre, y aquellos papeles, con la vida de su padre. Jamás podrían sentir la brisa en aquel mirador; jamás podría su madre recoger las buganvillas secas del suelo y guardarlas en algún libro, como solía hacer, cada vez que viajaba, con cualquier flor que encontraba en el suelo. “Guardar una flor de una ciudad ajena es como guardar un pedazo de su alma, porque sus raíces están clavadas en la tierra, y dentro de ella está el alma de cada ciudad...” solía decirle su mamá.

Durante unos treinta minutos, Marcel se dedicó a mirar la panorámica. Era el primer momento de paz que respiraba desde hacía más de veinticuatro horas. Su vida estaba de cabeza y lo peor era que la culpa era de alguien cercano, lo cual hacía que la herida fuera aun más dolorosa. Las heridas que más dolían eran aquellas que venían de quienes amamos; quizás por eso eran casi siempre las que menos lográbamos dejar atrás. Marcel meditaba sintiendo la brisa golpear su rostro y buscando en su mente un plan a seguir; ahora, más tranquilo, sabía que debía organizar las ideas como para entender si debía buscar a la persona que le decía su tío o arriesgarse e ir a la policía, a sabiendas, eso sí, de que ello podría costarle la vida a su propio tío.

Respiró profundamente y tuvo un arrebató de lucidez. No podía dejar que todo aquello trancurriera en vano. La caminata lo había ayudado a poner en orden algunas ideas. Debía terminar de entender aquellos documentos y para eso necesitaba sentarse en algún lugar, donde, además, estuviera protegido. Sin perder tiempo, pasó junto a la catedral de Lisboa, un edificio con dos campanarios de estilo románico y un inmenso rosetón en su fachada, por cuyo frente pasaba el tranvía. Subió por una estrecha callejuela de piedras y llegó a la puerta de madera de un local que tenía un letrero con una palabra que le era familiar: Fado.

La *Casa d’Alfama* era un pequeño restaurante íntimo del que las notas de guitarra que se colaban por la puerta le hacían, inevitablemente, recordar a su padre. “¿Cómo pudiste, Flavia?” se preguntaba con un dejo de tristeza. Entró al local que parecía una cueva íntima y se sentó en una mesa. Una joven mesera rubia lo atendió.

—Buenas tardes, bienvenido a *Casa d’Alfama*. ¿Algo para tomar? —Marcel entendió el portugués de la hermosa joven y asintió.

—Un vino de mesa, por favor —respondió, sin dar muchas vueltas, Marcel.

La joven apuntó la orden y respondió sonriendo:

—Con gusto.

Marcel le devolvió una sonrisa gris.

La joven se acercó, colocó una copa de vino en la mesa y le regaló una sonrisa. Él miró la copa un instante y decidió darle un sorbo; necesitaba relajar su cuerpo, que pedía a gritos aquella bebida. El vino y un poco de fados lo embriagaban en una atmosfera romántica y nostálgica. Cada letra, cada acorde melancólico de la guitarra del fadista de turno, era como un rasguño a sus

recuerdos, a su corazón lastimado por tantas pérdidas, por aquella última traición. Tomó la copa de vino y miró las parejas a su alrededor. Ellos conversaban amablemente, sin preocupaciones, sin el drama que a él le tocaba vivir en ese momento. El aroma de comida era como una invitación a olvidar todo y dejarse llevar.

Colocó sobre la mesa el estuche que le había dejado su padre y sacó el cuaderno de campo que había pertenecido a aquel prócer de la independencia venezolana que se había enlazado en su pasado y había signado su propio origen.



Maturín, agosto 18 de 1817.

El cerco de la traición se hace angosto en torno de mí. Sé que Bermúdez conspira a mis espaldas y Bolívar; poco a poco, se pierde en sus delirios de grandeza y sucumbe ante las intrigas que vienen sembrando en torno de mí. El veneno del primero sé que está contaminando el juicio del segundo, quien ya traicionó a mi mentor, a mi maestro, al genio y artífice de propagar esos deseos revolucionarios que vivió en Francia y que necesitamos en estas tierras americanas. ¡Grande Miranda, grande maestro y amigo! Buscan mancillar mi existencia como hicieron con la tuya, temen a mi origen, pero mi fidelidad es con la patria, no con los bandos, y eso es lo que no termina de entender Bolívar.

La página amarillenta y aquella caligrafía cursiva parecía haber sido escrita con premura. Marcel continuó leyendo otra página:

“Aquí manda quien puede, no quien quiere.” ¿A qué le teme con esa aseveración? Dios me es testigo de mi corazón comprometido con el mismo proyecto de Miranda, el mismo que defiende Bolívar, pero que se pierde en sus inseguridades y su celo de poder. Nuestra lucha está comprometida en esa vorágine de egos y de liderazgos. Mas sé que mi fidelidad está puesta en entredicho por saberme un mantuano, sí, pero bastardo, mi desgracia y mi marca en la frente como un Caín en estas tierras. Soy visto como un traidor, como un peligro, y mi genio en batalla visto como un potencial polvorín. Estoy vagando por el Oriente sabiéndome perseguido por las intrigas de Cedeño, Soublette y Bermúdez.

Marcel leía con detenimiento cada página.

¡Maldito escudo con su corona y sus dragones! ¿Qué más quieren, además de robar mi origen? Jamás aspiré a nada en tierras lusitanas, nada que no fuera ganado con astucia, valentía y en el fragor de la batalla. La vida es como el campo de batalla, lleno de situaciones inesperadas, sorpresivas. Tanto me hundieron a mí y a mi verdadero padre, pero mi fama trascendió fronteras y sedujo a mis enemigos, en el sur, mi propia sangre. Como serpiente en el jardín del Edén, se arrastraron como han hecho por años, me tentaron en el desierto de mis tribulaciones, porque se saben perdidos desde las invasiones napoleónicas de 1807 que los condenaron, por justicia divina, a perder lo que no era suyo por derecho.

Pero me negué a desmembrar mi tierra y la tierra de mi madre; víctima de las injurias mantuanas, fui tajante en mi fidelidad a la república y mi negativa a cualquier colaboración con la mancillada corona portuguesa. Sé que se cierne sobre mí con el odio que ha sentido desde el día en que mis ojos vieron la luz en Caracas; sé que han contactado a mis enemigos y no sé hasta dónde lleguen las blasfemias sobre mi persona. El odio une, como el amor..., a patriotas y Braganzas.

Marcel se alarmó al leer aquellas palabras. ¿El tío, Juan VI, lo había buscado cuando ya era un

adulto? Consultó en su teléfono la última página del historiador *underground* en la que había encontrado algunas referencias, <http://www.Secretos y complots de la independencia.com>

“Bolívar temió desde siempre la posibilidad de una sociedad, producto de la venganza, entre Juan VI y Piar. El nexo que los unía habría podido lograr dicho acercamiento y que el general terminara adosando territorio venezolano a Brasil. Los rumores de contactos entre Piar y la corona portuguesa, según relatos de la época, fueron constantes. Malas lenguas afirman que el propio Juan VI lo habría confirmado a Soubllette. Sin embargo, no existe ninguna prueba real.”

Marcel pasó su mano por el rostro y sintió una profunda solidaridad con aquel hombre. Manuel Piar había tenido que enfrentar todo tipo de odios, trampas y complots en su contra. Su padre tenía razón cuando decía que Piar había sufrido desde el mismo momento en que había estado en el vientre de su madre. “Su tío intentó que Piar, luego de haberlo condenado a una vida de bastardo, se uniera a él y entregara territorio de Venezuela a Brasil... ¿Cómo se puede ser tan bajo?” Marcel recitaba la historia en voz baja, tratando de unir todos los puntos. Sin Flavia era más complejo, pero no imposible.

Continuó leyendo cada línea, sabiendo que aquellos capítulos jamás habían salido a la luz pública y se confirmaban por primera vez.

Maturín, septiembre 26 de 1817.

No confío en nadie más que en mi leal Timoteo, pero su debilidad es su analfabetismo. Siento que el peligro me respira junto a mis oídos cuando intento conciliar el sueño y mis huesos no consiguen descanso. Sé que la traición está en camino, ya Bolívar dio la orden, y ni en todos mis soldados puedo confiar; el poder seduce y eso ha pasado. Soy una isla en medio de un mar de tormentas, de poderes que sobrepasan mis ideales y mi obra. Siento los pasos del odio pisar mis talones. Solo me queda esperar mi destino con hombría.



La pantalla del teléfono de Marcel indicaba que la batería estaba baja, pero no podía perder tiempo. Abrió Google y escribió la búsqueda que no había hecho: *Timoteo Díaz, Manuel Piar*. La respuesta fue inmediata: Cerca de 119.000 resultados (0,46 segundos). En cada búsqueda reflejada se alternaban ambos nombres unidos por la Historia.

Entonces una página le reveló el resto de la historia que su padre quería que descubriera. Ya había leído de la propia pluma de Manuel Piar el testimonio de la infamia contra él y contra su antepasado.

El soldado analfabeto Timoteo Díaz fue el séptimo testimonio amañado en contra de Piar, una confesión elaborada a su espalda, parte de la confabulación de Cedeño, quién se encargó de armar el escenario para hacer lucir como un traidor a Piar, culpable de sedición, no solo con su genio militar sino por sus nexos, ocultos, con la casa Braganza, en aquellos días, desterrados de Lisboa en su colonia en América, Brasil. Timoteo Díaz desapareció poco después en forma misteriosa de Angostura y nunca más se supo de él.

Sus palabras resonarán en estas tierras como una muestra de su valentía y honor: “Yo nunca he dicho eso; por el contrario, dije que el general Piar era inocente de los cargos que le hacían y sobre los que me preguntaban. Se han aprovechado de que yo no sé leer, para poner en mi boca una sarta de embustes”.

Marcel leyó la carta traducida por Alberto Serrá. Aquella página revelaba la versión que no era reconocida y que le suministraba la prueba irrefutable que limpiaría para siempre a Piar y

Timoteo Díaz en la Historia. Para todo, como decía la página, simplemente, Timoteo Díaz había desaparecido de Venezuela sin dejar rastro. Pero lo que los historiadores no sabían era que Piar había pagado la fidelidad de aquel soldado analfabeta con su seguridad y lo había enviado a tierras británicas, de la que sus descendientes emigraron a España. Marcel tomó el árbol genealógico del que salían los nombres de sus padres, y de todos los descendientes de aquel valiente soldado, y sintió que el pecho se le oprimía. Habían guardado por siglos el secreto del hombre que había sido mancillado, al igual que Piar, por aquella traición.

Muchas de las páginas que abría Marcel reflejaban, según la versión oficial, que Timoteo había traicionado a Piar. Las dudas se agolparon en la cabeza de Marcel.

Canto da nossa tristeza
Choro da nossa alegria
Praga que é quase uma reza
Loucura que é poesia
Um sentimento que passa
A ser eterno cuidado
Em razão duma desgraça
E assim tem de ser, é fado.

Marcel, que se encontraba sumido en sus pensamientos y con la mirada absorta en aquellos documentos, sintió que su corazón se apretaba ante tal estribillo. No sabía mucho de fados, pero esa canción, a la que nunca le había puesto cuidado, era la misma que su padre escuchaba, aquella con la que soñaba estar justo donde él, en ese momento, estaba sentado.

—Disculpe, ¿cómo se llama esa canción? —le preguntó Marcel a la joven camarera.

—Se llama *Fado dos fados* —respondió ella en caste-llano.

—Es hermosa...

La joven sonrió.

—Y pasional. ¿Habías escuchado un fado antes?

—Sí, aunque en su momento, no lo tomes a mal, me pareció terrible...

La camarera rio.

—Suele suceder... No a todos les gusta, pero para mí es la vida. Es como estar dentro de una historia en una historia. Algunos dicen que esta música nació acá, muy cerca de donde estamos, en el castillo San Jorge, hace varios siglos, cuando los árabes dominaban estas tierras. Otros dicen que nació en el mar, porque nuestro pueblo tiene sus raíces como anclas en el mar, y dicen que por eso es suave, nostálgico, como se balancea una nave en el océano. Pero lo cierto es que refleja desamor, anhelos, decepción, traición...

—Creo que hoy es como todo lo que padezco en este momento...

La joven soltó una risa.

—Wow; entonces saldrás de acá a media noche... —La camarera rio nuevamente.

Marcel buscó algo en su bolsillo.

—Realmente... ¡me encantaría!, pero no puedo perder tiempo. Debo ir a este lugar. —Marcel le dio el papel con la dirección que Alfredo le había dictado.

La joven leyó la dirección.

—Estamos algo lejos. Pero puedes llegar fácilmente. Realmente yo vivo muy cerca. Si puedes esperar un rato, mi turno termina y te llevo.

—¿No es mucho abuso?

—Es nuestro deber ayudar al turista.

—Ya veo que lo tomas en serio... ¿Cómo hablas tan buen castellano?

—Ya te dije: es nuestro deber ayudar al turista.

Marcel rio.

—Excelente, entonces...

La camarera miró hacia la barra, desde donde le hacían una seña.

—Te dejo por un momento; así puedo ayudarte. Ya vengo. —Ella sonrió y se alejó para atender otra mesa.

Marcel continuó escuchando en silencio las canciones que interpretaban los fadistas y sintió nostalgia por sus padres, preocupación por su tío y una fuerte rabia, que le hacía doler el corazón, por sentirse traicionado por Flavia. Tomó un poco más de vino, miró los documentos y sintió orgullo. Se sentía avergonzado por haber temido siempre que se conociera su lejano nexo con el continente americano, pero ahora su manera de pensar había cambiado radicalmente.

Guardó los documentos en el estuche, buscó un sanitario e hizo aquel ritual de aclarar las ideas: apoyarse en el lavamanos, mirarse en el espejo directamente y lavarse con agua fría. No necesitaba nada más en ese momento y lo sabía. Sin embargo, su certeza estaba más apoyada en ímpetu y orgullo que un arrebató de entendimiento. Su padre le había procurado el camino más largo y complejo y las dudas continuaban emergiendo tras cada paso. Una de ellas era la que había emergido tras leer el teléfono de Flavia: ¿Aún los Braganza conspiraban y era capaces de matar por aquel secreto? Juan VI había dejado una simiente de venganza, de traición, que había esperado agazapada para atacar a su familia, y lo había hecho hiriéndola de gravedad.

Al salir del baño buscó con la mirada a la camarera que le había ofrecido ayuda. Estaba conversando con alguien en la caja del restaurante. Buscó en su billetera y se dio cuenta de que no cargaba mucho efectivo; dejó lo estricto para pagar el vino y salió a la calle. Luego de estar por un instante parado en la entrada, la camarera salió.

—Es hermoso... —dijo Marcel mirando a la nada.

—España también lo es... Eres español, ¿no?

—Sí, y ciertamente mi país es hermoso, pero me gusta esta ciudad...

—Tiene su encanto.

—Eso es innegable.

La joven terminó de acomodarse el cabello.

—¿Nos vamos, entonces? —preguntó con una sonrisa. Llevaba un morral y el cabello rubio recogido con una moña sobre su cabeza.

—Si... no te dejé propina es porque no está muy bien mi economía.

La camarera rio una vez más.

—Esperemos que no todos los turistas estén igual que tú.

—Esperemos que pueda volver y pagar propina en otra ocasión.

—Ojalá entonces. Vamos... Por cierto, María Ferreira, es un placer. —La joven estiró la mano.

—Marcel Fowler... El placer es todo mío.

CAPÍTULO XXII

Inestabilidad

La duquesa salió de la capilla y subió a la quinta. Estaba transpirando y sus cabellos se habían adherido a la piel de su rostro. Subió con cierta cadencia hasta la quinta *Da Regaleira*, ingresó en ella y, luego de recorrer un pasillo, entró al baño, se quitó la ropa frente al espejo y se vio directamente. Se acercó a su reflejo y lo empañó con la respiración. Pasó el dorso de la mano y sonrió para sí misma. “Edda de Braganza... Esa soy yo, la última Braganza digna de llevar el apellido” se dijo a sí misma y sus ojos se inundaron de lagrimones que terminaron por correr su maquillaje y dejar dos manchas negras, escurridas del delineador, en sus mejillas. Soy capaz de cualquier cosa, de lo que sea, por mantener el honor de un apellido honorable, un apellido que no debería estar en el chiquero donde se encuentra... Malnacidos rebeldes, ¡qué desgracia la ineficiencia de Manuel II! No tenía una mujer como yo a su lado... De haberla tenido, el 5 de octubre no sería día de duelo, día de reminiscencias de un pasado glorioso y de un año fatal, 1910, la caída de nuestra gloria.”

La mujer se miraba con los ojos desorbitados y, aunque se había quedado en silencio, sus labios se movían como si murmurara algo. “Soy una reina, soy una reina, soy una reina...”, repetía mirándose en el espejo y en voz baja, y a medida que lo hacía, subía el volumen de su voz hasta que esta terminó convertida en gritos. Heriberto, que acababa de entrar al palacio, terminaba de vestirse y, al escuchar los gritos, se precipitó a la puerta del baño y llamó:

—¡*Duquesa!*, ¿está usted bien?

No hubo respuesta del otro lado.

—¿*Duquesa?* —dijo acariciando la madera tallada de la puerta y con la mejilla apretada a la misma.

—¡Vete! —gritó ella desde el interior del cuarto de baño. “Crean que necesito un hombre... ¡Imbéciles! Piensan con los pantalones; por eso la Historia está plagada de errores, de caos, de derrotas... Si las mujeres tuviéramos el poder, nada de eso sucedería.”

La duquesa abrió el grifo de la bañera y dejó que esta se llenara con agua caliente que emanaba vapor inundando toda la habitación. Ella caminaba por esta y luego se introdujo en la bañera para pensar. El sonido de su teléfono celular y la vibración del aparato la sacaron de sus pensamientos. Salió de la bañera e inundó el suelo de agua; hurgó en la ropa y encontró el teléfono. Un nombre familiar titilaba en la pantalla, y en el rostro de Edda de Braganza se dibujó una sonrisa.

Contestó la llamada y su rostro se iluminaba tras cada minuto de mensaje que su mente procesaba. Todo estaba saliendo a la perfección. Guilló, con ayuda, en la práctica, tenía la situación bajo control y aquel asunto, aquel molesto asunto, se hallaba a punto de estar muy cerca de ella. La ayuda ya había llegado a Lisboa y en breve estaría con ella, para ayudarla a terminar con el hijo de aquel molesto y displicente profesor que había sentido el peso de jugar con poderes que traspasaban la mente y el entendimiento humano.

—Mantenme al tanto de todo —fue lo último que dijo. Cortó la llamada y miró el aparato. Lo lanzó sobre la ropa en el suelo y se saboreó. “Soy elegida del Arquitecto Universal”, se dijo a sí misma *La duquesa*.

Edda de Braganza buscó en una gaveta del mueble del baño y sacó una daga de mango dorado

cuya empuñadura era la cabeza de un dragón. Una vez más se metió con lentitud en la bañera, su cuerpo lo cubrió el agua tibia y se sintió relajada. Veía con detenimiento aquella filosa arma. “La daga de mi esposo —dijo *La duquesa*—. Odiaba que la usara para esto, el muy cobarde.” Pasó la lengua por la hoja filosa y sintió el frío de la plata y su sabor en el paladar.

Jugueteó con la daga una y otra vez y pasó la punta por la palma de su mano. Al comienzo solo dejaba una marca rojiza en la piel blanca de esta, pero a medida que la apretaba contra la mano, un dolor comenzó a mover las fibras de su piel y a darle el placer que solicitaba y que solo ella misma sabía darse. Con suavidad dibujó una *B* en su mano, por la que se escurrían los hilos de sangre que goteaba en la bañera, arremolinándose con el agua. “Todas las culturas han admirado la sangre, todas saben que es el río rojo de la vida, el rojo del pecado, de la traición...” *La duquesa* miró los hilos de sangre y sonrió; acercó su boca a la palma y pasó su lengua por la sangre sintiendo su sabor ferroso. “Recuerdo la primera vez que el tonto de Pedro João... —la mujer vaciló un instante— ... de Braganza me vio hacer esto en esta misma bañera...” —La mujer se escurrió por la pared de la bañera y se sumergió bajo el agua.



—¡Edda, por Dios! ¿Qué estás haciendo? —Pedro João de Braganza había entrado a la fuerza en el cuarto de baño y había encontrado a su duquesa con la mano extendida fuera de la bañera goteando sangre y su cabeza colgando semidesmayada.

En un arrebato de desesperación, el duque había sacado a la mujer desnuda del agua. El cuarto de baño estaba lleno de velas encendidas y la mujer había bebido un vino al cual le había echado barbitúricos de un frasco caído junto a la bañera.

El duque, un poco más joven que su representación en el cuadro de la sala, llevó a la duquesa hasta la cama, la acostó y llamó al antiguo mayordomo para traer un botiquín de primeros auxilios.

Curaron la mano de la mujer que se había cortado con la daga que le había pertenecido a su abuelo y que su padre le había obsequiado.

—Benedito, cuida a la duquesa. Debo hacer unas llamadas. —El duque se mostraba compungido y algo desorientado. Desde hacía varios años su mujer había comenzado a mostrar síntomas inequívocos de esquizofrenia y de un estado de disociación con la realidad, pero había querido hacer caso omiso a sus propios conocimientos profesionales.

—No te vayas, João ... —La duquesa había reaccionado antes de que saliera de la habitación.

—Edda, estás muy débil. No hagas esfuerzos.

—El duque tiene razón, mi señora... —Benedito, el ma-yordomo, estaba junto a la cama.

—Sal de la recamara, Benedito... —La mujer se había medio levantado y miró con poco ánimo al mayordomo.

—Pero, señora, debo terminar de acomo...

—¡He dicho que salgas! —La duquesa gritó con el rostro colorado.

El duque se sentó al borde de la cama y la abrazó.

—Calma, por favor, calma... Él solo quiere ayudarte tanto como yo. —El duque le hizo un gesto al mayordomo y este salió del cuarto.

—Estoy a la orden, señor.

—Gracias.

La mujer respiraba aceleradamente.

—Sabes que no gusto de él...

—Lo sé, pero solo trata de ayudar como yo. Además, fui yo quien le dijo que me ayudara acá en la recámara.

—Quiero que se vaya de la casa... No lo soporto; sé que murmura por detrás de las paredes, que husmea con su inmensa nariz en nuestra intimidad, como un perro, arrastrándose...

El duque guardó silencio.

—No voy a despedir a Benedito... Es un empleado fiel y dedicado.

—Siempre estás contra mí, en contra de tu familia, de tu apellido...

El duque apretó los labios.

—Edda, sabes que no es así; simplemente, no puedo consentir la injusticia.

—¿Injusticia? Injusticia es tu falta de dedicación para con los tuyos, esa dejadez.

El duque soltó a su esposa.

—¿De qué hablas, Edda? —El duque se mostraba contra-riado.

—Hablo de todo. ¿Crees que me salvaste en la bañera? Hacía un pacto de sangre con el Arquitecto Universal para que nos ayude a revivir la gloria, nuestra gloria...

El duque se levantó de la cama y miró a Edda con desdén.

—¿Insistes en esa locura?

—¿Locura? Locura es despreciar la gloria que corre por tus venas, traicionero.

El duque se abalanzó sobre la duquesa, la tomó por los hombros y la sacudió con fuerza.

—¡Reacciona, Edda! ¡Poco me importa el pasado o lo que fue mi familia! No te imaginas las cosas atroces que hicieron, como todas las monarquías, para llegar al poder. Mi apellido está escrito con sangre, con el sufrimiento de mi gente...

—¿Tu gente? ¡Tu gente eran reyes, príncipes, princesas, reinas!... Ahora somos una caricatura.

—Edda, por favor... Deja de mirar al pasado, deja esos delirios de grandeza.

—Si hubieras vivido en 1910, seguramente te hubieses alineado con los rebeldes, con los afrentadores de la Corona... ¡Perros!

La mujer escupió al duque en su saco.

—Definitivamente, estás enferma... Los libros de la biblioteca sobre la familia te enloquecieron.

—Pasó lo que debía pasar, y más bien la vida fue indulgente con nosotros; tenemos más de lo que deberíamos.

—Traicionero..., ¡traicionero!... —gritaba ella desde la cama.

—Estás enferma, Edda...

—Enfermo eres tú..., pero el Arquitecto, ese que afrentaste al contarme los secretos de tu logia, en nombre del amor, está a mi favor y me dirige. El amor te hace débil... Yo te hubiese entregado a un castigo ejemplar. El ejemplo entra por casa.

Hubo un silencio en la habitación y el duque se dirigió hacia la puerta.

—No voy a discutir contigo, Edda.

—No lo hagas... Te amo.

De un portazo, el duque salió del cuarto y la duquesa subió la sábana y se tapó la sonrisa. Soltó una carcajada con la mirada perdida en la nada. “Ese mayordomo se irá..., ya lo verás.”

El agua se agitó y la duquesa emergió del agua de la bañera tomando una bocanada de aire. Se pasó la mano por la cara y colocó la daga en el suelo, fuera de la bañera. “Y así lo hice, logré que se fuera... Lo impliqué en un delito, lo botaste y trajiste a tu joven verdugo.” La

duquesa sonrió.

CAPÍTULO XXIII

El secreto de Marcel

El viaje desde Lisboa por la IC19 había enmudecido a Marcel, que estaba absorto mirando por la ventana. Aquel era un viaje de apenas veinte minutos, normalmente, pero esa tarde parecía congestionado. Su mente, aunque iba acompañado, se hundía por momentos en los acontecimientos de las últimas treinta y seis horas, en las que su vida había cambiado de manera dramática y su destino parecía ir camino a un precipicio.

—Este viaje no siempre es así... —María Ferreira, la joven camarera que había conocido en Lisboa y que le servía de guía, devolvió a Marcel a la realidad.

—Tranquila, no te preocupes. No sé, siquiera, adónde me dirijo, y no sé si apresurarme sirva de algo.

María lo miró con desconcierto.

—Eres un tipo misterioso, ¿no?

Marcel rio.

—Para nada: el hombre más transparente que puedas conocer.

La joven lo detalló completamente y, aunque lo negaba, sabía que Marcel ocultaba algo.

—¿Qué trae a un español hasta estas tierras tan lejanas, y solo? ¿Dinero, mujeres, turismo? ¿O eres un asesino en serie?

Marcel volvió a soltar una carcajada.

—Ninguna de las cuatro opciones. No soy Jason.

—¿Entonces? Sé que me estoy pasando de entrometida.

—Tranquila... Si no lo hicieras, fueras muy confiada.

La chica rio, pero Marcel se mantuvo con el rostro adusto.

—No soy confiada, pero me diste buena vibra.

—¿Qué bueno! Lo único que te puedo decir es que soy periodista. Trabajo en un diario en Barcelona...

El rostro de la joven se iluminó.

—¿Vienes entonces a hacer un reportaje?

—Me gustaría. Creo que, si estoy vivo mañana, volveré para escribir sobre Portugal.

María esbozó una sonrisa.

—Bastante fatalista..., ¿no crees?

Marcel sintió ganas de contar todo lo que le sucedía, pero sabía que era peligroso involucrar a alguien más en aquella historia. Hasta ahora nada había salido como lo esperaba, y transitando por aquella carretera incierta, menos tenía la certeza de nada. Así que prefirió desviar la atención.

—Un poco, pero estemos claros de que lo único seguro que todos tenemos es el boleto de ida sin retorno.

—Es cierto —María miró por la ventana—. Mis padres murieron cuando yo era una niña. Creo que le perdí el miedo a la muerte desde entonces. Creo que las cosas se ven distintas y que una parte muere: la capacidad de sentir, de interconectarse con otras personas. Mi vida fue muy solitaria, de casa de una tía a otras; luego la de mi abuela, y finalmente me fui a vivir sola apenas conseguí un trabajo.

—Interesante reseña... —Marcel la miró con un rictus en sus labios.

María se peinó con los dedos un mechón de cabello tras la oreja y miró a Marcel.

—Disculpa que te cuente mi historia así como así. Fue lo que dijiste, lo del boleto sin retorno, como lo único seguro que tenemos en nuestras vidas.

Marcel se sintió comprometido.

—¡Oh, no!, tranquila... No me molestas para nada; además, sé cómo se siente... —alcanzó a decir intentando no hacer sentir mal a la joven camarera—. Mis padres también murieron, aunque yo no era un niño. Mi madre, hace dos años, y mi padre, hace un día y medio.

—¡Cuánto lo siento...! —María colocó la mano en el brazo de Marcel, y este se sintió feliz por un instante. Era bueno que alguien no lo amenazara con un arma o lo traicionara en aquellos momentos.

—Tranquila; digamos que estoy aprendiendo a vivir con eso... No es muy nuevo para mí.

—Te entiendo...

Una vez más se perdió en aquellos paisajes, en aquel bosque exuberante.

—¿Cómo se llama esta zona?

—Estamos cerca del Parque Natural de Sintra-Cascais, un lugar hermoso, realmente único. Pero a unos quince kilómetros se encuentra otro tesoro que debes conocer si tienes tiempo: Colares, con sus playas hermosas y sus acantilados... ¡Magnífica!

—Eres toda una guía turística.

María se sonrojó.

—Si uno no quiere lo que es suyo..., ¿quién lo va a hacer? Las naciones se hacen grandes cultivando el sentido de pertenencia.

—Es así... —consideró Marcel.

—Tú lo debes saber. Barcelona es magnífica.

—Lo es... —Marcel miraba hacia adelante. Aunque la conversación era amena, de pronto se sintió tenso. Debía definir, y quizás lo mejor era llegar lo más pronto posible y buscar a la amiga de Alfredo, quien justo en aquel momento corría peligro de vida “si aún está vivo”, pensó Marcel, y sacudió la cabeza para intentar disipar aquellos oscuros pensamientos—. ¿Crees que nos demoremos?

—Déjame preguntarle al chofer.

María le preguntó al chofer y este respondió:

—Este tránsito no es normal, pero, según radiaron, un accidente en la carretera hace imposible el paso. Debemos esperar hasta que liberen el tráfico.

—Entonces debo esperar con calma... —Marcel lo dijo en voz alta, pero era más como una orden indirecta a sí mismo.

—Nos nos queda opción. De verdad lo siento... —dijo cortésmente el taxista.

Marcel apretó los labios; miró el estuche y luego la ventana.

—¿Estás bien? —preguntó María.

—Sí, solo que me siento algo ansioso por llegar.

—Pues me has transmitido tu ansiedad: yo también lo estoy ya.

—Disculpa... —Marcel se excusó.

—Tranquilo; más bien le has dado una aventura a mi vida hoy...

Marcel la miró en silencio y le regaló una sonrisa obligada.

En ese momento su teléfono sonó una vez más y el sonido lo erizó. Tomó el aparato, leyó la pantalla y reconoció el nombre. Contestó la llamada de su tío.

Una voz carrasposa habló al otro lado de la línea.

—¿Dónde estás, niñito? Espero que no estés jugando conmigo...

—No estoy jugando...

María continuaba mirando por la ventana sin percatarse de que Marcel sudaba a chorros.

—La vida de tu tío está en juego... ¿Quieres recogerlo a él también, como a tu padre? Si no quieres seguir las vísceras de tu tío como un hilo por las calles, espero que colabores, hijo de puta.

Marcel sintió que nacía un odio en sus entrañas.

—Ni siquiera sé si está vivo...

Una risa macabra sonó al otro lado.

—¿Quieres una prueba?

—Sí...

Hubo un silencio en la línea y luego un ruido como si algo se cayera. Una respiración lenta y forzada se escuchó de pronto.

—Marcel..., Marcel...

—¡¿Tío?! ¡¿Estás bien?!

María, que miraba por la ventana, se volteó y observó que Marcel lucía nervioso.

—Marcel, ¿estás bien? Estás sudando... —María lo miraba con ansiedad.

Ambas miradas se encontraron y ella supo que algo no estaba bien.

—Marcel..., ¡olvídate de mí, haz lo que te dije y busca a Francisca!

Un golpe seco sonó al otro lado del teléfono y Marcel volvió a escuchar la voz de Guilló:

—¡Ustedes lo buscaron; definitivamente, los Fowler son idiotas suicidas, como tu padre! No me ignores, niño, o ya sabes de lo que soy capaz.

La llamada se cortó.

Marcel temió, una vez más, lo peor para el hermano de su padre, pero no tenía salida, se encontraba en una disyuntiva. Se mantuvo en silencio como aislado mientras María le hablaba sin que él entendiera, si quiera, una palabra, estaba absorto. Respiró, sabía que la orden de su tío era clara: debía seguir el plan y, pasara lo que pasara, encontrar a aquella mujer, Francisca Darmstadt, quien parecía convertirse, tras cada paso, en la luz al final del túnel.

Los ojos de Marcel estaban rojos.

—Marcel... ¿Qué sucedió? Y no me vayas a decir que nada... Te acabo de conocer, pero sé que algo sucedió y es grave.

En ese momento Marcel no supo qué contestar, pero decidió intentarlo. Cada músculo de su cuerpo experimentaba una explosión de sensaciones. La voz de Guilló lo había dejado en un estado de *shock* del que le costaba salir. Sucumbía a su humanidad que, aunque alerta, se mostraba fuera de sí. Se saboreó la boca, intentando humedecer su lengua seca, carrasposa, y con un extraño sabor amargo que invadía cada papila gustativa.

—Si te dijera que a mi padre lo mataron hace unos días por un secreto de más de dos siglos, y que mi tío está a punto de morir por lo mismo..., ¿qué dirías?

El silencio fue completo. María no supo qué decir. Las bocinas de los autos sonaban afuera en forma histérica.

—Sé que no es una broma porque tu estado no da para eso...

—Quisiera ya que todo fuera una broma...

Ninguno dijo nada. María parecía asimilar las palabras de Marcel.

—¿Qué secreto puede ser tan importante como para que sucediera eso?

—Quizás; esa es la pregunta a la que no le encuentro respuesta. Ciertamente, es un secreto grave, pero la realidad es que no sé el porqué.

María lo miraba fijamente y se aseguraba de que el chofer no estuviera escuchando.

—¿Y ese secreto puede poner en riesgo mi vida si me lo cuentas?

Marcel sabía que aquella muchacha de mirada penetrante estaba dispuesta a escuchar lo que él tuviera que decir. Pero no era justo exponerla a eso.

—A estas alturas... me han apuntado dos veces con un revólver en las últimas veinticuatro horas. Creo que sí. Creo, más bien, que hice mal al aceptar tu ayuda...

—Soy mayor de edad y me sé defender... No te arrepientas de nada.

Marcel esbozó una sonrisa.

—Por ahora te tengo una noticia... —dijo María con un rictus en su rostro.

—¿Cuál?

—El tráfico se liberó...

El taxi pasó justo al lado de un accidente en la carretera y se liberó tras dejarlo atrás.

CAPÍTULO XXIV

Buscando a Francisca Darmstadt

Al bajar del taxi, las aceras con adoquines recibieron a Marcel. Callejuelas estrechas y gran cantidad de personas entrando a las tiendas abarrotadas de curiosidades se separaban y se volvían a unir en todas las direcciones. Una amplia plaza llena de cafés, se explanaba ante Marcel, que miraba todo como presa de un estado de somnolencia. Las antigüedades invitaban a los turistas desde las vitrinas, así como los cafés y pequeños restaurantes donde los viajeros hacían sus días sin preocuparse. Marcel sintió celos. María lo guio y ambos se sentaron en la mesa de un café. Ella no terminaba de entender lo poco que él le había dicho, pero tenía la certeza de que era importante conocer algo más de aquella historia.

Ambos se sentaron en un pequeño local con sombrillas y mesas que parecía el lugar perfecto para hidratarse y pensar con claridad. Marcel miraba y sentía un sabor amargo en su boca; era como un estado onírico en el que los pensamientos y recuerdos podían ser tan dolorosos como piquetes de abejas. En una mesa contigua, una pareja de señores conversaba amenamente con quien parecía ser su hijo: un joven con una edad como la de Marcel, que estaba acompañado, “o por la novia o por la esposa”, pensó Marcel. El sabor a hiel en su boca no se disipaba. Sintió náuseas y un poco de mareo; no sabía si era el hecho de no haber comido y de que los jugos gástricos invadían su paladar en busca de algo que consumir, o si era la amargura de saber que esa pudo haber sido su vida y que así podía haber estado justo en aquella pequeña ciudad lusitana, pero su presente estaba en tinieblas, en la incertidumbre.

María ordenó dos bebidas gaseosas porque Marcel estaba distante mirando hacia todas las direcciones. Sus ojos se quedaban fijos en algunos detalles y ella anhelaba saber qué pensaba aquel misterioso periodista que acababa de conocer. Le inspiraba confianza y una necesidad de ofrecerle ayuda. No lo entendía, pero así era. Quizás era solidaridad humana, quizás lástima, pero la realidad era que, aunque fuera peligroso, quería implicarse en aquel caso.

—¿Qué piensas, Marcel? ¿Qué vas a hacer?

Marcel no respondió de inmediato.

—Ahí está la dirección... Debo buscar a esa mujer, Francisca Darmstadt, y ver cómo me ayuda. Luego no sé qué viene.

—Ese nombre me parece conocido, pero no recuerdo bien... Tengo la impresión de que ya lo he escuchado.

—Ojalá mi tío haya tenido la razón. Es mi única esperanza. Si ella no me ayuda, sencillamente buscaré a las autoridades.

—¿Por qué no lo hiciste desde un principio?

La respuesta pareció no fluir con rapidez. Marcel vaciló.

—Por proteger a quien me traicionó y salvaguardar a quien hoy está en peligro.

—No entiendo, Marcel... Por favor, dime, ¿qué ha pasado este tiempo? ¿Por qué estás aquí?

Marcel miró hacia la calle por donde pasaba un niño con una camiseta de la selección de fútbol de Portugal. Vio un auto de color negro, un Volvo clásico, el cual pasó justo al lado del niño, casi llevándoselo por delante mientras este caminaba desprevenido.

Marcel vaciló, pero se sentía ahogado. Respiró profundo y luego de vacilar retomó las palabras. En ese momento, contar las cosas le servía como una manera de poner todo en contexto.

—Mi madre descende de un hombre que luchó al lado de un prócer de la independencia de Venezuela que era hijo ilegítimo de Francisco de Braganza en una aventura que este tuvo por ese país. Tanto la familia de la madre del hijo como la corona portuguesa no permitieron que el niño fuera reconocido como hijo de Francisco, porque este había muerto a manos de Juan VI y representaba un problema para los planes que este finalmente consiguió concretar, es decir, ser rey...

María lo miró con cierta extrañeza.

—Pero esa no es la historia, Marcel. José Francisco de Braganza murió de viruela, no asesinado; por eso su madre, la Reina, enloqueció, y su hijo, Juan VI, ascendió al poder.

Marcel sonrió.

—Esa es la historia que escribieron quienes vivieron... Pero si te dijera que tengo una serie de documentos originales, incluyendo una carta de la propia reina, alertando a este prócer sobre la realidad, ¿qué opinarías?

María quedó estupefacta.

—Diría que tienes una bomba... Cambiaría la Historia, y existiría la duda acerca de lo que habría pasado, si...

—Exacto.

—¿Pero me quieres decir que alguien mató a tu padre, intentó matarte a ti y te persigue por eso?

Marcel la miró a los ojos con las manos temblorosas por los nervios.

—Sí... Suena loco, pero es así. Por eso un hijo de puta tiene secuestrado a mi tío, la única familia que me queda, y amenaza que lo asesinará si no le doy los papeles que demuestran que la historia que te acabo de contar es seria. Y lo peor es que dudé de él, me mostré desconfiado de su fidelidad, y todo por confiar en una supuesta amiga... Fue ella quien nos traicionó a todos. La misma persona que me acompañó desde el principio de todo esto..., una alumna de mi padre: Flavia.

La muchacha miró todo alrededor y volvió a buscar el rostro de Marcel.

—Debiste buscar a la policía, Marcel; tú no puedes resolver esto...

—Si busco a la policía lo perderé todo...

—Es verdad. Si esta gente asesina por eso, no dudarán en matarte, a ti y a todos quienes estén relacionados con el tema...

María hizo una pausa. Sentía aceleradas sus pulsaciones y quizás miraba todo desde una perspectiva más simplista y clara que la de Marcel. Respiró profundamente. Era normal: ella no vivía la situación, aunque ahora estaba empapada en el asunto y entendía por qué Marcel se había resistido a hablarle sobre el tema.

—Mi tío me dijo que no desistiera, que buscara a esta mujer y que ella podría ayudarme. No tengo más opciones. No voy a retroceder; ya es muy tarde.

La mano de Marcel sintió el roce de la mano de María y se sintió relajado por un ínfimo instante.

—Pero hay cosas que no entiendo... —María continuaba procesando con la mayor rapidez posible la información que le acababa de dar Marcel—. Más allá del impacto a nivel histórico que me acabas de exponer, no cambiaría nada: aquí no hay monarquía desde hace más de un siglo, y sus propiedades son museos. Es como la leyenda urbana que dice que Hitler murió en alguna parte de Bariloche, en Argentina, y no en su *bunker*, como cuenta la Historia. Es un escándalo, ¿pero qué cambiaría? ¿Crees que ese es el motivo verdadero?

Viéndolo desde esa perspectiva, nada tenía sentido. Marcel vaciló.

—No sabía que te gustaba la Historia, María... —Marcel sonrió por un par de segundos, pero rápidamente se disipó la mueca de su rostro.

—No mucho. Por las noches me gusta navegar y navegar por Internet. Viajo por el mundo desde mi *ta-blet* ya que mi sueldo no da para muchos viajes.

—Un día te llevaré a España, ¿y por qué no?, a la tierra de mi antepasado.

—Dios y la virgen de Fátima te oigan...

Ambos sonrieron como si nada de aquello sucediera en la realidad. Pero no era así.

—Retomando lo que decías... No sé cuántos descendientes de los Braganza estén con vida; puede haber muchos diseminados por el mundo. Pero sé que hay uno vivo y que es capaz de asesinar a quien sea, aunque no entiendo la finalidad de sus actos.

El vaso de la bebida gaseosa con gas borboteaba cansinamente frente a Marcel, quien levantó el vaso y dijo con ironía...: “Salud, por la casa Braganza”, y bebió un sorbo. María tomó también un sorbo de la suya.

—Debe haber muchos Braganzas; no todos optarían al trono si la monarquía aún estuviera..., pero no los veo como asesinos agazapados queriendo evitar que algo como esto salga a la luz.

—Tampoco lo habría creído si no hubiera visto morir a tantos y hasta tanta traición en las últimas horas. Ahora debo buscar a esta mujer, Francisca, y sencillamente esperar... No me queda otra opción.

El mesonero pasó al lado de ellos y Marcel lo miró con cara de pocos amigos. María notó que Marcel estaba mostrando señales inequívocas de paranoia.

—Te acompañaré, no estarás solo...

—Lo siento, María; no puedo dejar que te involucres en algo tan peligroso... No sería responsable de mi parte.

—Quieras o no, te acompañaré. No estás solo...

Marcel vaciló, pero se sintió con un ánimo repentino.

—Sé que intentar persuadir a una mujer es casi imposible...

—Y una portuguesa, mucho más...

María sonrió, se soltó el cabello y se lo recogió hacia un lado, dejando a la vista su cuello blanco y llamativo.

—De acuerdo...

—De acuerdo —repitió María, que no pensaba desistir en cuanto a ayudar a Marcel, y le tomó la mano de la mesa.

Ambos sintieron una corriente cruzando por su cuerpo.

—Debo ir al baño un momento —dijo Marcel, que se levantó mirando hacia todas las direcciones con cierta desconfianza.

Marcel se levantó y entró al pequeño local donde sonaba un fado como fondo musical. Entró al baño, cerró la puerta, se miró en el espejo y repitió su ritual de autofortalecimiento. Luego de un par de minutos, se lavó la cara con agua fría y salió a buscar a María en la mesa. Debía pagar la cuenta e ir a buscar a aquella mujer.

María estaba de pie y esperaba a Marcel, ya con la cuenta paga.

—Yo iba a pagar... —dijo Marcel.

—Ni propina me diste —María rio.

Marcel no supo qué decir.

—Tienes razón..., ya te pagaré un día.

—Por ahora, señor, vamos a tomar un taxi y a buscar a esta señora Darmstadt.

Por un momento, todo parecía caminar medianamente en orden.

CAPÍTULO XXV

La muerte del duque

Pedro João de Braganza se encontraba sentado en la biblioteca del Palacio da Regaleira. Miraba los libros apiñados y sintió que todo aquello no había sido suficiente para salvar a su amada Edda Hesler, o Edda de Braganza, como a ella le gustaba que la llamaran. Las causas de la esquizofrenia aún eran un misterio para psiquiatras como él, aunque la mayoría de sus síntomas ya habían sido plenamente esclarecidos. Los episodios psicóticos tempranos, en el caso de la duquesa, habían marcado su matrimonio, su amor. La duquesa había mostrado señales inequívocas de la enfermedad desde su juventud, señales en aquellas pequeñas cosas que todo ser humano podía hacer y de las que ella parecía distante. Su amada esposa había dejado de pensar con fluidez y con lógica; ya no experimentaba sentimientos hacia otras personas, incluyéndolo a él, y en sus delirios de grandeza y de poder, él personificaba a un cobarde traicionero a su estirpe real.

El duque estaba sentado en un escritorio cuando Heriberto, el nuevo mayordomo que su esposa había aceptado para trabajar en casa, irrumpió en la biblioteca llevando una bandeja con una botella de brandy y una copa. El duque lo miró.

—Muchas gracias, Heriberto... Me hace falta una copa. —El duque, bastante envejecido, sonreía.

—Para servirle, duque.

—Por Dios, no me llames así... Simplemente, Pedro, ¿sí?

Al mayordomo no parecía agraderle la orden del duque.

—Como usted mande... Pero su grandeza no se puede negar.

El duque entornó los ojos.

—Heriberto, eres un chico joven, quizás te falta por vivir, pero no hay grandeza en este tema. No soy de la realeza y, de verdad, diera lo que fuera para no ser un descendiente de los Braganza.

El joven mostraba cierta molestia en su rostro.

—Yo daría todo por tener su sangre...

El duque golpeó la mesa.

—¡Mi sangre es roja como la tuya, y mis huesos son blancos igualmente. No hay más nada que eso. Moriré y no me llevaré nada, ni un libro de esta biblioteca, ni una moneda de las que llevo en mi bolsillo!

Heriberto iba a replicar, pero Pedro João lo interrumpió con un gesto de su mano:

—No más, Heriberto. Sal, por favor... —ordenó sin mirarlo a la cara.

El mayordomo guardó silencio, frunció el ceño y salió con paso apresurado. No gustaba de aquella reprimenda ni de aquellos argumentos vacíos. “Mi duquesa”, como le decía en secreto, sí era una digna heredera de los Braganza.

“¿Qué problema tienen las personas con la grandeza y el poder?” El duque siguió leyendo y se sirvió una copa de brandy que luego saboreó. Respiró y colocó un disco de acetato de Mozart. Debía relajarse y olvidarse de lo que haría en los próximos días. Un amigo íntimo de su época de estudiante era hoy el director del Hospital Psiquiátrico de Lisboa, lugar donde le harían más exámenes a su esposa y donde quizás la recluiría por su propio bien. Se habían

hecho frecuentes los episodios en los que se infringía dolor a sí misma. Era una decisión difícil, pero debía enfrentar el hecho de que su mujer estaba cada vez más lejos de vivir en el mundo real que en el de sus alucinaciones.

Tomó la copa de brandy y sintió una pesadez en su cuerpo. Era como si sus facultades motoras se hicieran más lentas y como si la biblioteca comenzara a dar vueltas. Sintió una opresión en el pecho y miró hacia donde estaba la botella de brandy y lo supo; lo habían sedado. En ese momento la duquesa entró en la biblioteca y lo miró con el rostro adusto. El duque se levantó de la silla e intentó caminar, pero le costaba calcular las distancias, sentía que en cualquier momento perdería el equilibrio y terminaría indefenso en el suelo.

—¿Qué haces, Edda?

La mujer lo miró y dio vueltas a su alrededor.

—Lo que se debe hacer para sobrevivir... Lo que sea, cueste lo que cueste.

El duque se tambaleó y terminó cayendo de rodillas aunque no terminaba de caer.

—No entiendes... No estás bien, debo ayudarte...

—No seas ridículo, Pedro... Quien no está bien eres tú.

El duque intentaba mover las manos, pero parecía estar con pesas atadas a sus muñecas.

—Por favor, no hagas nada tonto...

El duque estiró la mano pidiendo ayuda. Edda de Braganza le empujó la mano.

—Tonterías hiciste tú, y ahora te costarán la vida...

El hombre sintió pánico. Se asfixiaba e intentaba quitarse la camisa.

—¿Qué me diste?

—Una sobredosis de barbitúricos, los suficientes como para colapsar tu sistema nervioso.

El duque intentó llamar a Heriberto, pero no podía ni hablar. Se arrastró como pudo e intentó tomar el teléfono, pero al apoyarse en la mesa, la tumbó y el aparato cayó al suelo.

—Todos dirán que te suicidaste, que estabas deprimido por tu existencia miserable y por no tener lo que deberías, la gloria que te arrebataron...

El duque intentó decir algo, pero se terminó de escurrir en el suelo y quedó semiinconsciente.

La duquesa lo miró con desprecio y con una mirada fría y mortal.

—Te dije que debías mantener el control, pero no haces más que llevarme la contraria.

Comenzó a arrastrar el cuerpo del duque, Pedro João de Braganza, para intentar sentarlo en la silla de la biblioteca. Edda de Braganza llevaba puestos guantes de látex con los que tomó a su esposo por los brazos, sacó una jeringa y un pequeño tubo de vidrio con un corcho, estiró el brazo del duque e introdujo la aguja de la jeringa en la vena de un brazo. Extrajo una dosis de sangre que pasó luego al envase de vidrio y le colocó el corcho de goma. Lo puso a un lado y levantó con dificultad al duque hasta una de las sillas. Lo levantó hasta el mueble, y cuando por fin había logrado subir al duque, este abrió los ojos y la tomó por el cuello en el último arrebató de lucidez que le quedaba; se llevaría a su desequilibrada esposa al más allá junto con él. La duquesa sentía que las manos de su esposo, aquellas que un día habían acariciado su cuerpo, apretaban con fuerza su garganta, dejándola sin aire para respirar. Los ojos le ardían al igual que su garganta, y la boca la sentía seca; cada vez era más complicado para ella poder recibir aire para oxigenar su cuerpo y este comenzaba a sucumbir ante la fuerza de su esposo.

De pronto, cuando la duquesa comenzaba a perder el conocimiento, sintió que el aire llegaba a su cuerpo y las manos del duque ya no apretaban su cuello. ¿Arrepentimiento? “Siempre había sido blando”, se dijo la duquesa, que tosió fuertemente con el rostro rojizo.

No podía ver nada, pues todo estaba borroso, pero si las manos de su esposo ya no le apretaban el cuello, quizás había muerto, pensó para sí, antes de poder matarla a ella. Poco a poco empezó a recuperar los sentidos y escuchó un ruido al lado de ella, que estaba en el suelo tendida boca arriba. Volteó el rostro y vio a Heriberto, el joven mayordomo, sobre el cuerpo del duque y con ambas manos apretando con fuerza el cuello del descendiente de la casa real Braganza. El mayordomo, con los ojos desorbitados y botando saliva por la boca, apretaba y, alterado, sacudía violentamente contra el suelo al duque, que parecía inerte. Los ojos de este, sin expresión ni vida, miraban directamente en el suelo a la duquesa, quien se reponía cada vez más.

—¡Suelta a la duquesa, suelta a la duquesa, suelta a la duquesa...! —repetía el joven, que había dejado moretones en el cuello del duque, quien yacía muerto muy cerca de ella.

—¿Qué fue lo que hiciste? —La duquesa terminaba de levantarse del suelo y se ponía en pie. El joven no levantó la cabeza para mirar a la duquesa.

—¡Respóndeme!

—La salvé. Si no hubiera hecho nada, usted estaría muerta en este momento...

La duquesa no supo responder. Su respiración era entrecortada.

—¿Qué voy a hacer ahora con el cuerpo de mi marido y esos moretones en el cuello?

Heriberto se levantó, se secó la saliva de la boca y la miró.

—Puedo llevar el auto a algún despenadero y asegurarme de que se incendie...

La duquesa comenzó a dar vueltas en la biblioteca sin saber qué responder. Todo estaba planificado para que fuera un suicidio, todo salía como ella lo había pensado, hasta que el duque se había despertado y había comenzado a ahorcarla.

—¿Estás seguro de que puedes hacer eso? —La duquesa parecía insegura.

—Estoy seguro... Es cuestión de creatividad, de agallas... —El joven mayordomo dejó escapar una risa perversa.

La duquesa se agachó y, sin ningún tipo de compasión ni sentimiento, miró al duque en el suelo. Lo abofeteó por última vez y dejó que el joven se encargara de todo.

—Está bien, pero no quiero que dejes nada que me una a esto...

—Tranquila...

La mujer se sentó en la silla donde había estado su esposo y miró la escena en silencio.

Heriberto sacó el cuerpo del duque y lo colocó dentro del Mercedes Benz del mismo. Había dejado la biblioteca tan limpia como si nada hubiera pasado y se fue en el auto a un despenadero en la carretera para deshacerse del cuerpo.

La duquesa vio alejarse las luces del auto en la penumbra de la noche y suspiró complacida. Estaba hecho: era viuda, su amante estaría feliz.



Edda de Braganza se miraba en el espejo del baño. Había estado absorta en el recuerdo mientras peinaba su cabello. Debía arreglarse, esperaba visitas y era importante, siempre, estar a la altura de las circunstancias.

Ella era Edda de Braganza, la mujer que había conquistado lo que se le había antojado, todo lo que había querido. Sus enemigos habían muerto uno por uno, comenzando por su esposo, luego aquel molesto director del *Hospital Psiquiátrico* de Lisboa, y posteriormente todo aquel que

significara amenaza para su gloria, para su herencia, para su destino lleno de grandeza, ataviado con la gloria que ella merecía y que nadie sobre la faz de la tierra, o fuera de ella, le podía arrebatar.

Su relación con Guilló había sido útil. Él había buscado trabajo con el duque, pero este, como siempre, no había valorado sus oficios. Ella no solo valoró a Guilló, sino que le dio un lugar en su vida, lo convirtió en su mano derecha. Aunque durante las últimas horas los planes habían salido de control para Guilló, todo estaba tomando su cauce. Ella daría la estocada final; el Arquitecto del Universo estaba con ella.

CAPÍTULO XXVI

Dentro del palacio

El taxi dejó a María y Marcel frente a una mansión en medio de un frondoso bosque. No era exactamente lo que él esperaba, pero, al cotejar la dirección, ellos estaban efectivamente en el lugar indicado.

Marcel se acercó al intercomunicador del suntuoso palacio y María estaba perpleja.

—No reconocí la dirección...

—¿Es muy famosa? —Marcel esperaba con el oído cerca del intercomunicador.

—Es un lugar lleno de magia y misticismo, y este palacio, o quinta, es uno de los más emblemáticos por su historia y su carga simbólica. Creo que pertenece a una viuda; no recuerdo bien.

—Bueno, esa debe ser la amiga de mi tío.

—Sí, imagino que sí.

Una voz masculina respondió a través del intercomunicador.

—Buenas tardes...

—Sí, buenas tardes, busco a la señora Francisca Darmstadt.

La voz no contestó. Marcel miró en silencio a María, quien esperaba igualmente en silencio. Luego de un par de minutos, se escuchó un ruido en el intercomunicador y la misma voz masculina:

—¿Tiene cita con ella? —preguntó al otro lado del intercomunicador, sin mostrar un ápice de educación.

Marcel no supo qué responder ni cómo explicar semejante embrollo.

—No tengo cita, pero...

—Si no tiene cita, no puede ser recibido —interrumpió la voz.

Los nudillos de Marcel impactaron la pared y María dio un salto. Colocó suavemente su mano en el hombro de Marcel.

—Por favor, dígame que es el sobrino de Alfredo Fowler, su amigo..., por favor. —Marcel espetó aquel nombre, en tono suplicante, con la esperanza de no perder el viaje ni imaginarse sin un norte en aquella compleja misión.

Hubo un silencio.

—Un momento, por favor —respondió entonces la voz en el intercomunicador.

Luego de casi quince minutos de espera, en los que ni Marcel pronunció una palabra, ni María se atrevió a interrumpir la concentración de él, la voz masculina volvió a escucharse:

—Señor, puede pasar.

—Mil gracias —agradeció Marcel casi con el alma, pegado al intercomunicador.

Una especie de timbre sonó, y luego un sonido como de un seguro que se liberaba. Marcel, simplemente, hizo un gesto con la mano para que María pasara primero. El portón se había abierto y ambos pudieron acceder a la imponente y algo misteriosa quinta.

La subida era empinada, pero el ambiente era fresco. A medida que el ascenso se completaba, la exuberante vegetación se mostraba más salvaje, más intimidante, como si se estuviera en medio de un bosque dentro de la nada. Marcel divisó la recargada fachada, llena de simbolismos y de estilo neomanuelino, cuyos destellos neogóticos le daban un aire inquietante y extraño.

—Me siento como intimidada... —dijo María, caminando con los brazos cruzados por el frío y

friccionándolos para sentir calor.

—Realmente es un lugar extraño para vivir...

Los pasos retumbaban en el silencio de aquel misterioso lugar.

—Este lugar me pone los pelos de punta... —María apresuró el paso para estar cerca de Marcel.

Continuaron caminando hasta que vieron a un hombre joven acercarse a ellos sonriendo.

—Buenas tardes, bienvenidos. —El joven vestía como mayordomo y caminaba con elegancia —. Por acá, por favor; ya mi señora los atenderá.

—Mil gracias, de verdad mil gracias.

El joven continuó sonriendo y los guio por en medio del jardín, cada vez más exuberante, lleno de una vegetación de verdes intensos, flores exóticas y coloridas, que le daban un aire salvaje y fresco.

Marcel sentía una sensación extraña, pero creía estar intimidado por el aspecto enigmático de aquel palacio. Era como un vacío en el estómago que se hacía más fuerte a medida que se acercaban a la entrada del mismo.

Al entrar por fin a la edificación, la recargada decoración en el interior asfixió a Marcel. Era amante del minimalismo, y la mansión estaba repleta de decoraciones suntuosas, piezas de colección y obras de arte.

¿Quién era Francisca Darmstadt? Marcel tuvo una rara conmoción.

—Por favor, siéntense con confianza hasta que mi señora baje. —El joven mayordomo les señaló unos sofás estilo Luis XV—¿Les puedo ofrecer una copa de coñac?

—No, gracias..., no tomo... —mintió Marcel. María lo miró con suspicacia; lo conocía de hacía muy poco, pero lo había visto tomar vino.

El joven mayordomo continuó sonriendo y, haciendo un gesto con la cabeza se alejó del amplio salón donde estaban sentados.

Cuando por fin estaban solos, María preguntó:

—¿Desconfías de algo?

—De todo y de todos... —susurró Marcel.

Cada esquina del palacio estaba llena con algún símbolo, con imágenes curiosas y cuadros en los que se veían demonios devorando hombres. Eran casi idénticas a las obras de Hieronymus Bosch, *El Bosco*, aunque era difícil que fueran originales. Marcel detestaba aquel tipo de arte y su padre, aunque era un estudioso de Historia del Arte, se sentía siempre aterrado en sus análisis sobre la compleja obra del oscuro artista holandés que prefería evitar, y al que su tío, en cambio, había estudiado apasionadamente. Marcel se levantó de la silla y vio una reproducción idéntica de *La mesa de los pecados capitales* de *El Bosco*. “No puede ser la original”, pensó.

—Veo que es un amante del arte, señor Fowler. —Una voz femenina sorprendió a Marcel, que se encontraba analizando la similitud con la obra de *El Bosco*. María dio un salto en el sofá.

—No; realmente sé lo que me han enseñado mi padre y mi tío. Pero siempre me ha llamado la atención y hasta confundido este artista...

—Es normal. *El Bosco* no es un artista sencillo. En 1500 había tantos rumores apocalípticos, que él intentó, con crudeza y simbolismo, crear conciencia en su tierra. Sin embargo, su manera de expresarse con las pinceladas era compleja; su arte está lleno de sarcasmo, de figuras y situaciones grotescas, profanas... Era una mente amplia para su tiempo. Creó una cantidad de seres extraños, demoniacos, y plasmó tanta simbología en sus lienzos, que se hace difícil entender sus obras, aunque te sumerjas por horas a analizarla.

—Veo que usted lo admira... Son copias, ¿no? —preguntó Marcel con cierta curiosidad. Veía

en la mansión las obras reproducidas del artista y algunos libros apilados sobre una mesa.

—Sí, aprendí a apreciarlo hace mucho tiempo. Lamentablemente, son copias, como imaginarás. Es difícil tener una obra original de él; así que encontré en Florencia a un artista holandés que hace reproducciones muy detalladas de *El Bosco* y me hice su cliente... —La mujer estiró la mano —. Por cierto, es un placer, soy Francisca Darmstadt.

—Marcel Fowler...

La mujer caminó con elegancia.

—Como le decía, señor Fowler, y usted... —La mujer se volteó para ver a María, que continuaba sentada en el sofá, mirando la escena en silencio.

—María..., eh, María Ferreira. Mucho gusto... —María se levantó del sofá y le extendió la mano, pero Francisca pasó al lado sin verla ni responder el gesto. La joven se quedó en silencio mascullando un “Perra”.

—La obra que contempla es una de mis favoritas, aunque de haber sido *El Bosco* no la habría pintado.

Marcel la miró extrañado.

—¿Por qué?

—*La mesa de los pecados* es una de las obras más interesantes. El centro tiene tres anillos concéntricos y representa el ojo de Dios, el que todo lo ve, el Arquitecto...

—Como en la masonería... —respondió Marcel.

—Exacto. Es una pupila, la de ese Dios en la que se muestra al Cristo resucitado y mostrando sus estigmas a los no creyentes; digamos, una manera de aleccionar. “Cuidado, cuidado, Dios os ve”, dice alrededor, haciendo la advertencia de que ese Arquitecto puede ver los llamados siete pecados capitales que el artista representa de manera circular.

—Son escenas vistosas...

—Sí, claras, llamativas, propias de su Flandes natal. La Gula se presenta como un hombre obeso que come en demasía, otro que bebe hasta derramársele de la boca lo que bebe, y hasta un niño obeso forma parte de la escena; la Pereza nos muestra a un caballero durmiendo plácidamente junto al fuego de una chimenea, mientras la mujer, con su rosario, hace un llamado al olvido de los deberes espirituales...

Marcel escuchaba la explicación sin entender el énfasis en aquella pintura.

—La Lujuria —continuó la mujer— es representada por dos parejas que celebran debajo de una carpa con bufones alrededor; la Soberbia aparece como una mujer vanidosa que se mira al espejo mientras un demonio se lo sostiene; la Ira, como puedes ver, la presentan, sencillamente, dos hombres riñendo ante una taberna, borrachos, presas del odio. La Avaricia se muestra como un juez aceptando sobornos, dinero ilícito; por último, a la Envidia la representa mediante un hombre intentando seducir a la mujer de otro y algunos otros elementos...

La mujer miraba extasiada la obra. Marcel y María observaban en silencio.

—En las esquinas de la Mesa aparecen cuatro escenas más: la Muerte, el Juicio Final, la Gloria y el Infierno, Hades o Seol, donde los pecadores reciben su castigo eterno.

Francisca Darmstadt guardó silencio. Se volteó para mirar a Marcel y sonrió.

—Lamento que esta obra esté en El Prado y no acá en Portugal.

—Hay muchas de sus obras más importantes en Madrid —respondió Marcel.

—Sí, es así. Una lástima. —La mujer se alejó de Marcel con aire de superioridad y se sentó en una poltrona que se hallaba frente al mueble en que estaba sentada María. Marcel la siguió y se sentó; ella estaba igualmente sentada frente a ambos.

—¿Por qué la habría pintado? No ha terminado de explicarme.

—Los pecados capitales son sugestivos y dependen de la perspectiva que se aplique, para mi concepto. Es decir..., una mujer violada que aborte el fruto de tal aberración, ¿debe ser culpable de asesinato?

Marcel no supo qué responder y María la miró con cierto desprecio.

—Es una vida, proceda de donde proceda... —respondió María con sequedad.

—Es tu óptica, niña, pero no la de las víctimas. Tomar las pertenencias de esos avaros que no comprenden el significado de algo y que solo lo guardan o lo han conseguido de manera fraudulenta... ¿es robar?

—Es un robo... —respondió Marcel, lacónico.

—Vamos, señor Fowler, no responda con los parámetros que ha impuesto la sociedad. Imagine las situaciones desde sus zapatos. El mundo está lleno de hipócritas que no comprenden el verdadero significado de ciertas acciones.

—Si medimos todo desde esa óptica, no habría nadie culpable de nada, porque hasta el más terrible asesino tiene sus propios motivos y cree tener la razón.

—Quizás la tiene... —dejó escapar la mujer. Su mirada era penetrante y Marcel sentía que le hacía una radiografía.

—Sería una irresponsabilidad vivir en un mundo con su planteamiento... —María espetó aquellas palabras.

—Lástima que no lo sepamos.

—Por suerte... —agregó María.

Hubo un silencio. Marcel se tomaba las manos con nerviosismo.

—Bueno, pero imagino que no vino a hablar de arte, señor Fowler. ¿En qué puedo serle útil? Me dijeron que usted es sobrino de Alfredo Fowler...

—Es una historia larga... ¿Por dónde comienzo?

La mujer subió una de sus cejas.

—¿Quizás por el inicio? —respondió con sarcasmo.

Marcel sonrió obligado.

—Sí..., es así.

—Lo escucho.

María, callada, miraba callada la escena. Tomó su teléfono y busco el ícono de *Google*. En la barra de búsquedas, escribió: Francisca Darmstadt. El teléfono hizo la búsqueda, pero, por falta de señal, tardó unos segundos en dar el resultado.

CAPÍTULO XXVII

Pozo iniciático

Francisca Darmstadt escuchó con cuidado la historia que había contado Marcel. Miraba toda la escena sin expresión alguna. Marcel se sentía como explicando algo al director de su colegio cuando era un niño, pues de aquella misma manera inexpresiva solía mirarlo el entonces encargado de la escuela primaria donde había cursado estudios en Barcelona. María esperaba ansiosa el resultado de su búsqueda. Miró el bajo nivel de recepción de su teléfono. Un pequeño reloj en la pantalla hacía interminable la espera.

Francisca se mantuvo en silencio por un instante, y luego habló:

—¿Está Alfredo en peligro? —La voz de ella sonó calmada, muy serena.

—Así es..., pero no sé ni dónde ni cómo está. Por eso debe ayudarme...

—¿Qué crees tú que debes hacer? —preguntó ella mirando directamente a Marcel.

—No lo sé... Creo que debo cumplir el deseo de mi madre y la voluntad de mi padre, así como seguir la orden de mi tío.

—¿Y no crees que es egoísta dejar morir a un hombre inocente por los deseos de tus padres?

Marcel se mostró dubitativo.

—Quizás...; pero no sé realmente lo que debo hacer. Esto escapó de mis manos.

Ella lo miraba fijamente.

—¿Vale la pena morir y dejar morir por un secreto como ese?

Marcel se sintió ahogado y con el rostro caliente.

—¿Me va a ayudar o perdí el viaje? —Marcel, exaltado, se levantó del sofá.

Ella ni se inmutó.

—Siéntate, por favor... —dijo con el rostro inexpresivo.

María tomó a Marcel por el hombro e intentó decir algo, pero se mantuvo en silencio.

—¿Quieres decir algo, mi niña?

María, con el rostro tenso, se detuvo al instante.

—Vamos, María, estamos perdiendo el tiempo acá. —Las manos de Marcel se apretaban con fuerza.

—No seas malcriado. Sencillamente, intento poner todo en contexto. Llegas a mi casa con una historia fantástica, llena de incoherencias y egoísmo de tu parte, como el de tu padre...

—¿De qué demonios está hablando? —preguntó Marcel lleno de ira.

—Me acabas de contar cómo tu padre murió por un secreto que otros ocultaron por su seguridad, sin pensar en ti ni en su hermano. Ahora resulta que tú haces lo mismo con tu tío. ¿Qué puedes concluir de todo eso?

De un salto, Marcel se puso de pie y se levantó del sofá.

—Mi tío me pidió que la buscara a usted, porque sería una ayuda en este caos que me está tocando vivir, pero usted solo me critica y me hace sentir como el culpable. Juzga desde la comodidad de su mansión. Acudiré a los medios, revelaré este asunto y que la policía termine todo este tema.

—Te dije que te sentaras... —dijo ella con la voz tranquila. Su mirada era fría y sin vida.

Marcel no supo qué hacer y terminó por sentarse.

—¿Me puede prestar un baño? —interrumpió María. Francisca Darmstadt hizo un rictus. Miró

parado junto a ella al mayordomo, y este, con un gesto de la cara, reaccionó de inmediato entendiendo la orden de su ama.

—Me puede acompañar por acá... —dijo cortésmente el joven mayordomo.

María se levantó, miró a Marcel y siguió de cerca al mayordomo, quien la guio por varios pasillos, finamente decorados. Eran llamativos los bustos de bronce en distintos lugares de la mansión, así como, cuadros que mostraban ser antiguos y representar escenas de hombres y mujeres de élite por sus finas indumentarias y el lujo de las locaciones. Una puerta de madera de dos hojas, finamente tallada, fue la que señaló y abrió el mayordomo.

—Este es el cuarto de baño...

María miró al mayordomo, le sonrió y entró. Cerró la puerta y se cercioró de haberle colocado el seguro. Buscó la ventana al otro extremo del cuarto de baño, para tratar de obtener mayor señal de su teléfono móvil. Miró la pantalla y en ella apareció el resultado de la búsqueda que acababa de realizar.

Afuera, Francisca Darmstadt vio al mayordomo regresar del baño después de haber guiado a María hasta este.

—¿Puedes traer, por favor, dos copas de *Hunt 'S Porto 1735*?

—Enseguida, señora. —El mayordomo salió de la estancia y cruzó su mirada con la de su jefa.

—Yo no quiero beber —dijo Marcel con cierta descortesía.

—No vas a rechazar una copa de una botella de más de 25.000 euros. Por favor, acompáñame...

Marcel frunció el ceño y continuó apretando sus manos con ansiedad.

El mayordomo volvió con una bandeja de plata en la que había dos copas de vino tinto. Le acercó una a Marcel y la otra a su jefa.

—Salud... —dijo ella levantando la copa. Marcel hizo lo mismo.

Francisca se puso de pie y miró a Marcel.

—Por favor, sígueme...

—¿A dónde? —preguntó Marcel.

—A darte respuestas en relación con lo que viniste a buscar.

Hubo un silencio entre ambos.

—¿Y María? —preguntó Marcel al ver que su amiga aún no había regresado del cuarto de baño.

—El mayordomo la escoltará hasta donde quiero que vayas conmigo.

—De acuerdo...

Francisca se levantó de su silla y guio a Marcel hasta la entrada principal de la mansión. Salieron de esta y bajaron por una gruta hasta el exuberante y misterioso jardín.

—Esta quinta o palacio, como prefieras llamarla, es uno de los orgullos de la ciudad y de toda Portugal —dijo ella mientras caminaba con elegancia y cadencia.

Marcel miraba con cierto asombro el extraño jardín por donde iban. Ambos caminaron hasta la entrada de lo que parecía un pozo.

—Este pozo que ves aquí se llama *pozo iniciático*. Se llama así porque en el pasado lo utilizaron en rituales masónicos de iniciación. Mi difunto esposo pertenecía a una de las logias más importantes de Europa. ¿Sabes algo sobre los masones?

—No mucho, solo algunas cosas que he leído. Lo que sí sé es que casi todos son personajes importantes o con más dinero que yo.

—Pero no siempre fue así. Los masones originalmente eran obreros; de ahí que la escuadra y el compás sean sus símbolos. Pero me gusta su evolución, su evolución hacia la victoria.

Francisca hablaba con elegancia y un tono pausado mientras tomaba sorbos de la copa de su *porto*.

A Marcel le interesaba poco tal historia. Sin embargo, vio en la entrada del pozo unas figuras que representaban a dos guardianes en forma de león-pep custodiando la entrada, y terminó erizado con ellas, pues, como casi todo en esa casa, estaban cargadas de un halo de misterio y un poco siniestro. Una escalera en forma de caracol descendía por nueve niveles hasta llegar al fondo, donde se encontraba una enorme rosa de los vientos sobre una cruz templaria de mármol.

Francisca comenzó a descender mientras explicaba:

—Esta escalera de caracol por la que descenderemos nos llevará a una galería subterránea que está intercomunicada, mediante una red de grutas y pozos, con toda la quinta. Es una obra de arte que evoca la grandeza del pasado portugués.

Marcel se acomodó los lentes y miró las escaleras que se enroscaban hacia lo profundo de la tierra.

—No entiendo qué tiene que ver esto conmigo... —dijo Marcel, impaciente.

—Hijo... ¿No sabes que la paciencia es la madre de todas las virtudes? Entiendo que a tu edad seas impulsivo, algo grosero; pero debes aprender a esperar. Esta mansión es justo una alegoría de ese estado, de esa condición en la que aprendemos a no ser enemigos de la paciencia y, por el contrario, a ser amigos de la sabiduría que otorga la calma.

—Como usted diga... —Marcel comenzaba a creer que aquella mujer estaba loca.

—Como podrás ver, la escalera está constituida por nueve rellanos de quince escalones que representan los nueve círculos del infierno y el purgatorio de *La Divina Comedia* de Dante. ¿Has visto alguna vez la representación de Botticelli?

—En libros... —respondió, lacónico, Marcel.

—Es una pena —acotó Francisca—. Es una hermosa representación de ese poema épico en el que Dante desciende al infierno y retorna victorioso. Una metáfora de la vida de esos campeones a quienes nada detiene, ni siquiera el sufrimiento.

Durante unos minutos descendieron lentamente por los escalones hasta llegar al fondo, justo al lado de la cruz templaria. Marcel sentía un fuerte y penetrante aroma a humedad.

—La vida es como este pozo, la vida es como *La Divina Comedia* una eterna prueba de nuestras propias fuerzas, de nuestra templanza; solo los más fuertes y más aptos pueden emerger del infierno y sentir la gloria del Arquitecto del Universo.

Marcel miraba hastiado a la mujer que hasta ese momento no había aportado nada para resolver el embrollo en que él se encontraba.

—Para poder ser victoriosos hay que entender este pozo. Mi esposo nunca lo hizo; por eso está muerto hoy. Toda esta estructura representa la creencia en la vida que nace de la tierra y en la sepultura a la que ella regresa cuando termina, igualmente en la tierra. Pero también representa el renacimiento, la gloria de esos valientes que, como Dante, son capaces de arriesgar su propia vida por lo que aman.

—No entiendo realmente lo que dice, señora. Creo que fue un error haber venido aquí.

Francisca rio.

—No lo entiendes porque tienes los ojos velados, porque la grandeza es propia de esos pocos que son elegidos para entender la sabiduría del universo. Elegidos como el gran Juan VI, que fue capaz de asesinar a su propio hermano, declarar incapaz a su madre y condenarla a morir en una celda, por lograr sus objetivos, grandes, valientes...

La mirada de Francisca Darmstadt parecía perdida, como si le hablara a la nada.

—¡Oh gran Arquitecto del Universo, Ojo que todo lo ves! Aquí traigo mi ofrenda de grandeza

ante ti, pues tú has abonado mis pasos, mi camino y mi misión. La grandeza de la Corona y el Dragón, la fuerza que le diste a mi pueblo, los hijos de Luso...

Marcel se alarmó. Aquella mujer estaba loca y él estaba seguro, ya, de que no lo ayudaría. Caminó con dificultad y de pronto se sintió aletargado. Dio media vuelta para subir por la inmensa escalera de caracol, pero una voz lo detuvo de inmediato:

—¿Para dónde vas, Marcel? Aún no hemos terminado...

Una figura emergió de la oscuridad en una de las grutas.



Arriba, en el baño del palacio *Da Regaleira*, María, incrédula, leyó el resultado de su búsqueda en *Google*: “*Edda Francisca Hesler Darmstadt, viuda del Duque Pedro João de Braganza, descendiente directo de la casa real Braganza de Portugal*”.

María ahogó un grito, y de pronto sintió una mano que tapaba su boca y la halaba hacia un rincón.

CAPÍTULO XXVIII

Alfredo y su pasado

Alfredo Fowler se encontraba sentado a oscuras, con los ojos cerrados en un espacio en penumbras. Sentía el cuerpo relajado; quizás era por el vino que había tomado, quizás porque sabía que debía enfrentarse en breve a realidades complejas. Pero estaba preparado para cualquier cosa; no era el mismo de antes, ni el de su niñez, ni el de su adolescencia, ni el de sus años juveniles; había evolucionado, madurado, y había logrado su propia independencia, la que tanto anhelaba en su juventud y la que consiguió con la ayuda de su amada.

Estático, sin mover una fibra de su cuerpo, pensaba, meditaba y recordaba. ¿Cómo había comenzado todo? Las imágenes daban vueltas como una ruleta, pero poco a poco encontraban el orden cronológico y dejaban de ser abstractas para ser claras y concisas. Había amado el arte desde la primera vez que tuvo, junto a su hermano, un contacto con este. Su padre los había llevado de niños a conocer Florencia, París y Madrid. Sus ojos de niños se habían deleitado con las obras de grandes pintores, desde Miguel Angel y Da Vinci, recorriendo las pinceladas pasionales de Toulouse-Lautrec, y sumergiéndose en las escenas taurinas de Goya. Sin embargo, aunque en desacuerdo con su hermano, *El Bosco* era su artista favorito. Aquella imaginación, aquella amplitud mental, esa manera sutil de mezclar lo profano con lo divino, habían hecho que se enamorara de sus pinturas, y estando en Portugal, país que lo acogió por más de una década, había encontrado a la mujer perfecta, una que, como él, sabía apreciar y degustar el arte de *El Bosco*.

Había sido en un coctel que se celebraba en la casa de un amigo y al que había ido a regañadientes. Sin embargo, cuando su mirada se perdía desde un balcón que daba hacia el río Tajo, una voz acarició sus oídos. La había visto llegar; sus miradas se habían encontrado, pero no habían tenido la oportunidad de conocerse. No obstante, siendo ella una mujer de armas tomar, había ido a atacar a su presa, como ella misma solía pensar para sí. Desde esa noche, después de algunas copas de vino y disertaciones sobre arte, Alfredo Fowler había comenzado su relación adúltera con ella. Había sido como una droga, como una adicción para su vida. Él, un hombre enamorado del arte, la literatura y la música clásica, ahora se sentía poseído por la furia de la pasión, del deseo, del sexo.

Aquella mujer casada había logrado romper con sus propios paradigmas, con sus reglas. “Nunca una mujer de otro hombre”, se había repetido desde la niñez, pero Edda Francisca Hesler Darmstadt, o como era conocida en el ámbito social, Edda de Braganza, era distinta a cualquier otra mujer; por lo menos, eso sentía Alfredo. Se había convertido en su mecenas, su patrocinante, el agua que necesitaba su cuerpo.

Durante los años en que habían sido amantes, Alfredo sufría en silencio. No era sencillo saber que su mujer ostentaba un título nobiliario, por más que la corona portuguesa, desde hacía muchos años, no era sino la sombra de un recuerdo extraviado en la nostalgia de su gloria. Pedro João de Braganza, aún sin asumir su papel, como solía criticarle Edda en sus tardes de pasión en un hotel a las afueras de Lisboa, era el descendiente de la corona portuguesa, un personaje que, si la Historia no hubiera sido caprichosa, habría posido ser primero el príncipe y después el monarca de la nación lusitana.

Alfredo se sintió siempre a la sombra. Lo había estado a la de su hermano, que había sido el

favorito de la atención de su padre por ser, lo mismo que él, un historiador pasional, circunstancia que manejó siempre con cierto disimulo. Posteriormente, no conforme con haberle quitado la primogenitura, ese hermano le había arrebatado su primer amor, Ana Sofía Díaz Navas. No era sencilla su existencia, y quizás por eso buscó alejarse de Barcelona, ciudad que le recordaba su niñez y sus falencias: el segundo en todo sentido. Se sentía ahogado y en Lisboa había logrado liberarse, ser él, consagrarse y no ser la sombra de otro Fowler. Pero con la llegada a su vida de aquella mujer, su duquesa, había tenido que ver escaparse nuevamente el amor de sus manos, el derecho a ser dueño de algo propio y no compartido, la posibilidad de sentirse señor de una mujer.

La relación de ambos creció en intensidad y ellos se abrieron plenamente, se mostraron tal como eran física y mentalmente. “Un día mataré a mi marido..., lo juro; no soporto esa mediocridad de su mente, ese conformismo nauseabundo”, repetía *La duquesa*, mientras Alfredo escuchaba en silencio. “¿Puedes creer que existen propiedades en Portugal y diseminadas por toda Europa que podríamos litigar y poseer, pero que él se niega a reclamar cualquier derecho por su linaje? Definitivamente, hay mentes limitadas, cortas, sin aspiraciones ni ambición. Un hombre sin ambición es un cuerpo sin alma y sin esencia.” Alfredo estaba de acuerdo, pero sabía que él era en cierto modo un hombre sin ambición; así que prefería callar.

“¡Por Dios! ¿Cómo pudiste hacer semejante atrocidad?”. Alfredo recordaba cómo había quedado atónito al escuchar la revelación del asesinato del duque de Braganza. Había imaginado que aquellas palabras, dichas en momentos de ocio, eran eso, simples bravuconerías de una mujer ambiciosa, resentida con su marido. Pero se había equivocado. *La duquesa* era una mujer de armas tomar, y no solo literalmente. No la llamó ni la buscó durante algunos días, pero en la soledad de su vida, y en su intimidad, lo excitó la fuerza de ella. Tras aquella revelación, que había sido causa de discusiones entre ambos, había subido su libido, se había enardecido. Desde entonces la relación fue más fogosa y libre; ya no había impedimentos entre ellos, Alfredo podía recordar aquella sensación. Poco a poco se acostumbró a la idea de lo hecho por Edda Hesler; era sencillo hacerlo entre sus brazos; “la pasión ciega y enajena la mente”, se repetía.

Sumergido en el lecho de su amada, ya no le incomodaba hablar acerca del asesinato del duque de Braganza. Alfredo sonreía recordando la piel y el aroma de aquella mujer, pero se ahogaba al volver a experimentar el horror de sentir que todo se podía acabar. “¿De qué no es capaz ella?” se preguntaba al pensar en lo que había sucedido luego. No se asombró cuando Edda Hesler, algunas semanas después de terminar con la vida de su esposo, había contratado a un asesino para acabar con la vida del psiquiatra, amigo de su difunto esposo, una piedra en su zapato para lograr la victoria. El director del *Hospital Psiquiátrico* de Lisboa insistió ante las autoridades en investigar la muerte del duque e internar a su amada tras reunirse con ella. “Imbécil —musitó Alfredo—, sentenció su vida con su desfachatez”, recordaba. Aquello había sido grave; nada podía separarlo de su amada; así que su silencio al respecto no había sido casual. Guilló, aquel hombre de mal aspecto, se había reunido con ambos y había prestado el servicio.

Pedro Alves, director del *Hospital Psiquiátrico* de Lisboa, murió, según la prensa y oficialmente, tras perder el control de su auto en la carretera hacia Sintra. Alfredo leyó el diario de esa mañana mientras tomaba un café en el corazón de Alfama, saboreó el trago de aquel líquido revitalizante e imaginó el sabor de los labios de su amada: ya no había obstáculos. Sonrió recordando ese momento.

¿Por qué había siempre algo que se interponía en su felicidad?... Alfredo meditaba en lo ocurrido aquella noche. Hasta su hermano intentaba, una vez más, dañar su dicha, robar su derecho legítimo a ser feliz con la mujer amada. No lo había dudado cuando había tenido conocimiento del

secreto de su difunta cuñada, Ana Sofía: aquella revelación que le había hecho su hermano, una noche en Barcelona, tras haberlo acompañado en el duelo por la muerte de Ana Sofía, víctima de un cáncer. Escuchó lo que había dicho su hermano, siempre en silencio, intentando memorizar lo que más pudiera procesar. El asunto era confuso. Sin mucho detalle, sabía que le interesaría a su amada. Si algo hacía tambalear el legado de los Braganza, sabía que *la duquesa* no lo aceptaría. Era importante que lo supiera, y la reacción de ella fue peor que la que él había imaginado. La recordaba y sufría como ella lo hacía. Alfredo apretó los puños.



—*¡Debo tener esos papeles, no puedo dejar que nada de eso salga a la luz! ¿Por qué no me los has traído de una vez?*

Alfredo la miraba desde la cama. Alterada, ella se había puesto de pie.

—*No me mostró nada; simplemente, me lo comentó... No podía traerte nada.*

—*¡No quiero malditas excusas, quiero esos papeles!*

Alfredo se levantó y se puso el pantalón.

—*¿Me estás escuchando, Edda? No me mostraron nada; no sé dónde tiene esos documentos, la investigación, qué sé yo...*

La duquesa se sentó en el sofá de la habitación y se tomó la cabeza con las manos. Sus ojos estaban inundados en lágrimas.

—*¿Crees que eso me sirve de algo?*

—*Sé que no, pero...*

—*¿Entonces por qué me miras como si todo fuera un asunto trivial?*

—*¿Qué demonios quieres que haga?*

—*Lo que debas hacer...*

Alfredo se colocó la camisa y, mientras se la abotonaba, La duquesa lo miró con las lágrimas escurriéndose por sus mejillas.

—*¿Te vas? ¿Eso es lo que haces? Vas a huir y a dejarme sola...*

—*¡¿Qué quieres que haga?!*

—*Dame el contacto; lo llamaré y le ofreceré dinero, algunas obras de arte..., algo.*

Alfredo la miró desde el extremo de la habitación.

—*No lo vas a comprar..., no lo conoces...*

—*Ni tú a mí, por lo que veo.*

De un manotazo, Alfredo tiró al suelo la botella de vino y las copas que descansaban en una mesita de noche. La duquesa se volteó alterada.

—*Te daré lo que necesites para que intentes persuadirlo, pero fue una petición de su esposa en su lecho de muerte, así que jamás cambiará de parecer.*

—*Entonces hay otros métodos...*

Alfredo se quedó inexpresivo.

La duquesa rio.

—*¿Te impresiona, te da miedo?*

—*No, pero es que...*

—*¿Es tu hermano? ¿Es eso lo que me vas a decir? Recuerda lo que me has dicho, maldito segundón...*

Los ojos de Alfredo se llenaron de lágrimas.

—No repitas eso...

—¿Qué cosa? ¿Segundón? Siempre a la sombra del gran David Fowler, ya entiendo porqué. Tiene las agallas de no traicionar lo que cree y a quien ama...

Perdiendo el control, Alfredo se abalanzó sobre Edda de Braganza y la tomó con fuerza por los brazos.

—¿Qué quieres?! ¡¿Crees que soy como tu esposo?!

Con fuerza, Alfredo agitó el cuerpo de ella.

—¡No solo lo creo, estoy segura de que te falta la garra para luchar por lo que quieres!

—¿Sabes qué?... Haré lo que quieras y te demostraré que no soy blando...

La duquesa lo miró desafiante.

—¿Eres capaz?...

Sentía aquel vacío, aquella sensación extraña... Era su sangre, su propia sangre esta vez. ¿Él era capaz de hacerlo? ¿Era capaz de colaborar con la muerte de su propio hermano? Si La duquesa decidía algo, era difícil persuadirla de lo contrario y debía demostrar que era digno merecedor de su amor, de su compañía eterna. ¿Qué debía hacer? Lo supo y aun hoy lo sabía. Abrió los ojos, aún sentado en la oscuridad.

CAPÍTULO XXIX

La verdad

Alfredo Fowler emergió de la oscuridad como una sombra. Estaba sin franela y llevaba tatuado en el pecho, el Ojo que todo lo ve.

—¿Tío Alfredo?... —Marcel miró la borrosa figura de su tío, sintiendo su cuerpo adormecido y pesado—. ¿Cómo puede ser?

Detrás de Alfredo, otra figura emergió de la oscuridad. Marcel reconoció aquel rostro siniestro con una cicatriz en su ojo derecho. Guilló acompañaba a Alfredo.

—Hay precios que debemos pagar... Hay decisiones que debemos tomar. No siempre nos van a gustar, y créeme que esta no ha sido fácil para mí.

Marcel fue presa del pánico e intentó subir algunos escalones, pero pronto entendió. El *porto* que había bebido tenía barbitúricos que adormecieron su cuerpo.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Marcel sin entender todo plenamente y volteándose para mirar a su tío.

—Ella, ella es mi duquesa, Edda Francisca Hesler Darmstadt, o, sencillamente, Edda de Braganza.

Perdiendo el equilibrio, Marcel cayó por los escalones hasta quedar tendido sobre el piso de roca sólida.

—Mataste a mi pa... padre..., nos trai... cionaste...

—Sacrificios para un bien mayor, hijo mío... No debías morir tú también, no era necesario si Guilló hubiese destruido estos papeles... —Alfredo se agachó para recoger el estuche en que estaban los documentos que revelaban el origen real y mantuano de Manuel Piar—. Es una pena que Timoteo Díaz, finalmente, después de dos siglos, fallara en el último deseo del general mestizo. La Historia la escriben los ganadores y esta no tiene por qué cambiar.

Desde el suelo, Marcel luchaba con su sistema nervioso para no sucumbir ante el efecto de los somníferos que en ese momento circulaban por su torrente sanguíneo.

—Es aun más triste que tu bella madre no pueda tener el descanso que deseó. Pudiste ser mi hijo y aún lo puedes ser. No tienes por qué morir. Únete a mí, a *La duquesa*, y honremos al Arquitecto del Universo que te trajo hasta acá; recuperemos la gloria perdida de la casa Braganza.

—Maldición, tío, estás demente... Ni tú... tú... eres un Braganza..., ni ella.... tam... tampoco.

Los ojos de *La duquesa* se desorbitaron. Corrió desde donde estaba y haló la cabeza de Marcel hacia atrás, tomándolo por el cabello. En su mano llevaba la daga que había pertenecido a los antepasados de su esposo.

—¡Insolente! ¿Cómo te atreves? —gritó *La duquesa* poniendo la hoja de la daga en el cuello de Marcel—. ¡Yo soy una Braganza, yo pertenezco a la realeza! ¿De quién descienes? De una soldado analfabeta, de un sudaca...

—Prefiero..., prefiero descender de un hombre pobre, pero digno, que robarme la gloria que no me pertenece...

La duquesa golpeó la frente de Marcel contra la roca. Este quedó inconsciente.

CAPÍTULO XXX

María y Flavia

En el cuarto de baño, aquella mano sudorosa tapó la boca de María, que temió lo peor. Se volteó presa del pánico y vio a una mujer de cabello castaño y lentes alargados que le hacía un gesto desesperado con el dedo para que no gritara. No tenía motivos para no pedir auxilio, pero luego recordó que estaba técnicamente en la boca del lobo. Tras vacilar un instante, María decidió confiar en su sexto sentido, que le decía que no gritara.

Ambas mujeres se miraron en silencio, en medio de una tensión, dentro del cuarto de baño. Flavia trataba de calmar a María.

—¿Quién eres? —preguntó, María, nerviosa, en voz baja.

—Soy Flavia, amiga de Marcel...

María entornó las cejas al escuchar ese nombre. Marcel lo había mencionado no hacía más de una hora. Era la alumna de su padre que los había traicionado.

—¿Qué haces acá? ¿Cómo entraste?

—Me escabullí por la reja principal cuando se la abrieron a ambos. Los he estado siguiendo desde que Marcel me abandonó en la estación de Lisboa.

María no entendía nada.

—¿Abandonó? ¡Tú lo traicionaste!

—Yo no lo traicioné... Alguien lo hizo, pero no fui yo, te lo juro. Lo he seguido porque sé que va directamente a una trampa.

María vaciló nuevamente. Sentía que debía confiar, pero aquella mujer ya había traicionado a Marcel.

—¿Por qué debo creerte?

—¿Marcel te contó la historia?

—Sí...

—¿Te dijo quién lo envió a esta casa?

Por un instante la respiración de María se tornó acelerada.

—Su tío... Aquí vive una amiga de él, pero no cualquier persona... —María sabía que no podía ser coincidencia que Edda Francisca Hesler Darmstadt fuera la viuda del último descendiente directo y legítimo heredero al trono de la casa Braganza, según le había informado la búsqueda.

María miró a Flavia, aún con desconfianza.

—Yo lo persuadí de que no viniera para acá porque, aunque tengo un nexo con un Braganza, como de mala manera descubrió Marcel, no soy su enemiga ni este hombre lo es. —Flavia se mostraba compungida; sabía que debía haberlo puesto al tanto desde un principio—. Soy amiga de Leopoldo Braganza, un descendiente de los Braganza, primo segundo del esposo de la dueña de este palacio.

CAPÍTULO XXXI

Malentendido

Flavia estaba en el baño del tren haciendo una importante llamada telefónica. Había marcado el número que tenía guardado simplemente como Braganza, un apellido que admiraba por su historia, por la importancia que tenía, y para ella, la persona a quien le pertenecía, adquiriría un valor inmenso. Profesor, consejero y amigo. Lamentablemente, en la situación que se había planteado ante ella unas horas antes, sabía que podría ser totalmente peligroso mencionar cualquier nexo. Temía que sucediera lo peor; había intentado decir la verdad desde un principio, pero a veces esta puede adquirir el peso de un yunque.

—Mi querida Flavia, calma, por favor; debes seguir ayudando en lo máximo. Conozco muchas personas importantes y podremos esclarecer todo de una vez. Lo importante es que todo va mejorando. ¿Por dónde vienen? —Leopoldo de Braganza, primo del duque asesinado, con su poblado bigote blanco y su camisa blanca de cuadros azules, preguntaba con voz cálida al otro lado de la línea.

—Realmente no sé por dónde vamos, pero sé que vamos en camino... Hemos pasado por cosas terribles.

Flavia sollozó. Se sentía impotente y dolorida. Estaba exhausta y hambrienta; sentía que hedía. Un dolor punzante experimentaba en su corazón: su gran amigo y profesor estaba muerto, y odiaba ver sufrir a quien había amado tanto, aunque las cosas no se hubieran dado plenamente entre ambos.

—Calma, hija; menos mal que ya vienen en camino hacia acá. Cuando lleguen a Lisboa estarán a salvo, así que ya no tienen más nada de que preocuparse. Enviaré a buscarlos. Hay un chofer amigo que me lleva de un lado a otro y que los recogerá.

Flavia se mordió el labio.

—Gracias por el apoyo, Leopoldo. No sé qué pensaría si no estuviera en contacto contigo luego de lo vivido. Jamás había visto un arma, ni cómo le disparaban a alguien...

La mirada de Flavia se perdió viendo a través de la ventana las siluetas de la vegetación y los poblados que se difuminaban a alta velocidad a medida que el tren avanzaba.

—No tienes nada que agradecerme. Para eso somos los amigos. Todo estará bien.

—Yo sé que es así, pero tengo miedo de que Marcel crea que lo traiciono... Te estoy llamando desde el baño del tren, escondida, como una delincuente...

—Flavia..., la verdad nos hará libres —dijo Leopoldo Braganza—. Creo que es mejor que él sepa hacia dónde viene.

Flavia se mostró dubitativa:

—Pero puede pensar que usted es parte de esta pesadilla... Eres un Braganza. ¿Quién más podría tener interés directo en que estos documentos salgan a la luz?

—Como puedo perder mi derecho al trono con esos papeles... —ironizó Leopoldo.

Flavia sonrió.

—Sé que no es así, pero él está más paranoico con cada minuto que pasa.

—Hija, la verdad puede ayudar a esclarecer todo...

Flavia dejó escapar un bufido.

—Es peligroso que sepa hacia dónde lo llevo. No lo dije desde un principio...

—Lo sé, pero yo creo que puedo persuadirlo si me dejas hablar con él; además, una simple búsqueda en su teléfono le mostrará que no soy un asesino.

—Yo jamás lo pensaría, pero en parte entiendo que lo piense de ambos. Marcel está paranoico con todo este asunto.

—Es totalmente comprensible.

—Lo sé...

—Insisto en que es mejor que sepa que viene a puerto seguro. No sabemos nada de adónde van; no puede confiar en nadie luego de lo sucedido, así que es mejor que le cuentes. Todo se puede entender dialogando.

—No. Marcel desconfía de mí más que de su tío. Yo no sé qué pensar de él, pero creo que no es el momento para explicar que mi solución es llevarlo para ser auxiliado por ti. Y no me vayas a decir de nuevo que no eres asesino y que no tienes ningún interés en esos papeles porque yo lo sé. El problema es que suena más sospechoso para confiar decirle eso que seguir hacia donde está la amiga de su propia sangre.

—Es verdad, pero sabes que detesto la mentira. Además estoy angustiado; temo que les pase algo malo. Preferiría que ya estuvieran aquí en Portugal.

—No, no te impacientes; todo va como lo planificamos; él no debe enterarse, no le diré nada... ¿De acuerdo? Estamos en contacto.

CAPÍTULO XXXII

Decididas

Los ojos de María escrutaban la humanidad de Flavia.

—¿Qué nexos tienes con la familia a que pertenecen los papeles que le han costado la vida a tantas personas?

—Aquí, en Portugal, fui alumna de Leopoldo Braganza, un hombre honrado, dedicado a la filantropía y que no tiene nada que ver con esas muertes. Pongo mis manos en el fuego por él.

María la miró relajando su rostro.

—Aquí vive Edda Francisca Hesler Darmstadt, viuda del último heredero legítimo del trono portugués.

María mostró la pantalla de su teléfono a Flavia. Esta leyó la búsqueda que aquella acababa de realizar. Los ojos de Flavia se desorbitaron.

—¡Lo sabía!—dijo Flavia al leer el nombre completo de *La duquesa* y disipar sus dudas—. Es verdad: hubo traición contra Marcel, su madre y su padre, como sospechaba él..., pero no fui yo.

María la miró sin entender lo que decía.

—¿Entonces quién? —preguntó.

—La única otra persona que sabía de esos documentos, y con la que Marcel tuvo contacto todo este tiempo, la misma que lo envió directamente hacia acá...

—Su tío... —respondió, aterrada, María. En el fondo lo sabía, pero le dolía que esa fuera la verdad que tuviera que enfrentar Marcel.

—Así es...

—¿Qué vamos a hacer?

—Llama a la policía; debemos ayudar a Marcel.

—¿Dónde están ahora?

—Salieron de la casa y bajaron a un pozo en el jardín.

María miraba aterrada a Flavia.

—¿Y el mayordomo? —preguntó.

—Debemos hacer algo... Hay que escapar de aquí y ayudar a Marcel. Esta gente es capaz de todo.

—Así lo he notado muy rápido. Entonces vamos lo más rápido que podamos... —sentenció María con el corazón acelerado.

Ambas mujeres salieron del baño tratando de no hacer ruido. El pasillo que conducía al cuarto de baño estaba desierto, lleno de un silencio sepulcral. Sus pasos, por más que no intentaran no hacer ruido, sonaban apagados.

—Debemos ir a la cocina y buscar algo con qué defendernos —propuso Flavia, susurrando cerca de María.

—De acuerdo —dijo esta.

CAPÍTULO XXXIII

Contra Heriberto

La mansión se encontraba en un total e inquietante silencio. Pasaron al lado de un inmenso reloj de péndulo, y justo en ese momento este sonó con fuerza. Ambas mujeres dieron un salto, se aferraron a la pared con las pulsaciones al máximo, despavoridas, esperando ver la figura del joven y corpulento mayordomo. Tardaron en calmarse, pero luego de un instante, tras recobrar la quietud y ahogar un grito con sus manos, siguieron recorriendo los pasillos, que volvieron a estar en silencio. Durante minutos transitaron por salas y estancias, llegando finalmente a la amplia cocina. Entraron a esta e instintivamente miraron cada objeto y utensilio de cocina en busca de algo que les sirviera para defenderse. Tomaron un cuchillo de cada gaveta y siguieron buscando. Flavia abrió otra gaveta cerca de una inmensa alacena y, debajo de varias latas de frijoles, encontró un revólver, el cual, sin dudarlo, tomó y guardó en su bolsillo. Nunca había manejado un arma, pero ella podría ser de ayuda, pensó en silencio.

Salieron lentamente mirando en todas las direcciones y fueron en busca de la salida principal. El camino estaba desierto, pero justo cuando se disponían a salir por el marco de la inmensa puerta, una imagen las embistió y arrojó contra un mueble repleto de antigüedades. Todo se precipitó junto a ellos, que no pudieron poner resistencia.

Al levantar la mirada vieron a Heriberto, el mayordomo, que sonreía con los ojos desorbitados.

—¿Las damas van a alguna parte? —preguntó con una mueca en el rostro.

—Infeliz..., ¡déjanos ir! —gritó María.

—¿Y adónde crees que van a ir?

Flavia trató de levantarse, pero Heriberto la tomó por el cabello y la arrojó con fuerza contra un mueble atestado de libros.

María miraba con terror sintiendo su cuerpo entumecido por el miedo. Sin embargo, no podía permanecer sin hacer nada. Se levantó con rapidez e intentó atacar, con cierta torpeza, a su agresor con el cuchillo, pero Heriberto la golpeó en la cara y la joven terminó soltando el cuchillo tras el impacto.

—A las perras hay que tratarlas así, a las impuras, a las que se oponen a la fuerza del destino.

Ambas trataban de levantarse, pero estaban aturdidas.

—Estás loco, enfermo... —dijo Flavia con dificultad, aun desde el suelo.

Una vez más, Heriberto la tomó por el cabello, la golpeó con fuerza en el rostro y la arrojó contra una vitrina de vidrio, que se rompió y se regó en pedazos por doquier. Flavia, semiinconsciente, estaba tirada en el suelo, mientras Heriberto tomaba a María por el cuello y la arrastraba por el cabello hasta la cocina. La subió a un mesón de mármol y la abofeteó varias veces. Mientras ella intentaba oponer resistencia, comenzó a desnudarla y él se desabotonó el pantalón.

El hombre doblegaba a María y disfrutaba forzándola.

—¿Así te gustan que te traten, verdad?

—¡No, suéltame! —María gritaba intentando zafarse de los brazos de Heriberto.

—¿Crees que puedes llegar a la casa de una reina y dañar sus planes?

—¡Ella no es una reina, maldito loco!

Heriberto la abofeteó en repetidas ocasiones y apretó su cuello.

—¡Ella es la reina de Portugal! —gritaba Heriberto.

Su mano apretaba la garganta de María, que sentía que los ojos le ardían y le faltaba el oxígeno. Era inútil tratar de liberarse; Heriberto era más fuerte y estaba listo para abusar de ella en la cocina.

De pronto el mayordomo sintió un dolor agudo. Soltó un grito e intentó defenderse. A su espalda, Flavia, sangrando y golpeada, había enterrado en su espalda uno de los vidrios de la vitrina que se rompió al caer.

—¡Suéltala, enfermo!

El mayordomo dio un traspié, pero logró mantenerse erguido.

—¡Perra, te voy a matar! —gritó fuera de sí, presa de un dolor intenso.

Entonces tomó por el cuello a Flavia mientras le arrancaba de la otra mano el cuchillo que ella aún cargaba. Ambos rodaron y terminaron tumbando una alacena llena de víveres y enlatados. Heriberto estaba ahogando a Flavia cuando María finalmente pudo levantarse, tomando a Heriberto por la espalda y colgándose de su cuello. La joven enterró más profundamente el vidrio en su espalda mientras él gritaba y luchaba por liberarse. María golpeaba su rostro, apretaba su cuello y le hundía los dedos en los ojos, pero él no cedía y, a medida que avanzaban por el pasillo, ambos tropezaban contra objetos de la casa.

Heriberto golpeaba contra las paredes la espalda de la que colgaba María y cada impacto debilitaba a la joven, quien jadeaba adolorida y sin aire, sintiendo que se aflojaba la mano con que ella intentaba en vano ahogar al mayordomo. Ella comenzó a escurrirse y terminó cediendo ante un último impacto contra una columna. Quedó explayada en el suelo y Heriberto, con el dorso de la mano, se secó la boca por donde había derramado hilos de saliva. Sacó de su pantalón una navaja curva y miró a María con odio.

—Se acabaron los juegos, perra...; es el momento de morir.

Un disparo sonó y Heriberto abrió los ojos desorbitadamente; su boca se tensó y dejó escapar espuma de su propia saliva. Cayó de rodillas al lado de María, que había cerrado los ojos esperando el último golpe, y luego terminó extendido junto a la joven. Flavia, temblorosa, apuntaba con la pistola que había conseguido en el mueble de la cocina.

Flavia, aún de pie, rompió en llanto y cayó de rodillas, dejando el revólver en el suelo. María mordía el llanto y se quedó tirada en el piso con la respiración acelerada. Flavia hizo un esfuerzo y gateó hasta donde estaba sentada aquella, casi ahogándose, mirando aterrada el cuerpo sin vida del mayordomo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Flavia, mirando a María, que lucía bastante golpeada y sin fuerza.

—Sí, eso creo... —respondió, jadeante, María.

Ambas, sin conocerse mucho, se dieron un abrazo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó María, que se sentía algo mareada.

—Llama a la policía; debo saber dónde está Marcel.

—¿Estás segura?... Esta gente no está jugando...

Flavia vaciló en responder.

—No tenemos otra salida... Vamos; llama a la policía.

—De acuerdo...

Flavia se levantó con dificultad y empezó a caminar para buscar la salida cuando María le habló.

—Oye...

Flavia se detuvo y se volteó.

—¿Sí?

—Gracias...

Flavia sonrió.

CAPÍTULO XXXIV

Confrontación

Marcel despertó tirado en la roca sólida y cubierta de verdín con un dolor agudo en la frente. Sentía un líquido tibio que se regaba por su rostro. En ese momento no supo qué era. Todo a su alrededor gravitaba en torno de él, que no podía creer lo que estaba viviendo. ¿Su tío? ¿Cómo había podido? Miró hacia el suelo y, cuando por fin pudo enfocar con la vista, descubrió que era sangre lo que escurría de su frente. No tenía sus lentes, se le habían caído y los habían roto al pisarlos. Trató de tocarse con la mano, pero sus manos estaban esposadas en su espalda. Dio una vuelta y vio tres figuras juntas en medio de la penumbra de aquella gruta. Hizo un esfuerzo e identificó a su tío, a la duquesa y a Guilló.

—Veo que despertó el más joven de la familia Fowler... —*La duquesa* caminó hacia él con una sonrisa en su rostro.

—Suéltame... No le he hecho nada... —Marcel la miró con gesto desafiante.

—Es lo que tú crees, insolente...—*La duquesa* comenzó a caminar alrededor de una roca hueca, como una especie de vasija, sobre un pilar de mármol. —¿Qué crees que es esto?

La mujer sacó del interior de la roca todos los documentos que su familia había guardado por siglos y que revelaban la verdad sobre la corona portuguesa y la independencia venezolana.

—Es la historia de mi familia, la historia de un hombre que fue víctima de personas desequilibradas como usted...

—¿Desequilibrada, yo? Me quieres robar mi gloria, quieres mancillar el origen de una de las estirpes más importantes de la historia de la humanidad... Soy una dragona por la corona que me guarda la vida. Solo la co-rona es digna de los dragones...

Marcel jadeaba de rodillas.

—Señora, la corona portuguesa es un capítulo de los libros de Historia. No existe, no hay gloria, sino recuerdos...

—¡Cállate!

Guilló y Alfredo miraban en silencio.

—Me puede matar; puede silenciar lo que dicen esos documentos, pero no puede callar la realidad detrás de todo. Usted vive una mentira...

—Eres igual de idiota que tu padre... Pudo haber sobrevivido, pudo haber simplemente disfrutado de lo que intenté ofrecerle, yo, la viuda del duque Pedro João de Braganza...

Marcel escupió al suelo.

—¡Por Dios, señora! Usted ni siquiera lleva sangre Braganza en sus venas...

—Sí la llevo...



Heriberto se había marchado con el cuerpo del duque Braganza y se había perdido en la oscuridad dentro del auto. La duquesa aspiró el aire de aquella fresca noche desde el balcón y saboreó parte de su victoria. Ahora ella era todo lo que quedaba de la gloria rechazada por su

marido; ahora ella sí podía ser quien ella quisiera.

Caminó y buscó el tubo de vidrio con la sangre del duque. La miró por un instante, y no supo si lo alucinaba, o no, pero sintió que aquella sangre tenía visos azules. “Es de la realeza, definitivamente.” Sus ojos lagrimeaban mientras sus labios temblaban por la emoción. Lo había logrado; ahora sí sería una completa Braganza. Tomó el tubo y sacó la sangre con la inyectora, estiró el brazo, punzó su propia piel y pasó el contenido de la sangre a su torrente sanguíneo. Cerró los ojos, aspiró y dejó caer el frasco, que se rompió en pedazos en el suelo, y la inyectora.

El efecto de los barbitúricos, en aquella pequeña dosis, la hacía estar en un estado de éxtasis total.

Buscó el retrato del duque y lo miró desafiante: “Ahora yo soy una Braganza, la más fuerte y decidida de los últimos cien años; ahora si soy la duquesa Braganza”



La duquesa volvió de sus pensamientos y miró a Marcel; luego habló en voz alta:

—Alfredo..., ya tenemos el público. Haz lo que tienes que hacer.

Alfredo Fowler caminó hasta el pilar de mármol y en sus manos tenía un frasco con gasolina.

—Es una pena que todo tenga que terminar así; sencillamente se pudo evitar, sobrino...

Sin ambages, Alfredo Fowler se disponía a rociar con gasolina los documentos cuando Flavia lo apuntó por la espalda.

—¡Suelta el envase y ni te atrevas a rociar los documentos...! —dijo la joven con seguridad.

Guilló sacó su *beretta* y apuntó a Flavia desde lejos.

—Calma todos... —Alfredo levantó las manos y dejó caer al suelo el frasco con gasolina.

—¡Camina! Aléjate de aquí... —ordenó Flavia a Alfredo, que miraba a *La duquesa* los ojos.

—¡Suelta el arma, niña! —Guilló seguía apuntando a Flavia y no se inmutaba. Poco le importaba el amante de *La duquesa*.

Flavia volteó el revólver y apuntó a *La duquesa*; la tomó, la haló y la colocó como barrera entre Marcel y ellos.

—¿Quieres dispararme? Hazlo; ella también muere...

Guilló sintió la ira subir por sus piernas hasta su pecho, pero siguió apuntando.

—¡Suelta el arma, hijo de puta! —gritó Flavia a Guilló, que sentía que sus manos comenzaban a temblar.

—Baja el arma, imbécil... —dijo *La duquesa* con dificultad.

Guilló miraba con desprecio a Flavia.

—¡Te dije que bajaras la pistola! —gritó *La duquesa*.

Con molestia, Guilló bajó el arma. Sus manos temblaban levemente.

—Tira el arma... —ordenó Flavia a Guilló, que miró a *La duquesa* y esta asintió.

El sonido del arma al caer hizo eco en toda la gruta.

—¿Qué quieres, niña? —preguntó Alfredo—. ¿Vienes por tu noviecito?

Flavia no respondió.

—Estás muerta, niña; no saldrás con vida de aquí...

Flavia apretó por el cuello, con más fuerza, a *La duquesa*.

—Mejor cállese... Puede que yo no sobreviva, pero ella tampoco.

Se hizo un silencio en la gruta.

—Negociemos... —dijo Alfredo con las manos en alto.

—No hay nada que negociar. Denme las llaves de las esposas...

—¡No lo hagas, no dejes que se salgan con la suya! —gritó *La duquesa*.

Alfredo buscó en los bolsillos de su pantalón.

—No dejaré que mueras... —Alfredo sacó las llaves y las tiró a los pies de Flavia.

—¡Qué hermoso amor, de verdad! Pero aquí el que se equivoque terminará como su amiguito el mayordomo... —dijo Flavia intentando amedrentarlos.

—¿Qué le hiciste a Heriberto? —preguntó *La duquesa*, sin mostrar ningún sentimiento.

—Está muerto...

La gruta permanecía en un tenso silencio.

Heriberto, quien se escurrió de la casa cuando María llamaba por teléfono en las afueras de la misma, se había arrastrado hasta la entrada del pozo. Su contextura física lo había ayudado a soportar las heridas, aunque sabía que le quedaba poca fuerza. Comenzó a bajar y llegó casi hasta los últimos peldaños. Escuchó su nombre, e intentando soportar el dolor y no hacer ruido, esperó escuchar más. “Aquella mujerzuela me está nombrando...” se dijo mentalmente.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Crees que me vas a chantajear o amenazar con haber asesinado a mi *pitbull*? —*La duquesa* tenía dificultad para hablar por el brazo de Flavia en su cuello.

—¿No le importan sus sicarios? —preguntó Flavia con extrañeza.

—Son empleados, simples piezas en mi tablero de ajedrez... ¿Por qué me deben importar? Solo importo yo, *La duquesa* de Braganza.

Nadie dijo nada.

Desde las escaleras, agazapado y presa de un dolor agudo en el cuerpo y en el alma, Heriberto se retorció. ¿Cómo podía decir eso? ¿Cómo podía valorar así su amor y su devoción? Sus ojos le escocieron y rompió en llanto. De nuevo se arrastró con dificultad y lentitud hacia arriba, por cada escalón, en un peregrinaje amargo que parecía una eternidad. Aquello no podía estar pasándole a él, no era posible, no era justo. Heriberto sentía que las fuerzas abandonaban su cuerpo, que aquellas heridas no lo mataban, sino las palabras de su duquesa, de su amada Edda Hesler.

Flavia obligó a *La duquesa* a que se sentara; con dificultad, introdujo la llave en las esposas de Marcel y liberó sus manos. Él se levantó sintiendo que su cabeza palpitaba luego del golpe recibido. Tomó las esposas y se las colocó a Alfredo con fuerza, mientras Guilló miraba desde una esquina temblando por el *Parkinson*.

—¿Qué tienes, Guilló? —preguntó *La duquesa* con suspicacia.

El hombre no quería responder.

Alfredo lo miró con los ojos abiertos, plenamente, y pronto pareció entender todo.

—¿Sufres de *Parkinson*, hijo de puta? —preguntó Alfredo con el ceño fruncido.

El asesino intentó hablar, pero su boca estaba rígida y sus brazos, engarrotados.

—¿Por qué no lo dijiste, desgraciado? —Alfredo lo miraba con odio—. Ahora entiendo por qué el inútil de mi sobrino y su amiguita escaparon tantas veces... ¡Imbécil!

Los ojos de Guilló destilaron odio hacia Alfredo.

—No te debo rendir cuentas... Guilló es parte de una tradición que te debería erizar...

—¡Imbécil! Si me erizo es de ira... ¡Mira la situación en que estamos por tu culpa, porque no pudiste hacer bien el trabajo por tu temblor y no avisaste!

—El *Parkinson* no tuvo nada que ver...

—Eres un anciano enfermo..., solo eso. Debiste terminar como el mayordomo.

—Soy Guilló..., descendiente de una estirpe de asesinos, de verdugos...

Alfredo, despeinado y mirándolo con odio, respondió.

—Eres basura..., no eres nada. —Miró con cierta malicia a *La duquesa*—. Te dije que no podíamos confiar en él, pero siempre con tu soberbia.

—¿Qué sirve eso ahora? —contestó ella con dificultad.

—No tendríamos que pasar por esto... Todo es culpa del imbécil incompetente de tu sicario...

Guilló apretó los labios y frunció el entrecejo. Sus manos temblaban, pero no por el *Parkinson*. Una ira colmaba cada fibra de su cuerpo. Deslizó su mano hacia uno de los bolsillos del sobre todo y, con cierta rapidez, sacó una navaja que destelló en las sombras proyectadas sobre ellos. Embistió a Alfredo y lo apuñaló en el abdomen tres veces seguidas sin que este pudiera oponer resistencia. Los ojos de Alfredo se abrieron al máximo y de su boca se escapó un silbido, seguido de un balbuceo inaudible. Guilló, sin compasión, movía en su abdomen la hoja de la navaja, mientras Alfredo sentía que esta desgarraba sus entrañas. Sintió su cuerpo débil por la sangre que perdía y las piernas como adormecidas; comenzó a escurrirse aferrándose inútilmente a los brazos del asesino, que lo miraba, sin ninguna expresión, caer al suelo de rodillas. *La duquesa* miraba impávida, apuntada por Flavia, que sintió erizarse ante aquella escena dantesca.

—Baja el arma, niña; se acabaron los juegos... —Guilló apuntó a Flavia.

—¿Qué crees que estás haciendo, imbécil? —*La duquesa* miró con desprecio al asesino, mientras observaba en el suelo a Alfredo, que comenzaba a ahogarse en su propia sangre.

—No pienso dejar que este asunto termine mal... para mí —dijo Guilló, que escupió al piso mientras temblaba. Ya no me importa usted, ni sus estúpidos planes. Es cuestión de orgullo..., de honor.

Marcel y Flavia entendieron con horror, entonces, que ya *La duquesa* no les servía de escudo humano; a aquel asesino no le importaría acabar con la vida de su jefa. Temiendo lo peor, de un golpe en la cabeza, Flavia dejó inconsciente a la duquesa, que cayó de bruces en el suelo. Marcel la tomó de la mano y la haló, mientras corrían hacia la gruta y la red de pasadizos que daban hacia la quinta *Da Regaleira* y otras partes de la propiedad. Guilló les disparó varias veces, pero no alcanzó a atinarles; el temblor en sus manos casi no lo dejaba moverse. Tomando una bocanada de aire, el asesino intentó correr, pero lo hizo con dificultad. En medio de su frenesí, sus piernas parecían pedazos de concreto que no le permitían avanzar.

La oscuridad casi no le permitía a Marcel y Flavia saber hacia dónde iban. Corrían con rapidez, pero se encontraban desorientados. El ruido de sus zapatos los delataba por el eco que producían en el interior de aquellos túneles. Su respiración acelerada también podía mostrar su ubicación, por lo que, luego de doblar en varias bifurcaciones, Marcel decidió buscar un lugar donde ocultarse. Se detuvo sin aliento y miró a todas partes. Encontró una especie de agujero que casi no se notaba en la oscuridad; pasó primero a Flavia, que se ahogaba, ayudándola a introducirse en la cavidad; él la siguió después y ambos se quedaron agachados muy cerca. Marcel le hizo a Flavia un gesto con el dedo en la boca, para que intentara no hacer ruido.

Esperaron en silencio en medio de la oscuridad y con aquel fuerte olor a humedad que impregnaba todo el ambiente. Los pasos de Guilló, como arrastrando los pies, también delataron al asesino, que pasó justo al lado de ellos sin percatarse de su presencia.

CAPÍTULO XXXV

La muerte de *La duquesa*

La duquesa se levantó del suelo, mareada tras el golpe que Flavia le había propinado en la cabeza. A algunos metros al lado de ella, en el suelo, vio a Alfredo que temblaba en medio de un charco de sangre, pero no vio señales de Marcel, Flavia, Guilló. Miró encima del pilar de mármol y encontró aquellos papeles que tanto le había costado tener donde los tenía, y sintió alguna confianza. Ese asunto estaría enterrado y olvidado en breve. Con cierta dificultad, caminó algo mareada y tomó los papeles con premura. Se disponía a salir del *Pozo iniciático* cuando una mano la sujetó por la pierna.

—Ayú... ayú... dame. —Alfredo suplicaba desde el suelo, y un hilo de sangre le escurría de la boca.

La duquesa lo miró sin una muestra de compasión.

—Lo siento, querido..., pero ya no me sirves de nada.

Alfredo, con sus últimas fuerzas, apretó la pierna de *La duquesa* y esta se sacudió liberándose de la mano de su amante.

—¿CÓ... cómo me puedes hacer esto?

—¿Cómo? Sencillo, Alfredo. Eres una pieza en mi ta-blero de ajedrez, un peón, y yo soy la reina. Me fuiste útil desde un principio, pero ya no lo eres más.

—¡Perra! ¿Cómo puedes? Traicioné a mi familia, destruí todo lo que tenía por ti...

La duquesa sonrió.

—¿Alguien colocó un revolver en tu sien?

El rostro de Alfredo palideció aun más y denotó terror.

Con cierta elegancia, pero aun dificultad, *La duquesa* comenzó a subir las escaleras de caracol, mientras Alfredo terminaba de agonizar sumido en sus miserias y su realidad.

Los pasos de Guilló se habían alejado. Marcel tomó de la mano a Flavia e intentó retroceder por sus propios pasos. Buscaba afanosamente cualquier señal que pudiera recordarle el camino que había tomado para llegar hasta ese punto de aquel túnel. Después de un par de minutos, vio luz en el fondo y sintió un aire distinto; sin duda estaba cerca de la salida.

Al salir de la gruta recibieron una bocanada de aire que llenó sus pulmones. Alfredo yacía sin vida en el suelo, y no había ni señales de *La duquesa* ni de los documentos. Marcel sintió pánico.

—¡Marcel, arriba, mira! —Flavia señalaba con vehemencia hacia las escaleras de caracol que llevaban hasta la superficie.

Al elevar la vista, Marcel vio a *La duquesa* que subía casi llegando a la entrada del *Pozo iniciático*. Comenzó a correr para intentar alcanzarla, subiendo sin frenar y siguiendo el dibujo de la escalera que emergía hacia la superficie. Sus pasos eran pesados y sus fuerzas casi nulas, pero Marcel estaba decidido a no perder el esfuerzo de su padre y la historia de su familia, por lo que continuó subiendo con los arrojos de fuerza que le quedaban.

La duquesa se percató de Marcel y apresuró el paso. No tenía intenciones de fallar en su misión, no ahora, no tan cerca. Salió por fin a la superficie y se apoyó de la estatua de los guardianes del pozo sin aire, levantó la cabeza y dio un salto. María la esperaba con un cuchillo de manera amenazante.

—¡Suelta esos papeles...! —le ordenó María—. La policía viene en camino; no hay

escapatoria.

La duquesa miró hacia abajo, vio que Marcel se acercaba a toda prisa y supo que no podía regresar a la gruta. Miró el cielo plomizo y sintió en su rostro las gotas de lluvia que comenzaban a escurrirse. Sonrió para sí. La lluvia comenzó a caer con más fuerza y *La duquesa* miró a María.

—¿Quieres que los suelte?

María entendió lo que *La duquesa* pensaba en ese momento.

—No, démelos... ¡ahora!

—No, no, pequeña, tu primera orden es mi orden...

La duquesa lanzó hacia el pozo los papeles, que se esparcieron por el aire y fueron arrastrados por las gotas de lluvia, con fuerza, hasta la flor de los vientos, en el suelo, donde se empezaba a acumular el agua y los documentos se humedecían.

—¡Noooooo! —gritó María mientras *La duquesa* soltaba una risotada que el viento arrastró.

Flavia se abalanzó para tratar de recoger los papeles, que comenzaron a deshacerse con el agua y a convertirse en una pasta.

—¡Va a pagar todo, maldita desequilibrada! —María continuaba con el cuchillo y las sirenas se escucharon a lo lejos—. Terminó el juego...

—Siempre gano en todos los juegos... —dijo la mujer, despeinada.

—En este no...

María se abalanzó sobre *La duquesa* y comenzaron a forcejear. Unas manos halaron a María, que se precipitó al suelo y soltó el cuchillo. Heriberto, aún de pie, había liberado a *La duquesa*. Esta sonrió al ver a su mayordomo, que se agachó a recoger el cuchillo del suelo.

—La policía está cerca... —dijo María desde el suelo—. No podrán escapar...

—Ya no importa, yo gané... Los documentos que prueban su teoría son ahora, seguramente, una pasta informe. Soy Edda de Braganza, *La duquesa*, y ustedes son simplemente unos invasores de mi propiedad...

En el suelo, sin fuerzas para ponerse de pie, María sintió que habían fallado.

—Heriberto... —*La duquesa* acarició el rostro del joven, que lucía pálido por la pérdida de sangre—. ¿Qué te han hecho, mi amado?

El mayordomo la miró de manera inexpresiva.

—¿Qué sucede, amado mío? Seremos felices el uno con el otro, como tanto deseas, y como yo anhelo.

Heriberto continuó sin decir una palabra, se acercó a *La duquesa* y la abrazó con fuerza; ella respondió al abrazo con hipocresía. Sabía que el plan no había salido como había imaginado. El cálido abrazo se convirtió paulatinamente en algo doloroso. Heriberto la apretaba con fuerza con sus musculosos brazos y habló:

—¿Amado tuyo? ¿O *Pitbull*?... Un perro arrastrado a tu falda... —dijo Heriberto al oído.

El rostro de *La duquesa* palideció y ella sintió un dolor en su vientre. Intentó bajar el rostro, pero estaba imposibilitada y presa de un dolor agudo que recorría todo su cuerpo. Heriberto había enterrado el cuchillo que María había tenido en sus manos.

—¿Qué... qué hiciste? —*La duquesa* se aferraba a la fornida espalda del mayordomo—. ¡Vamos a ser felices juntos... Te amo...

El joven rompió en llanto aferrado a *La duquesa*:

—Usted no ama a nadie..., pero yo sí la amaba, yo la idolatraba e iba a dar mi vida por usted.

El mayordomo avanzó con los ojos inundados en lágrimas hacia adelante, empujando a *La duquesa* hasta el borde de la entrada del *Pozo iniciático*. Ella intentaba oponer resistencia, pero la sangre que abandonaba su cuerpo la hacía sentirse débil y era poco lo que podía soportar.

Intentaba en vano zafarse de los brazos fornidos del mayordomo y este llegó finalmente hasta el borde con ella aferrada a su cuerpo y tratando de liberarse. Ambos cayeron por el vacío, en medio de los nueve rellanos que componían el *Pozo iniciático*, impac -tando con fuerza y brusquedad en el suelo y quedando sin vida encima de la rosa de los vientos y la cruz templaria en el fondo del mismo.

CAPÍTULO XXXVI

Enfrentamiento con Guilló

Mientras subía por la escalera de caracol, Flavia vio dos figuras borrosas cayendo al vacío por el centro de la elipse que se formaba en la escalera de caracol. Instintivamente, se tapó los oídos para amortiguar el ruido del impacto. No supo qué había pasado, pero tampoco lo quería averiguar. Tragó grueso y continuó subiendo las escaleras sin dudar un segundo.

Flavia alcanzó a Marcel arriba, con lo poco que había podido rescatar de los documentos. En su mayor parte se habían desecho en el agua y los que habían rescatado, húmedos pero no dañados, estaban ahora ilegibles, como la carta escrita, en tela, por la reina de Portugal.

Marcel y María se abrazaban de rodillas en el suelo. Él levantó la mirada al escuchar los pasos y sonrió a Flavia, se puso de pie y la abrazó.

—Te debo una disculpa... —dijo.

—Perdóname a mí por no haber explicado todo desde un principio... Leopoldo Braganza fue mi profesor y un gran amigo, como tu papá...

—Luego hablaremos de eso.

Marcel miró las manos de Flavia y sintió que su alma se derrumbaba. Se cuestionó a sí mismo, e hizo lo propio con su padre. Si quizás no hubiese sido tan cerrado, nada de aquello habría sucedido, y si él fuese un poco como su padre, tampoco nada de aquello habría terminado de esa manera. Las imágenes de aquellos a quienes amaba aparecían ahora intermitentes. Sintió vergüenza consigo mismo y con su antepasado, Timoteo Díaz, el soldado que desde su tumba clamaba por ver limpia su historia, lo mismo que el general Manuel Piar.

Marcel ayudó a María a ponerse de pie y le sirvió de muleta para que se apoyara. Estaba magullada. Las sirenas de la policía llegaron a la entrada de la quinta y un escuadrón fuertemente armado irrumpió subiendo a trote la cuesta por el exuberante jardín.

—¿Creen que eso fue todo? —Guilló emergió del *Pozo iniciático* temblando y con las manos y brazos totalmente torcidos por los efectos de la enfermedad en su cuerpo. Aun así cargaba su *beretta*, que se movía de un lado para otro.

Marcel levantó las manos con María apoyada en su cuerpo e intentó calmar a Guilló.

—No hagas nada, por favor, llegó la policía... Se acabó.

Guilló escupió al piso.

—¡No he terminado, Guilló no falla, Guilló es la guillotina, es la mano de los poderosos para ejercer justicia!

—¡Marcel, cuidado! —gritó Flavia, alterada.

—Calma, Flavia... —dijo Marcel.

—Ustedes desafiaron mi honor, mi vida... Soy esto, no soy más. Soy un mensajero de la muerte...

Un grupo de policías fuertemente armados llegó y se apostó en varios lugares del jardín.

—¡Suelte el arma! —gritaron en portugués las autoridades.

Guilló hizo caso omiso a la orden de estas.

—¡Señor, le ordenamos que baje el arma! —volvió a repetir uno de los oficiales.

—Nadie puede con Guilló... Soy Guilló, descendiente de una de las familias de verdugos y asesinos a sueldo más famosas de la Historia... Hemos servido a todas las coronas europeas.

Sería una afrenta que el último descendiente se pudriera en una celda... — Guilló hablaba en voz alta, pero lo hacía consigo mismo.

—Hombre, baja esa arma, no tiene por qué terminar así... — Marcel se lo decía en un tono casi suplicante.

—Tú no lo entenderías... Soy Guilló.

CAPÍTULO XXXVII

Guilló

El pequeño Guilló entró al sótano donde habitaban en las afueras de Berlín con el rostro sangrando, intentando esconderlo de la atención de sus padres. Era un espacio ínfimo, con suelo desgastado y cubierto por manchas. La luz opaca del día casi no podía colarse. Unas manchas oscuras, tablas y el vapor que las empañaba hacía que la descuidada estancia se mantuviera en penumbras. Casi no había más mobiliario que una mesa cerca del fogón de carbón en que la madre del pequeño, con una hachuela, despresaba un par de patos flacos y de mal aspecto. Junto a la chimenea, sentado en una vieja silla de madera, un hombre de barba espesa y descuidada afilaba su cuchillo con la mirada fija en las llamas que crepitaban.

El pequeño se escurrió en silencio, miró a su madre, que no levantó la vista con su presencia, y detalló su cabello descuidado y sus dientes podridos. Miró a su progenitor, pero este continuaba de manera cansina afilando el cuchillo. El pequeño se sentó con la espalda recostada a la pared sobre un viejo colchón en el suelo. Se tomó las dos piernas y sus pensamientos se paseaban por el sentimiento de odio que experimentaba en ese momento.

El padre de Guilló soltó el cuchillo y se puso de pie, caminó hasta una vieja repisa en la pared y tomó una botella con aguardiente. La destapó y en un viejo vaso sucio sirvió un trago que tomó sin respirar. Inclino la botella, nuevamente sirvió el trago y lo tomó nuevamente. Su rostro se estremeció. Levantó la mirada y vio al pequeño limpiarse la sangre con manga muñida de la camisa.

—¿Qué te pasó?

Guilló no respondió.

—Te pregunté... ¿Qué te pasó?

La madre de Guilló levantó la mirada y volvió a hundirla en el pato que estaba en sus manos.

—Respóndele a tu padre... —dijo ella con voz queda.

—Nada...

El hombre sirvió otro trago y lo tomó.

—¡Maldición! Es decir que sangras porque sí... No sabía que tenías vagina y eras una niña.

El pequeño continuaba con la cabeza gacha.

—Ven acá.

Guilló seguía sin obedecer.

El hombre fue y haló por el brazo a Guilló, poniéndolo de pie a la fuerza. Tomó su quijada y levantó el rostro del niño.

—¿Quién coño te hizo esto? ¿Quién te cortó con una navaja?

Guilló imaginó que su padre sabía diferenciar las cortadas. No había dicho nunca que había sido con una.

—Unos niños...

—¿Y no tienes bolas? A tu edad hacía que el que se atreviera a insultarme se comiera su propia mierda.

—Eran varios... —contestó dubitativamente, intentando justificarse.

—Mírame a los ojos... —dijo el hombre, pero Guilló no se atrevía; lo admiraba y le temía en

demasía—. Eres mi hijo, eres el heredero de una estirpe de terror, de sangre; llevas la muerte en tus venas, no debes temer a nadie ni a nada.

—Pero soy débil...

—¡No lo eres, maldición! Eres un verdugo; el mundo ha temblado con nuestro nombre, con lo que representamos. No hay militar, lacayo, puta, ni siquiera rey, que no se orine cuando está ante nosotros. Somos el brazo de la Parca, somos la justicia, somos el miedo encarnado. No me avergüences...

Guilló levantó el rostro y miró a su padre con fiereza. Sus ojos parecían destellar fuego.

—¿Eso soy? ¿Un verdugo?

—Lo eres...

Ambos hicieron silencio. Solamente la hachuela de la madre de Guilló y el fuego sonaban en la habitación.

—Soy un asesino... —dijo Guilló quedamente.

—Dilo con certeza, con vehemencia. Al hijo de puta que te cortó con la navaja en el rostro, haz que nunca olvide quién coño eres, haz que todo el que te rete o te ofenda se arrepienta del puto día en que llegó a este mundo. ¡Pon en alto nuestra estirpe!

CAPÍTULO XXXVIII

El final

Guilló apuntó su *Beretta* con dificultad. Lo hacía decidido, con valor, con el honor de pertenecer a la estirpe más sangrienta de la Historia. En ese momento no temía; su cuerpo estaba relajado, aunque solo fuera una falsa impresión, y lleno de una valentía que emergía de lo más profundo. El brazo derecho de la muerte no podía temerle; eran amigos, familia. Ella lo recibiría con los brazos extendidos.

Las miras laser de las armas de la policía se proyectaron en el cuerpo del asesino. Sin poder apuntar correctamente, Guilló disparó y dio en la pierna de Marcel, quien cayó en el suelo con María magullándose los brazos y las rodillas. Tras esto, un zumbido, como si rasgaran el aire, sonó con fuerza y una ráfaga de balas impactó en la humanidad de Guilló, quien en ningún momento apartó la vista de sus victimarios, con los ojos abiertos y un rictus que simulaba una risa en su rostro. Tras recibir los impactos en su cuerpo, Guilló se desplomó sin vida en medio del jardín.

Un extraño silencio y una tensa calma se disiparon en el ambiente.

—¡Traigan una camilla, rápido! —gritaron los oficiales que ingresaban en la quinta, mientras otros descendían al *Pozo iniciático*.

Los paramédicos llegaron casi de inmediato, subieron a Marcel y María en camillas y ayudaron a Flavia. Esta descendía en compañía de Marcel tomándole la mano.

—Vas a estar bien...

—Sé que así será, pero al final fallé...—dijo Marcel, jadeante.

Flavia se sintió culpable. Su miedo a causar desconfianza en Marcel terminó por lanzarlo a las fauces del enemigo.

—No fallaste; hiciste todo lo que podías hacer, pero no podías hacer más. Yo te fallé.

—Silencio... —Marcel hizo el gesto de poner su mano en la boca.

Los paramédicos introdujeron a Marcel y María en una ambulancia, y Flavia hizo el gesto de subir a ella.

—Disculpe; no puede ir en la ambulancia —dijo el paramédico.

—Está bien... —respondió, lacónica, Flavia—. Te alcanzo en el hospital.

Flavia apretó la mano de Marcel y le dio un beso.

—Gracias... —Marcel le regaló una sonrisa.

—Te quiero.

CAPÍTULO XXXIX

Leopoldo Braganza

Un mes después

El Largo Santa Luzia, junto a la pequeña iglesia del mismo nombre, lucía apacible. El pequeño mirador, con sus azulejos desconchados, la pared blanca y las buganvillas, aún florecidas, tenía una atmósfera de paz como las que necesitaba Marcel en ese momento. La vista de Alfama y el río Tajo eran como una inmensa pintura en la que Marcel se sentía un personaje más. Cerró los ojos, apoyado en un par de muletas, y sintió aquella brisa salada que invadió su nariz, aquellos siglos de historia que habían tenido villanos y héroes, víctimas y victimarios, dependiendo de quién los había descrito. Timoteo Díaz no tenía ninguna relación con aquel país tan lejano y ajeno a él, pero su vida tuvo la mala fortuna, o simplemente la fortuna, de cruzarse con alguien que sí estaba relacionado; alguien cuya vida estuvo cargada de gloria, desde su origen, hasta su muerte. Manuel Piar era para Marcel, que llevaba en las manos un libro sobre el prócer venezolano y algunas páginas que se habían salvado de su *Diario*, un héroe que merecía un sitio digno en el panteón de los héroes y tachar aquellas manchas que eran parte del odio y la envidia, aquel cáncer que había minado su existencia y lo había condenado a una muerte ruin.

Marcel leyó las páginas gloriosas sobre el honor con que orgullosamente había caído el llamado *Libertador de Oriente*.

¡Viva la patria!

Leyó Marcel en el libro, donde se atestiguaba que esas fueron las palabras que aquel hombre valiente había proferido antes de recibir la sentencia de una corte llena de odio y siendo víctima de la manipulación promovida desde aquella misma tierra donde estaba parado. “No dejó que le vendaran sus ojos y siempre vio a sus acusadores, que intentaron escapar a su responsabilidad” leía Marcel y se imaginaba aquel momento.

En el fondo, las notas de una guitarra interpretando un fado navegaban por un mar como aquel que el pueblo lusitano había negado mil veces en el pasado, y llegaban hasta aquel mirador en el que Marcel lamentaba tener que aceptar perdido para siempre el secreto del pasado de Manuel Francisco Piar y de su antepasado Timoteo Díaz.

Agachó la cabeza y pensó en su padre y su madre. Los imaginó y no sintió tristeza. Flavia tenía razón: había dado todo lo que había podido, pero al final no siempre las cosas son como uno espera que sean.

Unos pasos a su espalda advirtieron a Marcel que él estaba sumergido en sus recuerdos, en su propia historia. Flavia venía en compañía de un hombre mayor, rechoncho y con un poblado bigote en un rostro rollizo.



—Marcel... —dijo Flavia sonriendo—. Te presento a Leopoldo Braganza, el último descendiente de la corona portuguesa.

Marcel colocó el libro y la carpeta donde tenía las páginas del *Diario* de Manuel Piar.

—Es un placer. —El joven estiró la mano apoyado en las muletas.

—El placer es mío —contestó Leopoldo Braganza.

—Últimamente he sido algo problemático para su familia.

Flavia y Leopoldo rieron.

—Lamento todo lo sucedido. Hay capítulos que merecen salir a la luz, hijo, y hay personajes que deberían ser obviados de la Historia. Pero no siempre se puede y no siempre la Historia es justa, aunque la prefiero, en líneas generales, cuando es narrada con pasión.

Marcel miró el horizonte con cierta tristeza en su rostro.

—No quiero parecer un enemigo de sus antepasados.

—Y no lo eres. Tu familia fue parte de esas escaramuzas que tiene la vida. Y acepto quién soy y de dónde vengo, aunque, como te digo, hay episodios que prefiero obviar. No son mi culpa las decisiones de personas que las tomaron en contextos distintos a los nuestros. La Historia también se analiza y se valora según quien emite los juicios. Para Brasil, por ejemplo, en medio de lo que significó la nefasta colonización portuguesa, es y será una bendición que ese Juan VI haya engendrado a su libertador.

—Sí, sé que es así. Sin embargo, cuesta entenderlo.

—Los que debes entender es que cada historia depende del cristal con que se mire.

—Me habría gustado publicar esos documentos..., no por cambiar la Historia, y quiero que usted me entienda, sino para poder dar a las generaciones futuras la posibilidad de emitir juicios más amplios con respecto a todos los casos que encerraban esos documentos y a lo que revelaban sobre hechos relacionados con la corona portuguesa. Manuel Piar fue discípulo del general Francisco de Miranda, que fue su mentor. En las páginas de su *Diario*, Piar lamentaba la suerte de Miranda en manos de Bolívar, hoy el héroe máximo de la gesta emancipadora latinoamericana. Creo que Piar, aunque aceptaba las órdenes de Bolívar, nunca le perdonó que entregara a Miranda a los realistas como salvoconducto de su propio exilio.

—Como te dije, son ópticas distintas. Algunos jamás dirán que Bolívar actuó así y defenderán la tesis de que Monteverde insinuó premiar sus servicios a la corona española, pero que Bolívar, finalmente, tuvo que tomar el salvoconducto como cuestión de vida o muerte. Bajar del pedestal del imaginario popular a Bolívar es complejo porque se analiza su obra a grandes rasgos y no por capítulos. Además, hay personajes que han sido trasladados al culto y eso los hace invencibles ante cualquier embate. La idolatría es la mejor manera de hacer perenne una mentira.

—Así es... Mi antepasado Timoteo Díaz pasó a la Historia como un traicionero, y como él no era alguien con alto rango, sencillamente, la historia que escribieron los enemigos de su jefe es casi imborrable y ahora más.

Leopoldo respiró profundamente y se deleitó con el paisaje.

—Entiendo cómo te sientes, quizás pueda hacer algo por ti...

—Disculpe que lo contradiga, pero sin los documentos no hay mucho que hacer.

—Creo que tu amiga Flavia olvidó haberme enviado algunas capturas de los documentos a alta resolución.

Flavia, que se había mantenido en silencio, reaccionó de pronto.

—¡Lo había olvidado! —gritó ella abrazando a Marcel, y este miró, incrédulo, a Leopoldo, quien sacó de su chaqueta un teléfono móvil táctil en el que abrió las capturas del teléfono.

—No son todos, pero te pueden servir para algo.

—¿Cuándo tomaste esas fotos? —preguntó Marcel con alguna emoción.

—Cuando íbamos de Barcelona a Madrid y pudiste dormir un rato... ¿Recuerdas?

—Sí, fue cuando sospeché por primera vez de ti... —Marcel se mostro apesadumbrado.

—Sí, pero yo debí ser sincera y aceptar el consejo de Leopoldo; él no estaba de acuerdo con que te guardara el secreto, aun cuando sintiera que estabas algo paranoico.

—Alfredo logró envenenarme...

—Y yo no hice nada para no colaborar con él.

El silencio llenó el mirador.

—Lo importante es que tienes un trabajo por delante, Marcel. Creo que esto puede ser el comienzo de algo —dijo Leopoldo de Braganza.

Marcel frunció el entrecejo.

—No entiendo; es algo, pero nadie va a creer en una foto de teléfono que puede haber sido modificada con *Photoshop*.

—¿Qué es lo mejor que haces tú? —preguntó Leopoldo con cierta malicia.

—No sé... ¿Escribir?

—¡Bingo! Hijo, eres periodista, usa las fotos, lo que quedó del *Diario*; escribe, escribe y escribe más, desata polémicas. Manuel Piar y Timoteo Díaz querían que se supiera la verdad, cumpliste la meta. Yo sé la verdad; Flavia y tu amiga, paisana mía, también. Ahora debes dejar tu huella..., algo sobre todo el complot. ¿Qué opinas?

Marcel no respondió de inmediato. Solo después de analizar el asunto lo hizo:

—Me encanta la idea..., pero ¿por dónde comienzo?

—Por lo primero que recuerdes quizás..., pero hazlo. Mi apoyo y mis archivos familiares están a tu disposición.

Leopoldo le sonrió a Marcel.

—Será un honor; de verdad, gracias...

—No, hijo, no hay nada que agradecer. Lo mejor es que tendrás a la mejor asistente.

Flavia se sonrojó mientras su cabello era arrastrado por el viento.

—Aquí estaré siempre, Marcel... —dijo Flavia, y Marcel sabía que sería así. Debía esperar lo que el destino dijera sobre ambos, pero ahora aquello no le importaba tanto como lo que le faltaba hacer.

—Pronto comenzaré, entonces; pero primero debo hacer algo.

El mirador quedó en silencio.

—¿Viste a Alberto Serrá? —preguntó Flavia.

—Sí, gracias a Dios ya ha vuelto al periódico.

—¿Está molesto con nosotros?

—Algo...

Flavia sintió un nudo en la garganta.

—No debimos haberlo metido en esto...

Marcel dejó escapar una risa sonora.

—Está molesto, y lo cito textualmente. ¡Coño! Si te digo que corras..., ¡corre!

Flavia también se contagió y por fin rio plenamente.

CAPÍTULO XL

La corona y los dragones

El calor a las 10:00 a.m. ya era asfixiante. Un olor dulce y al mismo tiempo amargo llegaba hasta la nariz de Marcel mientras caminaba delante de la Catedral de Ciudad Bolívar, antes Angostura, en Venezuela.

Marcel miró hacia un costado y vio la fachada, remodelada y pintada de azul, de aquella que era conocida como la casa-prisión de Manuel Piar. Se acercó en compañía de María y no supo si era su imaginación o si un escalofrío lo recorría desde sus pies hasta la nuca, erizando todos los vellos de su cuerpo. Aquella casa, hoy sede administrativa de una dependencia oficial del estado Bolívar, fue la última morada de un hombre inocente.

Cerró los ojos y casi pudo imaginar y ver al general Manuel Piar caminando hacia donde fue pasado por las armas, injustamente, el 16 de octubre de 1817. La pared occidental de la Catedral seguía en el mismo lugar, muy en el fondo, aún salpicada con la sangre de quien fuera un héroe más de aquella lucha por la libertad del continente americano. Se acercó y leyó el epitafio adosado al muro de la Catedral:

El 16 de octubre de 1817, a las cinco de la tarde, fue fusilado en este lugar el General en Jefe Manuel Piar, vencedor en Maturín, El Juncal y San Félix.

“La victoria que ha obtenido el general Piar en San Félix es el más brillante suceso que hayan alcanzado nuestras armas en Venezuela.”

Simón Bolívar, 16 de mayo de 1817.

Homenaje del pueblo guayanés, 1979.

—Es poco... —dijo Marcel con voz queda.

—¿Por qué dices eso? —preguntó María, que llevaba lentes oscuros y el cabello recogido para mitigar el calor y el brillo del sol en la fachada de estilo colonial.

—Una estatua de Bolívar en la plaza... ¿Y a Piar?

María miró a su alrededor y suspiró:

—Según veo, sí es un personaje querido, pero la plaza se llama Bolívar; además, es *El Libertador*, ¿no?

—Sí...

Marcel se paró y miró la plaza. Pudo imaginar a las personas reunidas, a las autoridades listas para asestar el golpe final contra Piar. A los soldados que formaban el pelotón de fusilamiento casi podía imaginarlos parados, contrariados. Muchos habían luchado al lado del hombre a quien ahora debían ajusticiar por órdenes superiores.

—¿Qué habrá sentido Timoteo Díaz cuando estuvo, justo acá, viendo cómo lo que él había declarado era acomodado según la conveniencia del complot?

—¿Impotencia?

—Según dice la Historia, sí. Me siento orgulloso de él. Fue valiente ponerse de pie en medio de un juicio militar y desafiar al general que acusaba y que, de por sí, condenaría a Piar a la muerte. Cuenta la Historia que cuando el general Soublette leyó el supuesto testimonio de Timoteo, este se levantó y lo desmintió; le dijo que él jamás había dicho eso. El propio general Piar narraba que Timoteo, valientemente, había declarado en voz alta que el general Piar era inocente de los cargos y que se habían aprovechado de que él era analfabeta para inventar esa

“sarta” de embustes, aunque muchos no lo crean.

María sonrió y tomó algunas fotos con su cámara.

—¿Sarta? —preguntó María.

—Sí... —Marcel rio—. Es una expresión que indica mucho, bastante...

—Entiendo. Y tienes toda la razón: fue muy valiente... Luego de eso, su cabeza ha debido ser la próxima que deseaban tumbar.

Marcel asintió.

—De ahí que Piar lo ayudara a escapar, y que él desapareciera del mapa.

Marcel miraba cada detalle. Cada elemento presente había sido testigo de aquella injusticia.

—¿Y Bolívar nunca dijo nada más?

Marcel la miró.

—Sí. —Marcel abrió el libro que llevaba en la mano y mostró un párrafo que él había destacado—. En el año 1828, en Bucaramanga, Colombia, Bolívar justificó una vez más el fusilamiento de Manuel Piar: “La muerte de Piar fue una necesidad política. Fue un golpe de estado que aterró a los rebeldes y aseguró mi autoridad. Nunca ha habido una muerte más útil, más política”.

Ambos se miraron sin expresión. Los cabellos de María eran desordenados por el viento.

—¿Una muerte útil? ¿Cómo puede sacrificarse la vida de alguien y considerar que eso sea útil?

—Creo que era una manera de evadir responsabilidades. En aquella época, y aún hoy, cuando se estaba en medio de situaciones complejas, a los muertos se les llevaba a un terreno de mártires para rebajar la culpa por esas muertes. Las dictaduras hacen lo mismo: justifican las muertes como necesidades para sus proyectos mesiánicos.

Ambos caminaron y se apoyaron en el pedestal donde descansaba la estatua de Simón Bolívar.

—El hombre puede hacer cosas tan maravillosas, crear música, arte, no sé..., amar... —María miró a Marcel y este la abrazó—. Pero al mismo tiempo puede ser muy cruel.

—Jamás he entendido por qué en muchos países los días de fiesta son días en que se conmemoran masacres... En América todas las gestas independentistas están manchadas de sangre, mucha inocente, y aunque hayan sido voluntarias, creo que el calificativo de “fiesta” es disonante ante las realidades.

Ambos hicieron silencio y vieron algunas personas pasar junto a ellos con paso cansino, como si el tiempo no transcurriera, y aún se estuviera en aquella tarde nefasta de 1817.

—¿Dónde está enterrado Piar?

—Nadie lo sabe realmente. Fue la última bofetada para su vida. Los anales de Guayana dicen que sus restos fueron enterrados en el cementerio del Cardonal, un sitio que en aquel entonces estaba cercado con algo que llamaban “Cardón España”. Era un lugar pobre donde sepultaban a desvalidos. Sin duda había miedo de rendir culto a alguien que no fuera Bolívar, sobre todo por sus méritos. La realidad es que nadie sabe dónde está.

—¿Y los restos de Timoteo Díaz?

—Tampoco lo sé. Mi familia salió de Inglaterra, un lugar perfecto porque estaba fuera del alcance del poder de Portugal, cerca de 1870, según el árbol genealógico que habíamos conservado. Vivieron en los suburbios de Londres; según cree Flavia, debió ser en Whitechapel.

—¿El barrio de *Jack el destripador*?

Marcel rio.

—Así es; el mismo, digamos, que en aquellos años era el lugar indicado para todos los emigrantes que llegaban a Londres.

—¿No descenderás de *Jack el destripador*? —María lo miró sonriendo.

—Por Dios, espero que no. No aguanto más sorpresas sobre mi pasado.

—Yo tampoco creo poder sobrevivirlas...

Marcel la miró detenidamente.

—¿Te arrepientes de haberme ayudado a llegar a Sintra? — Marcel sonrió tímidamente.

María Ferreira vaciló.

—No; creo que mi vida sería un poco más segura, pero un poco menos divertida.

Marcel dejó escapar una risa. Miró el cielo azul y sintió cierta tranquilidad consigo mismo.

—Creo que de hoy en adelante solo viviré en el presente, aunque no olvidaré a Timoteo.

Continuaron caminando lentamente.

—¿Piensas ir a buscarlo?

Marcel suspiró y respondió:

—Lo haré... en su momento. La historia de Timoteo continúa, y es mi deber rendir homenaje a quien nos permitió ser una familia.

Marcel caminó y tomó a María Ferreira de la mano. El sol casi los quemaba a ambos, pero sus pasos se sentían ligeros y sin preocupaciones; su misión apenas comenzaba y el legado de su vida apenas estaba adquiriendo forma. Había recabado suficiente información para poder escribir su libro. Marcel guardó el libro sobre la vida de Piar en el bolso que llevaba, sacó un papel y miró detalladamente el escudo de armas, del cual llamaron la atención de ambos la corona y los dragones que formaban parte del mismo.

—Ya quiero que comiences a escribir

—Yo también estoy ansioso... —respondió Marcel.

—¿Cómo piensas titular el libro? —le preguntó María.

Marcel miró el papel, sonrió, volvió a doblarlo y lo guardó en el bolso. Levantó la mirada y le contestó:

—*La corona y los dragones.*